

# LA PRÓDIGA.

(ESTUDIO DEL NATURAL.)

## XXVIII.

Sin que esto sea, ni por soñacion, echar mano á última hora del pobre recurso dramático-moral llamado *Deus ex machina*; pues nada tiene de milagroso, ni áun de extraordinario en nuestro país, el que llueva al comenzar el Otoño (como lo demuestra el nombre de *Cordonazo de San Francisco* que se da vulgarmente al casi infalible temporal de la primera semana de Octubre), diremos que aquel tan simbólico y solemne dia amaneció nublado y amenazando lluvia...

Pusiéronse, no obstante, en camino, con direccion al Lugar, en cuanto Dios echó sus luces, caballeros en bien perjeñados mulos ó borricas, y con guitarra y algo de comer y beber, los novios, los compadres apoderados, el tío Antonio y el tío Juan, la misma tia Francisca, que *al efecto* se habia sentido un poco mejor, y otras diez ó doce personas de las más notables del Cortijo, ó sea todas las mujeres que tenian mantilla y todos los hombres que tenian capa.

José no habia querido montar el caballo de que era dueño desde aquel dia por donacion de nuestro héroe, sino que, alegando el natural deseo de *llevar* á Brígida, iba en su antiguo mulo, sobre cuyo amplio aparejo redondo cabian perfectamente los dos catecúmenos de Hime-neo, ella, sentada delante, con algo más que los menudos pies á la vista, y él, montado á grupas, rodeando con su brazo izquierdo el primoroso talle de la cerril princesa, y áun estrechándola involuntariamente á su corazon;—de



donde resultaba, por ley natural, que el bravo mozo había empezado ya á quererla con toda su vida...—Conocíalo así la novia, y experimentaba como una especie de catalepsis de felicidad... Ni veía, ni oía, ni hablaba... Pero en su rostro se leía claramente la conciencia íntima de que era de José, de que José era suyo, y de que aquella union se perpetuaria hasta la lejana hora de la muerte.

Mucho extrañaron algunos de los convidados que Julia y Guillermo se quedasen en el Cortijo, en vez de ir á la Iglesia á desempeñar su oficio de compadres.—¡Ya se vé!... Los pobres no entendían aquello de la *delegacion* y los *poderes*, que les explicaba el tío Juan...—Pero lo que sí entendieron todos fué la siguiente salida de una cortijera:

—¡Vaya! ¡Callasus!—¡Demasiado trabajo tiene nuestra... antigua ama con no atreverse á entrar en la casa de Dios, acompañada de... quien todos sabemos!

—¿Qué quiere decir eso de *antigua*? (gritó el tío Antonio, desentendiéndose de lo principal, con pretexto de responder á lo accesorio.)—¡La Señora Marquesa es tan ama vuestra y mia como siempre!

—¡Porque Vd. querrá! (contestó el marido de la preopinante.) Pero el Cortijo no es ya de Doña Julia, sino de usted, que se lo ha comprado.—El notario de la villa se lo dice á todo el que lo quiere oír.

—¡Pues yo no quiero oírlo!... (repuso el noble viejo.)—El Cortijo será de la Señora Marquesa en tanto que ella viva; y, cuando muera, ¡Dios dirá!

—¡Es claro!... (observó el tío Juan el mulero con mucha sorna.)—Así, pues, dejemos estas conversaciones..., y á lo que vamos vamos...—¡Frasquillo! ¡Trae acá ese tacaño tuyo, y echaremos otra lágrima de aguardiente!...—¡Allá va, consuegro!... ¡A la salud de nuestros retoños!

## XXIX.

En tanto que aquella alegre comitiva salía del vallejuelo del *Abencerraje*, Guillermo y Julia, solos en el Palacio, donde únicamente había quedado el cocinero, que hartó tenía que hacer con los preparativos del banquete nupcial, procuraban reírse mucho, y se reían bastante, co-



locando sobre el velador de la célebre *Glorieta*, capital y centro de la recién nacida *Isla de Cleopatra*, todo lo necesario para almorzar allí, sirviéndose á sí mismos, rodeados de jaulas de pájaros y de innumerables macetas de flores...

—¡Al fin estamos un día enteramente solos! (exclamaba Guillermo.) ¡Solos como Pablo y Virginia, ó como Atala y Chactas!

—En cambio... (respondió Julia), á la tarde podrá acompañarnos demasiada gente...

—¡Eso no importa!—En los cenadores del patio caben todos los moradores del Cortijo... Allí tendrán vino largo y bizcochos, y, si no quieres asistir á la fiesta, nos quedaremos en esta Isla, celebrando el aniversario de nuestro conocimiento.—Démonos prisa ahora á acabar de poner la mesa, amiga Hebe, ya que están partidos todos los fiambres, y no tardemos en sentarnos á almorzar; pues sólo faltan veinte minutos para las nueve, hora en que el regador echará el agua á la *Cascada*...—¡Verás cómo el murmullo de la espumante linfa alegra á estos cautivos pájaros y les hace romper á cantar, lo mismo que en el ensayo del otro día!—¿Dónde está el Jerez?—¡Aquí está!...—Lo tendremos abierto para brindar en el momento oportuno...—Y ¡qué bien te sienta, vida mia, esa corona de flores que han ceñido á tus sienas mis indignas manos!—¿Ves cómo no has hecho mal en admitirla?—¡Pareces la propia Diosa del amor, ó sea la alma Vénus de que te hablaba hoy hace un año!...

Por aquí iba Guillermo en su égloga, cuando el cielo se puso más oscuro que boca de lobo, cual si el sol se hubiera arrepentido de salir aquel día y tornado á hundirse en el horizonte. No tronó, empero, ni relampagueó, ni cayeron rayos, como acontece en las óperas siempre que el libretista se propone castigar á algun impío... Lo que sucedió, de la manera más vulgar y prosaica, fué que de pronto empezó á llover copiosamente y con gran ímpetu, por haber saltado el viento desde un cuadrante á otro; que el agua era de costado, y que, entrando furiosa en la *Glorieta*, golpeó é hizo revolar llenos de susto á los enjaulados canarios y jilgueros, deshojó todas las flores de tiestos y jarrones, mojó las viandas, bautizó el ya escanciado vino y caló hasta los huesos á nuestros mismos héroes,—que no podían salir de la que también llamaremos su jaula, sin exponerse á ser derribados por el turbion...



Al propio tiempo llegó á la *Cascada* la apetecida corriente del canal subterráneo, procedente de la acequia nueva; pero no fueron blancas espumas, sino parduscos chorreones de lodo, los que empezaron á caer de risco en risco... Aquel aluvion traía los turbios y pestilentes légameos del riachuelo salido de madre, y, por consecuencia, una masa de barro llenó muy luégo la especie de laguna que había en torno de la *Isla de Cleopatra*; con lo que la sucia avenida comenzó á inundar el jardín y hasta la misma Glorieta, y los dos amantes, subidos en sillas, se vieron próximos á zozobrar en un mar de fango...—En cuanto á los amorcillos de zinc, á las pinturas alegóricas y á las estátuas paganas de yeso-mate, sentimos tener que decir que ya no quedaba de todo ello más que la memoria poco lisonjera de una buena intencion digna de mejor causa.

Guillermo y Julia reían si había que reír, en medio de aquel naufragio de sus proyectos; pero, á decir verdad, su risa era algo convulsiva: la de Guillermo, porque semejante rebelion ó grosería de la naturaleza lo humillaba como un desaire de la fortuna, ó como una victoria de los ausentes cortijeros, y la de la *Pródiga*, porque, efectivamente, tenía una especie de convulsion de frio, á causa de estar empapadas todas sus ropas, y quizá también porque su espíritu no se hallaba predispuesto hacia días para reír con tanta violencia... Así es que las carcajadas de la deidad no tardaron en convertirse en sollozos, y su temblor en contraccion nerviosa, que iba ya rayando en verdadera epilepsia...

Cedió finalmente un poco el aguacero, quedando convertido en lluvia mansa de tempestad, y el aterrado jóven, que, semilloroso, sujetaba á Julia entre sus brazos, pudo conducirla trabajosísimamente á su aposento.—Acostóse la enferma, en tanto que él le preparaba no sé qué bebida, y, con esto y á fuerza de abrigo y de dulces palabras, logró al cabo hacerla entrar en reaccion y que se durmiera tranquila y sonriendo...

Pensó entónces en sus propias desdichas el infortunado inaugurador de monumentos amatorios: mudóse de ropa: pidió al cocinero algo que almorzar, y almorzó con más tedio que apetito: encendió luégo la chimenea del salon, y calentóse allí largo rato, fijando una mirada, primero indiferente, despues curiosa y por último hambrienta, en la alta pila de cerrados periódicos que había sobre la repisa:



levantóse y huyó, para librarse de la tentacion de leerlos, y se asomó á todos los balcones y ventanas del edificio, á ver si por alguno descubria un pedazo de cielo raso...; pero halló que el tiempo estaba cerrado en agua para muchos dias por los cuatro puntos del horizonte: y, en fin, no sabiendo qué hacerse, y temeroso de renegar del clásico 1.º de Octubre, encaminóse de nuevo á la habitacion de Julia, en el instante que ella salia diciendo:

—Me siento bien...; y, como te suponía muy aburrido, iba á buscarte...

### XXX.

A todo esto no eran más que las once de la mañana.

Julia tomó también algún alimento, servida por nuestro héroe, que, decidido á reír mucho aquel día, se echó una servilleta al hombro y dijo mil donaires, afectando ser un mozo de comedor de la villa y córte; y, cuando aquella graciosa escena hubo terminado entre los aplausos de la doliente beldad, el reloj marcó las once y media.

Arrimáronse después á la lumbre: Guillermo dirigió á su amada algunas galanterías que ya le había repetido en varias ocasiones: dióle las gracias por la fina idea de haberse puesto aquel día la bata azul con que se le presentó por primera vez un año antes á aquella misma hora, y, en seguida, bostezó dos ó tres veces mirando á las ascuas.

Sin embargo, el terrible "¿qué hacemos?" no salió de sus labios; y, seguramente para defenderse de decirlo, y no queriendo tampoco hablar del fiasco de la inauguración, buscó á toda prisa otra materia de coloquio, y tuvo la mala fortuna de fijarse en ésta:

—¡Ya se habrá casado el bárbaro de José!—El año que viene tendrá un chico, y á los treinta y ocho años será abuelo...—¡Con qué prontitud y lisura hallan la felicidad estas gentes!...—Dijérase que nacen, viven, aman y se reproducen, como los animales y las plantas, cuando determinan las estaciones.

La *Pródiga* se sonrió, y luego expuso con afectada indiferencia:

—Verdaderamente, á tí te convendría mucho tener un hijo...



—Dí que nos convendría á los dos... (apresuróse á responder Guillermo.)—Yo no quiero felicidad ninguna que no proceda de tí...—¡Pero reconocerás que sería muy dulce (hoy, por ejemplo, que no podemos salir de casa) ver aquí, entre nosotros, á un angelote, que la mitad fuera Julia y la otra mitad Guillermo, con quien pasar el día oyéndolo disparatar!...—Y no creas que esto es quejarme de mi suerte...—¡Con tu amor me basta para ser enteramente dichoso!...—Es hablar por decir algo.

—Habla, hombre: habla todo lo que quieras... (contestó Julia.)—Cuanto más claro hables, estaré más contenta y tranquila...—¡Lo único que podría dolerme, fuera que me ocultases algún dolor!—Tal seguridad tengo en poder curártelos todos, aunque sea á costa de los mayores sacrificios!...

—Lo sé... Pero la conversacion toma un giro demasiado triste... (replicó el jóven.)—Déjame dormir aquí un poco; que hoy me he levantado con estrellas y tengo sueño...—Verás cómo me despierto de mejor humor; y, si entónces ha dejado de llover, montaremos á caballo, y pasearemos por el valle hasta la hora de sentarnos á la mesa con los presumidos y estúpidos novios, con los avisados autores de sus dias y con la bachillera madrina suplente, á todos los cuales siento ya muchísimo haber dispensado tanta honra y tener que dirigir la palabra...—En fin: te digo que el alevoso temporal de hoy me ha disgustado de un modo atroz...—Pero no te marches, vida mia... No me dejes...—¡Dormir en este sitio, sabiendo que tú me velas en ese otro, no será dormir realmente!... ¡Será una deliciosa embriaguez de amor!...—¡Qué bonita eres, Julia, y qué buena!...—Si no he despertado á las doce, llámame...—¡Lástima de mis estatuas... y de mis amorcillos... y de mis inscripciones!...

Así diciendo, el fastidiado poeta se quedó profundamente dormido.

Julia lo miró entónces con melancolía, y murmuró, cruzando los brazos y fijando los ojos en las cambiantes brasas del hogar:

—¡1.º de Octubre!...



## XXXI.

Abismada en honda meditacion, que alternativamente la hizo sonreír de un modo siniestro, ó temblar como si recibiera crueles heridas, permaneció mucho tiempo la *Pródiga*, hasta que, á eso de las doce y media, la sacó de aquel horrible estado el lento andar de muchas caballerías que pasaban por debajo de los balcones, y que al fin se pararon á la puerta del Caseron.

—¡Silenciosa y desanimada vuelve la boda!...—pensó, yendo á asomarse á los cristales.

Y el ruido que hizo al moverse, despertó á Guillermo; el cual se acercó á ella, diciéndole con ternura:

—¡Qué bien he dormido!...—Por cierto que he soñado que estábamos en Madrid..., y que tú, gran pícara, querías á otro...—Pero ¿qué diantres ocurre ahí abajo? ¿Por qué manotean tanto en silencio esos imbéciles?

No se habia equivocado Julia: todos los cortijeros regresaban del pueblo muy lúgubres, como si alguna desgracia, amén de la de mojarse, les hubiera pasado.—Habia más: José estaba furioso, á juzgar por los golpes que se daba en la cabeza: Brígida lloraba á lágrima viva, y el tío Juan le enseñaba el puño, amenazándole: la tia Francisca cuestionaba al oído con el tío Antonio, y éste no cesaba de hacer enérgicas señas á unos y á otros para que callasen.—Todos los personajes citados y Antonia se habian apeado ya de sus cabalgaduras, mientras que los demás, es decir, los testigos de ambos sexos, seguian montados; y por cierto que se reian irónicamente ó ponian semblante de indignacion y repugnancia, segun las alternativas del caso.

Pronto comprendieron Guillermo y Julia, por los ademanes y gestos de aquellas gentes, á qué se reducía la cuestion...—Resistíase Brígida á entrar en el Palacio, y queria encaminarse á su casa.. Forcejeaba el tío Juan para obligarla á lo contrario. José estaba de parte de Brígida, y le hacia señas de que no cediese. La tia Francisca parecia disculpar ó justificar la oposicion de su nuera á subir á ver á los Señores y á comer con ellos. El tío Antonio apoyaba al tío Juan, mostrándose apuradísimo ante la idea de que se hiciese tamaño desaire á su ama, y los espectadores



influían todo lo posible, con imponente unanimidad, para que los novios los siguieran al caserío, haciendo al efecto con manos y cara demostraciones de aversion y desprecio á la noble vivienda.

Julia y Guillermo no se hablaban; pero estaban pálidos de terror y de cólera.—¿A qué obedecía aquella insolente sublevacion, aquella ingratitud, aquel insulto, cuando José, Brígida y sus parientes estaban conformes la noche antes en comer con ellos, y hasta parecían muy agradecidos á tal distincion? ¿Por qué se negaban á presentarse á sus efectivos compadres, que tantos regalos les habian hecho? ¿Ni cómo se mostraban tan hostiles los demás vecinos de la *Cortijada*, despues de haberle ofrecido al tío Antonio ir al baile y al refresco?

Preguntándose estaban todo esto Guillermo y Julia, cuando el tío Juan los divisó á través de los cristales, y señaló á ellos, como si dijera:

—¡Ya veis que nos están mirando, y que es indispensable entrar!

El argumento surtió un efecto maravilloso. Todos los cortijeros y cortijeras extraños al conflicto se avergonzaron y asustaron, y corrieron á esconderse en sus tugurios, mientras que los convidados á comer penetraron en el Palacio, llenos de terror, por aquello de que no es fácil y llano desobedecer ó desacatar de pronto á los poderes que se han respetado largo tiempo.

Julia se apartó del balcon y se dirigió á la puerta, con aire resuelto y digno, como si fuese á tomar una determinacion heróica. Pero Guillermo la atajó, diciéndole:

—¿A dónde vas?

—A hablar con el tío Antonio, y á poner término de una vez á estas majaderías...—respondió la *Pródiga*, fingiendo dar poca importancia á lo sucedido.

—No son majaderías... ¡Son cosas muy graves, en que yo debo intervenir directamente! (replicó el jóven con altivez y despecho.)—¡Necesito oír de labios del mismo capataz la explicacion de esa asquerosa escena que hemos presenciado!—¡Estoy ya harto de aguantar groserías de estos rústicos!—Si te dejara á tí ir á entender en el nuevo agravio que nos hacen, lo transigirias con tu excesiva bondad, dejándome expuesto á mayores ofensas!...—¡Tío Antonio! ¡Tío Antonio! ¡Suba Vd. inmediatamente!

Estas últimas voces las daba ya el huésped desde el



corredor, á donde habia salido muy furioso, desentendiéndose del mudo ruego que Julia le dirigia con las manos cruzadas.

Regresaron luégo los dos amantes al salon. *La Marquesa*, contraída y torva, como presintiendo irremediables desdichas, sentóse en el sitial que acostumbraba, y reclinó la frente sobre una mano, mientras que Guillermo se paseaba con rapidez, ó más bien daba vueltas en medio de la estancia, á modo de enjaulado leon en el acceso de la calentura.

### XXXII.

No tardó el tío Antonio en preguntar desde la antesala:

—¿Dan los Señores licencia?

—¡Entre Vd., y déjese de zalamerías!—gritó el jóven.

El pobre viejo se presentó más amarillo que la cera, y dirigió á su señora una mirada de suprema angustia.

Pero la *Pródiga* tenia clavada la vista en el fuego, y no se dió por entendida de la llegada de su antiguo servidor y actual dueño del Palacio y del Cortijo.

—Explíqueme Vd., sin embustes ni circunloquios (continuó Guillermo, plantándose en frente del anciano), por qué razon y motivo ni su mujer de Vd., ni su hijo, ni su nuera querian subir á vernos, cuando les hemos dispensado el honor de apadrinarlos en su boda y de convidarlos á nuestra mesa...

—Señor... (tartamudeó el tío Antonio, apoyándose en una silla para no caer al suelo:) La Señora sabe que yo no digo nunca más embustes que los que S. E. me manda...

—Pues la Señora le manda á Vd. en este momento que diga la verdad (repuso el jóven...)—¿No es cierto, Julia?...

—Habla, Antonio...—pronunció secamente la dama, sin apartar la vista de la lumbre.

El anciano volvió á clavar los ojos en la rígida figura de la *Marquesa*, cuyo rostro expresaba juntamente desesperacion y conformidad, y dos lágrimas corrieron por sus arrugadas mejillas... Limpióselas luégo con los dedos, y exclamó respetuosamente:

—Señorito... ¡Bien sabe Dios que quisiera haberme muerto el año pasado tal dia como hoy!...—¡Bien sabe Dios que preferiria ver amortajada á mi mujer ó comido



de lobos á mi hijo, á tener que contar delante de mi señora lo que nos ha pasado esta mañana en el pueblo!...— Pero, en fin, sus excelencias han visto desde el balcon la cara que traian todos los acompañantes de la boda y el llanto de Brígida y de mi mujer, y de nada serviria que yo negase que... ¡vamos! se nos ha aguado la fiesta.—Por consiguiente, lo mejor de todo es no acordarse más de este desgraciado casamiento...

—¿Qué ha sucedido en el Lugar? (tronó el jóven, disfranzando ya su terror con la ira.)—¡Vamos! ¡Pronto! ¡No tema Vd. que nos muramos al saberlo!—¿Se ha negado el Cura á casar á José, porque yo no he ido todavía á su muy amada iglesia?

—¡Ave María Purísima!—No, señor... (respondió el capataz, entonándose algo.) No es eso precisamente...—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?—¡Dios nos libre!—¿Por qué habia de pagar mi hijo culpas..., digo, faltas..., digo, obligaciones ajenas?—Lo que ha pasado (y por eso venian todos los acompañantes tan prevenidos contra esta casa, y Brígida y mi mujer tenian tanto miedo de subir...) es que el Sr. Cura, despues de explicarnos, segun costumbre... (perdone la Señora), que los que no van á misa y viven como casados, no estando casados... (perdone el Señor), no son... ¡vaya!... no son, como si dijéramos, amigos ni conocidos de la Parroquia..., acabó diciendo que no podian sus excelencias servir de padrinos del casamiento, ni de nada que tuviese relacion con Nuestro Señor Jesucristo...

—¿Y qué? ¿No se han casado José y Brígida?—preguntó vivamente Julia, levantándose muy sonrojada.

—¡Sí, Señora!... ¡sí, Señora! ¡Ya están casados!... (se apresuró á responder el tio Antonio.)—Pero vuestras excelencias no han figurado como padrinos, ni tan siquiera de nombre...—El tio Juan y su sobrina Antonia han sido los verdaderos compadres...

Julia y Guillermo se miraron con horrible tristeza.

—¡Figúrense ustedes... (prosiguió el tio Antonio, creyendo atenuar el caso) qué no habré yo dicho al Sr. Cura para ver si les evitaba semejante desaire, de que pronto se enteró todo el pueblo!...—Pero su merced, que es hombre muy atestado y valiente, aunque parece una mosquita muerta, se puso por las nubes, y hasta habló de... creo que dijo *descomulgarnos*, y de no darnos ya nunca la absolucion, á



los que defendiéramos ó tratáramos á los enemigos de Dios y de la Virgen... (En fin... ¡exageraciones!...; pues yo sé que la Señora es una santa, aunque ahora esté distraída y no vaya á la iglesia...)—Sin embargo: como estos infelices no han visto el mundo más que por un agujero... (¡yo estuve en Madrid con el difunto Sr. Marqués, que santa gloria haya!), son tan poquita cosa y tan asustadizos, que comenzaron á llorar y á pedir perdon, y hasta mi propia mujer me faltó al respeto...—En una palabra: ¡yo no sé qué camino tomar hoy para meter por vereda á esas gentes, y creo que lo mejor será no hacerles caso, ínterin llega el 15 de Agosto del año que viene y los despido á todos!...—En cuanto á mi mujer y á mi hijo y á Brígida, yo respondo con la cabeza de que subirán á comer en cuanto los Señores les avisen...

—¡Que no suban! (exclamó Guillermo con arrogancia, mientras que la *Pródiga*, falta ya de valor, volvía la cabeza para que no la viesen llorar, y se dejaba caer sobre una silla.)—¡Que no suban!—¡Dígales Vd. que ya no hay comida de boda, baile, ni refresco, ni necesitamos volver á verlos jamás!—Vd. mismo puede retirarse...—El cocineros bastará para todo, en tanto que mando por criados á la Capital.

El tío Antonio, el amo del Cortijo, se inclinó hasta el suelo, con más dolor que enojo, y dió un paso atrás para irse, no sin dirigir á la *Marquesa* otra mirada de amor y compasion.

Julia se levantó entónces: dió á besar su mano al pobre viejo, y, volviéndose hácia el irritado huésped, dijo:

—Mi buen Antonio no tiene la culpa de nada, y merece ser tratado con mayor consideracion.—¡Vete, Antonio!... Luégo te llamaré, y hablaremos.—En cuanto á la comida, baile y demás festejos de dentro de esta casa, dí que estoy enferma, y que se dejan para otro dia...—Celebraré que tus hijos sean venturosos muchos años...

El fiel servidor cubrió de lágrimas y besos la mano de la *Pródiga*, y se retiró, sin volver la espalda, despues de hacer otra profunda reverencia á Guillermo.



## XXXIII.

—¿Qué piensas hacer? ¿Qué vas á decirle á solas al capataz?—preguntó agriamente Guillermo á Julia cuando se quedaron solos.

Julia respondió con asombrosa calma:

—Nada pienso decirle de estos asuntos, ni nada tenemos que hacer; pues nada importante nos sucede.—Sin tu fatal inclinacion á la popularidad y á la gloria; sin la ambicion que te disgustó de Madrid, que á mí te trajo y que aquí te hace remover cielo y tierra para darle alimento; sin tu imprudencia de fijar la vista y buscar admiracion y aplauso en el mísero *público* de una Cortijada, no tendríamos que lamentar la escena del 15 de Agosto ni la de hoy, pues ni áun el pobre Cura se hubiera acordado de que estábamos en el mundo... Pero has pedido á la soledad los obsequios sociales, y te ha contestado con los inconvenientes de la Sociedad.—Debemos, pues, olvidar lo ocurrido; no volver á pensar en los humildísimos rústicos que nos rodean, y buscar la dicha en nuestra propia alma, en nuestra amistad, en nuestro amor..., si es que todavía te basta eso para ser feliz...

Guillermo inclinó la cabeza con abatimiento, y murmuró despues de una pausa:

—¡Execrados por todo sér viviente!...—¡Esto no puede sufrirse!—¡Despidamos á esos atrevidos patanes!... ¡Busquemos nuevos colonos y servidores!

—¡Eso no! (respondió Julia.)—Antes me marcharia yo misma que despedir á doce familias de la tierra en que nacieron...—Además: yo no tengo aquí tantas atribuciones como yo misma te he hecho creer...

—Pues marchémonos á otra casa de campo, donde nadie nos conozca...—Yo soy rico...

—¡Acabaria por sucedernos lo mismo que aquí, á ménos que viviéramos enteramente solos, lo cual sólo es práctico y hacedero en las novelas!—Donde quiera que vivamos, las leyes y las creencias, y, por consiguiente, los hombres, serán enemigos de nuestra ilegítima ventura...—Ya te lo anuncié hoy hace un año.—Resignémonos, pues, á vivir incomunicados con la especie humana, cosa



que bien podemos hacer en este Cortijo, sin más que cerrar los ojos al pasar por delante de las cabañas de esos labriegos...— Servidores que lo sean hasta dentro de su espíritu; criados enteramente serviles, ó sin conciencia, podremos traerlos de la capital...—Aquí no los hay.

—¡Otra idea me ocurre! (agregó el jóven con la mayor naturalidad.)—¡Vámonos á Madrid!...—Allí se tolera todo... Allí hay libertad: allí hay hasta soledad en medio del bullicio y de la muchedumbre...

Julia lo miró con espanto, y dijo:  
—Tambien hablamos de eso lo bastante el año pasado para que comprendieras que no debias proponérmelo hoy...—Además: yo creia que, posteriormente, en la Corte, habrias formado cabal juicio de lo que yo he sido en el mundo, y que estarias al cabo de que Julia no puede volver á la sociedad sin muchos millones con que tener á raya á antiguos envidiosos y constantes hipócritas. —¡Desgraciado de tí si fueras á Madrid conmigo!...— ¡Los duques y los ministros te tratarian con más horror que estos cortijeros!—Convécete, Guillermo...—Yo no personifico la sociedad, ni la familia... ¡Yo no soy más que el amor; el amor natural, el amor libre, sin otros goces que el culto recíproco de dos seres aislados!...—Tampoco dejé de advertirtelo en nuestra primera conferencia...— Así, pues, el dia que yo no baste á tu felicidad, déjame y vete, ya sea en busca de otro amor..., ya sea en demanda de tu futura familia, que es lo que lealmente te aconsejo.—Esto es hablarte como cumple hablar á la llamada *Pródiga*; y, en la inteligencia de que así lo harias, te dí hace siete meses mi amor, el resto de mi vida, el resto de mi paz, el aprecio de que aquí gozaba, todo lo que yo era y podia ser en el mundo...—¡Imagínate ahora cuánto te adorará mi corazon!

Guillermo, á fuer de jóven y de impresionable, quedó deslumbrado y extasiado, y tambien lleno de gratitud y de lástima, ante aquel abismo sin fondo de generosidad y de ternura... Sobrepúsose, pues, á las tremendas emociones que aún agitaban su ánimo, y exclamó apasionadamente:

—¡Julia mia!... ¡Dices bien!...—Tú y yo nos bastamos para ser felices... Donde quiera que tú y yo estemos, sobraré el mundo, en el cual no debemos fijar los ojos...— Seguiremos viviendo aquí años y años, sin volver á pensar



en las ridiculeces que tanto nos han amargado en el día de hoy.—¡Ven á mis brazos, gloria de mi alma, y perdóname todo lo que te ha hecho padecer mi inexperiencia!

### XXXIV.

Julia y Guillermo comieron solos y opíparamente, servidos por el cocinero en persona, sin rebajarse á preguntar qué era entretanto de los novios ni de sus afligidos padres y asustados amigos.

Terminada la refeccion á cosa de las tres, y visto que seguía lloviendo, decidieron jugar á las damas.

La partida comenzó con mucho entusiasmo y palabrería; pero no tardó el jóven en observar que su hermosa antagonista jugaba mejor que él, y que procuraba ocultarlo y no ganar, por no herirle en el amor propio...—Aburrióse por consiguiente el poeta ingeniero, y, pretestando dolor de cabeza, dijo con visible mal humor:

—No quiero jugar más...

Verdaderamente, el pobre estaba algo febril por resultas de las contrariedades de aquel infausto día.

Al cabo de un momento, se puso á tocar el piano. Pero era tal la crispatura de sus nervios, que no acertó á darse gusto, y aún incurrió en muchas faltas de ejecución material.

Volvió, pues, al lado de Julia, y, no sabiendo cómo pasar la tarde, tuvo la desgraciada ocurrencia de decirle:

—Suponias hace poco que yo habria oido contar en Madrid tus aventuras...—En efecto: allí me han referido versiones muy distintas...—Y, pues nada mejor tenemos que hacer en este momento, podrias narrarme tu verdadera historia, en la seguridad de que yo la oiria con indulgencia y mansedumbre en todo lo que hiriese mi vanidad de amante...

—Mi historia no es para contada, sino para olvidada... (respondió *la Pródiga* con mal disimulado enojo.)—Y ahí tienes otro de los inconvenientes de amar á deidades que no son niñas ni han sido santas...—¡Mucho, muchísimo siento, vida mia, que no te pertenezca ni pueda lisonjarte mi pasado!... Pero esta es la verdad... *¡Sic fata voluerunt!*



Guillermo se picó á su vez, aunque conociera que él habia estado inconvenientísimo; y, atendiendo más á unos tardíos y retrospectivos celos que á toda consideracion de hombre galante, replicó ferozmente:

—Declarar que tu pasado *no me lisonjea*, quiere decir, cuando ménos, que lisonjea tu memoria...—Sepa yo, pues, hasta qué punto he sido aventajado, y así podré corregirme...

—Tú estás malo...—¡No hablemos más hoy!—repuso Julia, temblando de vergüenza y de desprecio.

Y, en seguida, se echó á llorar.

Guillermo se aterró al ver las consecuencias de su falta, no ménos que se habia complacido en cometer la falta misma, y consoló prolijamente á la Marquesa, parafraseando estos conceptos:

—Efectivamente, estoy malo...—Perdona que tenga celos hasta del aire que respiraste antes de yo conocerte...—Todo lo que yo pueda decirte desagradable es amor, y sólo amor...—Procuremos pasar contentos las últimas horas de este malhadado día, en que tan felices esperábamos ser...

Julia perdonó á su rendido amante, ó, por lo ménos, le sonrió con inagotable dulzura.

### XXXV.

Así llegó la noche, cuando apenas eran las cinco y media.

Seguia diluviando.

Nadie hubiera dicho que en aquella Cortijada habia una boda, y boda tan importante como la del hijo del campataz de la finca.—En el caserío rústico reinaba profundo silencio, sólo turbado por el continuo llanto del temporal.

—Ni la guitarra, ni los platillos, ni las castañuelas, ni las palmadas y coplas del baile de rigor, habian sonado en toda la tarde, ni era ya de esperar que sonaran...—¡Tristes desposorios los de José y Brígida!

Aquel silencio, acusador y depresivo, ya se le juzgara voluntario, ya se le considerase forzoso, pesaba como un remordimiento sobre el espíritu de Guillermo y Julia,



que no podían olvidar la terrible causa que lo había motivado. Figurábaseles que era una tácita confirmación de las censuras del Párroco, y que, por tal medio, seguían desairándolos y huyéndoles todos los moradores del Cortijo.—"Viviérais dentro de la ley... (parecía decir la soledad á la Marquesa y al madrileño); estuviérais casados; formárais parte de la sociedad humana, y el vetusto Palacio estaría resonando á estas horas en risas y alborozo, y vosotros seriais los héroes de la fiesta, y vuestros nombres figurarian en todas las coplas, y correria el vino de mano en mano, y danzarian los jóvenes, y llorarian de felicidad los viejos, y no cesarian las bendiciones á vuestras excelencias, los generosos compadres de la boda!...—Pero habeis preferido vivir desvergonzadamente en la Cortijada, como si fuera un desierto..., y el desierto creado por vuestro feroz egoismo os presenta ahora todas sus esquivas, toda su mudez, todo su desamparo..."

Callaban, pues, nuestros amantes en las densas tinieblas, sólo esclarecidas, cerca del hogar, por los rojizos destellos de la lumbre...—Ni ¿cuál podia ser en tal noche el asunto de su conversacion?—¿Cabia hablar de lo pasado?—¿En manera alguna!—¿Habían de comunicarse lo que pensaban en aquel momento?—¿Imposible de toda imposibilidad!—Y, respecto del porvenir, Guillermo se habia cansado de formar planes en voz alta sobre lo que harian aquel invierno, dentro del caseron, cuando la lluvia ó la nieve les impidiera gozar del campo...

—Estudiaremos el aleman... (habia dicho.)—Pero ¿para qué, si nunca hemos de volver al mundo?—¿Mejor será poner un gimnasio en el entresuelo!... ¿Trabajando en él, nos libraremos de reumas por falta de ejercicio!...—Si tuviéramos algunos millones, convertiria en un verdadero lago navegable, con sus lanchas y todo, la parte baja del valle..., á cuyo fin me pasaria el invierno haciendo los planos del muro de contencion, del embarcadero, etc.—¿Pero estas son ya palabras mayores!...—Me contentaré con trazar un camino para ir desde el Palacio á la Vega sin pasar por el Caserío; pues no quiero volver á ver á esas gentes...—Ó, si no, te retrataré al óleo; que para eso traje lienzos, caballete y paleta...—En fin, habrá que matar el tiempo de cualquier modo, en tanto que vuelven los dias de gala de la Naturaleza...

Julia no habia contestado ni una palabra.



Y entónces fué cuando Guillermo comenzó á callar tambien...

—¿Duermes, vida mia?—preguntó al cabo de media hora el amado á la amada.

—No, señor: no duermo... (respondió ella con graciosa ironía:) Lo que estoy haciendo desde que te callaste es admirar el poder y la actividad de tu espíritu...—Pero bueno será decir ahora que traigan luz, á riesgo de que se desvanezcan tantos fantasmas como acaba de crear tu insoportable horror al ocio.

Acababa Julia de pronunciar estas palabras, cuando sonaron pasos en la galería, entró alguna claridad por debajo de la puerta, y se oyó la voz del tío Antonio que preguntaba desde la antesala:

—¿Dan sus excelencias permiso?

—Pasa, Antonio...—respondió la *Pródiga*.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!—  
¡Tengan sus excelencias muy buenas noches!...—añadió el viejo, entrando con dos lámparas encendidas y colocándolas sobre la chimenea y en el velador.

En seguida hizo un reverente saludo, y dijo á su ama, con voz que hubiera ablandado las piedras.

—Señora: los novios están en mi casa, muy afligidos; y, antes de marcharse á la suya, piden permiso para subir, con el tío Juan, á ver á vucencias...—Mi pobre mujer ha tenido que volver á meterse en cama...—Conque ¿perdonan los señores á mis hijos... y les digo que suban?

—Mañana, Antonio... Mañana los veremos... (respondió la Marquesa.)—Esta noche no me siento bien.—Diles que les deseamos muchos años de felicidad..., y que desde ahora mismo pueden bailar y cantar cuanto gusten, así ellos como todos los habitantes de la Cortijada, en la nueva casa de José y Brígida ó donde les parezca.—Márchate tú tambien con los novios..., y procura desaturdirte un rato, que buena falta te hace.—Dile al cocinero que nos suba la cena á las nueve...

—Yo no pienso cenar...—interrumpió Guillermo.

—Ni yo tampoco... (se apresuró á añadir Julia.)—Por consiguiente, puede tambien el cocinero irse al baile.—Que se mejore Francisca, y adviértele á José que, aunque se haya casado, le arrancaré las orejas siempre que me acomode... Más claro: dile que sea bueno con Brígida, como tú lo has sido con tu mujer!..



—Señora... ¡es vucencia la santa de siempre! (exclamó el tío Antonio, poniéndose de rodillas.)—¡Permítame que le bese otra vez la mano, y perdone que se la manchen las lágrimas de este pobre viejo!

—Anda con Dios, hombre... Anda con Dios...—respondió Julia muy conmovida.

—Ya subirá luégo Frasco el pastor con el periódico, y los Señores le dirán si deciden tomar algo...—¡Las noches son ya muy largas para acostarse sin cenar!...—Beso los pies á vucencias...

Así dijo el anciano, y se retiró, andando hácia atrás y haciendo muchas cortesías á Guillermo,—quien no se dignó contestar á ninguna de ellas, ni lo habia mirado un solo instante.

### XXXVI.

Pronto comenzó á sonar á lo lejos gozoso y animado toque de guitarras, castañuelas y platillos, seguido de palmas y coplas...

Todo ello, armonizado por la distancia, y destacándose entre el melancólico rumor de la lluvia, formaba agradableísimo concierto, cuya cadenciosa melodía, al par alegre y triste, recordaba los cantos árabes ó las bíblicas pastorelas.—Había además en aquel eco de remota zambra con que se festejaba el matrimonio de la rústica vírgen y del fanático mancebo, algo de patriarcal y de sagrado, cuyo santo regocijo contrastaba cruelmente con el hondo tedio que en el nobiliario salon sentían Guillermo y Julia... Sobre todo, el agudo y perpétuo retintín de los metálicos platillos parecia encargado de repetirles sarcásticamente verdad tan amarga y de hacerles envidiar los providenciales bienes de la familia desde las áridas rocas del concubinato...

Hasta qué punto era capaz el jóven de sentir estas amarguras, ya lo especificamos al verle reverenciar en las humildes viviendas del Cortijo los afectos domésticos de que se creía privado para siempre; pero la misma desesperacion, su orgullo recientemente herido y la presencia de la *Pródiga* le impidieron aquella noche reconocer la santidad de la institucion ó sacramento que, en todos los climas, en todos los siglos, en todas las civilizaciones, y aún en los



pueblos más incultos y salvajes, funda la casa, legitima la familia, vincula la propiedad, normaliza la propagación de la especie y da cuerpo y organismo á las colectividades llamadas tribus ó naciones y despues sociedades ó Estados; y así fué que, prestando más oídos á su rabioso despecho que á aquella noble envidia, exclamó sardónicamente:

—¡Cómo retozan esos animales! ¡Qué ruido mueven para que no ignore el mundo que una vírgen va á dejar de serlo! ¡Qué presumido y sandio será hasta la consumación de los siglos el bípedo que nació sin plumas!

—¡Tú estás malo, mi querido Guillermo! (volvió á decirle la desterrada,—en cuyos tristes ojos y ceñuda frente se leía que estaba siguiendo las desconsoladoras reflexiones de su amante.)—Tu corazón y tu entendimiento valen mucho más que todo lo que la ira y la calentura te han hecho decir hoy...—¿Por qué no te acuestas?

—¡Eso es! (respondió el jóven con desagrado:) ¿Por qué no me acuesto á las seis y media de la noche, que es como si dijéramos á media tarde?

Julia inclinó la cabeza, como agobiada por el inmenso fastidio del pobre ingeniero.

### XXXVII.

Una hora despues llegó Frasco el pastor con el periódico.

—¡Tan temprano!—le dijo Guillermo, cogiendo el papel maquinalmente.

—Sí... señor... (respondió el montañés.)—Me fuí con tiempo al Lugar y he vuelto muy de prisa, para disfrutar un poco del baile..., si llegaban los Señores á conceder su vénia, como veo que la han concedido...

—Pues anda con Dios... y que te diviertas...—repuso el jóven.

Y, luégo que el pastor se hubo marchado, comenzó á dar vueltas entre las manos al cerrado y fajado número de *La Época*, ó á servirse de él como de pantalla para defenderse de las llamaradas del hogar.

Era la primera vez, desde que estaba en el Cortijo, que cogía el aristocrático diario.

Julia lo miraba de reojo y con creciente angustia.



De pronto, Guillermo soltó una breve y falsa carcajada, y exclamó con mal fingida indiferencia, mientras que su vista devoraba el doblado papel:

—¡Diantre! ¡Qué casualidad!—¡Tengo puesto el dedo casi encima del nombre de *mi amigo* Enrique...—¡Ya recordarás!...—De los dos que vinieron aquí conmigo, el más delgado.—¡Un mal sugeto, tan envidioso y presumido como tonto!...—¡Mira! ¡mira lo que dice de él!...—”*No se le puede disputar al Sr. Perez Lopez (D. Enrique)*”...—Este doblez no me consiente leer más...—Pero antójame que bien puedo faltar á la antigua promesa, á fin de ver qué es lo que *no se le puede disputar* á mi compañero en la representacion de este país..., á un antiguo conocido tuyo..., al más fátuo de los mortales...

Y, así diciendo, le quitó la faja al periódico.

Julia sintió como un sudor de muerte; pero disfrazó su emocion, aparentando grande júbilo, y tartamudeó estas palabras:

—¡Gracias á Dios que se rompió el hielo! ¡Llegó el día del indulto para *La Época*!...—¡Lee!... ¡Lee eso que le pasa á tu amigo Enrique!...—¡Tambien tengo yo curiosidad de saberlo!

—¡Qué atrocidad! (exclamó el jóven, sin oír á su querida:)—¡El necio de Enrique va á ser Ministro de Fomento!...—¡España está dejada de la mano de Dios!—¡Ministro el que plagiaba mis discursos!—Pero... ¡calla! ¡tambien leo aquí mi nombre!... ¡Me llaman ”*el malogrado Guillermo de Loja*!...”—¡Por lo visto, en Madrid me han dado por muerto!...—Oye, oye el párrafo; que es curioso:—”*Próxima la reapertura de las Córtes, no se le puede disputar al Sr. Perez Lopez (D. Enrique) la cartera de Fomento, que en mal hora usurpó D. Lucas de la Guardia al que de derecho la habia ganado en buena lid, al malogrado Guillermo de Loja. Bien podemos calificar así al insigne orador que, justamente indignado ante la mala pasada del actual Presidente del Consejo de Ministros, dejó la vida política, en que tan brillantemente entraba á la edad de veintiseis años, y abandonó para siempre esta Villa y Córte. Intimo amigo particular y político del ilustre Loja, el Sr. Perez y Lopez, cuyo elocuente discurso sobre Enseñanza, pronunciado en la anterior legislatura, recordarán nuestros lectores, es muy natural que reemplace en el Gabinete al pobre D. Lú-*



"cas, que tan desairado papel hace en el banco azul por su falta absoluta de dotes oratorias."

—¡Sí que es curioso el párrafo! (contestó Julia, cuando Guillermo acabó de leer en voz alta.)—De ahí se deduce que, si mañana salieras para Madrid, dentro de tres días serías Ministro de Fomento...

—¡Líbreme Dios!... (murmuró el jóven, sin dejar de leer para sí, y demostrando el ansia del hidrópico que ha probado el agua.) ¡Dios me libre de disputar carteras á nadie, y ménos al pedantísimo Sr. Perez!...—¡Ah! ¡Qué Madrid! ¡qué Madrid!...—¡Pero esto es mejor!...—¡Qué escarnio! ¡qué vergüenza!...—Oye... oye lo que dice la REVISTA DE SALONES:—..."Tambien se asegura que la jóven Duquesa viuda de Almuñécar, cuyo luto está ya en el período de alivio, recibirá este invierno á los amigos que considera como de familia, y que sus reuniones, más artísticas y literarias que de vano galanteo, acabarán en patriarcales cenas á la antigua española."—¿Sabes tú quién es la Duquesa de Almuñécar?—¡Pues es una niña, hija de los Marqueses de Pinto, que, en el espacio de siete meses, ha sido vírgen ideal, mujer de un viejo septuagenario y enlutada viuda, y que, por lo visto, anda ya buscando novio con quien disfrutar, en unas nuevas nupcias, de los millones que le dieron en dote para comprar su cuerpo y su alma!...

—¡Qué ardor! ¡qué vehemencia! ¡Con qué indignacion hablas de esa jóven!... (exclamó la *Pródiga*:)—¡Cualquiera diria que eras sobrino del difunto Duque!

—¡Es que si tú hubieras conocido á Pura, esto es, á la hija de los Marqueses de Pinto, te causaria horror tanta ferocidad!...—repuso cándidamente Guillermo.

—Conocí á sus padres, al Duque de Almuñécar y á otras muchas gentes que ahora serán tan viejas como yo... Pero á las niñas de tu tiempo no las conozco, y, por consiguiente, no puedo celebrarlas ni zaherirlas...

El tono acerbo con que Julia pronunció estas palabras, al parecer indiferentes, y la mortal palidez de su semblante, hicieron recapacitar al jóven en la crueldad de aquella escena, y, soltando el periódico, dijo:

—En fin... ¡allá ellos!—¿Qué tenemos que ver ya nosotros con los Ministros ni con los Duques?—¿Sabes jugar al *ecarté*? ¿Habrá por ahí una baraja?

La Marquesa no contestó.



—¡Vigésimos quintos monos del día de hoy! (añadió Guillermo en actitud de mártir.)—¡Si lo sé, no leo el periódico!—Pero me habías suplicado tantas veces que lo leyera, que, al ver el nombre de Enrique, no creí ofenderte repasándolo...—¡Será el último número á que le quite la faja!

En esto se oyó en el cañon de la chimenea uno de aquellos lúgubres alaridos con que el viento anuncia los largos temporales.

Julia se estremeció, y siguió callando, cada vez más pálida y contraída; hasta que, de pronto, lanzó un grito agudo y desgarrador, cual si hubiera visto delante de sí algun horrible mónstruo...

—¿Qué es eso, Julia mia? ¿Qué tienes?—gritó el jóven, corriendo hácia ella con terror.

La *Pródiga* se llevó las manos á la frente como si despertase, y dijo, procurando sonreirse:

—Nada... ¡Ya ha pasado!... Una vision..., un repentino ensueño...

—Pero tú estabas despierta...

—Sí: tenia abiertos los ojos... Y ¡ya ves!... He delirado repentinamente...—Por fortuna, pasó...—Conque hablemos de cosas formales...—Siéntate cerca de mí, y óyeme...—¡Más cerca, Guillermo mio, más cerca!...—Porque has de saber que tengo miedo...

—Miedo... ¿de qué?—interrogó el jóven con toda su alma, temiendo que Julia se hubiese vuelto loca.

—Miedo de ese viento que ha comenzado á zumbiar en lo alto de la chimenea... (respondió la pobre mujer, estremeciéndose.) Y ¿sabes por qué?—¡Porque he reconocido la voz del Invierno...; del invierno, para tí insoportable, en esta soledad, con sus ásperos días, con sus eternas noches!...—¡Seis meses, Guillermo de mi alma! ¡Seis meses de tristezas como las de hoy!—¡Ah!... ¡Tú no podrás resistirlos!...—Llegó, pues, el instante anunciado: llegó el momento de que yo te diga:—¡Vete, Guillermo!... Nuestros amores han terminado para siempre.

—¡Julia!... ¿qué dices?—exclamó el jóven con estupor.

—¡Lo que has oido!... (replicó ella, tranquilizándose á medida que hablaba.)—Te dije, cuando viniste en mi busca, que yo señalara la hora de tu vuelta á Madrid, y que serian vanos cuantos esfuerzos hicieras por librarte del decreto fatal... ¡Recordarás que hasta juré que lo



cumplirías sin dilacion!...—Pues bien: ya ha sonado esa triste hora: ya está pronunciado ese decreto...—Mañana te irás, amor mio.

—¡Imposible! Julia... ¡imposible!... ¡Tú sigues delirando! (prorumpió Guillermo, con lagrimas en los ojos y una tempestad de encontrados sentimientos en el alma.)— ¡Ni tú puedes desear eso, ni yo puedo cumplirlo!—¡Yo te adoro, Julia!...

—Es muy verdad...—Y, porque lo es, quiero que te marches antes de que me aborrezcas.

—¡Yo aborrecerte!...—¡Ah! ¡No digas sacrilegios contra nuestro amor!...—Yo te idolatraré toda mi vida...

—Como idolatra á un dios cruel y sanguinario el indio señalado para víctima...—¡Tambien él se presta, dócil y hasta contento, á morir al pie del ara!... ¡Tambien se deja sacrificar en honor de su ídolo!...—Pero yo no soy esa divinidad feroz é implacable... ¡Yo no quiero víctimas; ó acaso he nacido más bien para serlo!...

—Julia... No te canses.—Es inútil cuanto digas...—Guillermo de Loja no te abandonará jamás.

Así dijo el animoso jóven con frialdad y entereza, cual si aquella conversacion le pareciese indigna, insultante, absurda.—Y, apartándose de la *Pródiga* sumamente ofendido, fué á sentarse en el otro sillón y se cubrió los ojos con la mano.

—¡Leo en tu noble alma!... (expuso ella al cabo de un momento.) La más generosa compasion te mueve á detestar la idea de dejarme.—”¿Qué seria de esta pobre mujer, si yo me fuera?” te preguntas lleno de misericordia... Y crees que me seria imposible seguir viviendo aquí, despues de todo lo acontecido con esos labriegos...—¡Pues te engañas!—Yo recobraré la estimacion que me tenían cuando viniste... Yo volveré á aquella vida de paz y de quietud...

—¡No mientas! (interrumpió Guillermo con sentida voz.) Tú sabes que vivirías desesperada y maldiciéndome, mientras que yo me moriria en Madrid de vergüenza y remordimientos; si ya no es que estaba aquí de vuelta ocho dias despues de marcharme...

—Eres el hombre hidalgo y caballeroso que yo me he complacido en amar, y que amaré siempre... (replicó Julia, llevándose una mano al corazon, como para acallar sus latidos de júbilo.)—Mucho te agradezco lo que acabas de decirme, pues sé que hablas con entera sinceridad...—



Pero mi resolución es irrevocable...—También me precio yo de generosa... Tampoco soy yo egoísta.—La soledad te ahoga; el ocio te consume; la sed de gloria te enloquece: tu inteligencia y tu ambición rugen desesperadas al verse sin empleo, sin público, sin recompensa: el mundo te reclama; la Patria te necesita; el corazón te pide á voces afectos legítimos y fecundos...—La vida que llevas fuera de la sociedad y de la ley te humilla y abochorna... Quieres tener hogar, esposa, hijos, categoría en la especie humana...—Todo esto lo pensabas hace muchos días, y hoy lo ha proclamado á gritos tu desesperación...—¡Ah! Yo no he dejado de observarte ni una sola hora desde que vives conmigo... Yo te he visto pensar... Y, cuando esta noche oías los remotos cantos de la boda de José, y callabas lúgubrementemente, yo sabía que estabas haciendo el resumen de tus desdichas...—”¡No mientas!”... me toca á mí decirte ahora. ¡No me niegues lo que he visto..., lo que yo también he sentido!...—Te marcharás, pues, mañana, quieras ó no quieras.

—No me marcharé, Julia...—(contestó Guillermo con entera tranquilidad.)—Es todo lo que tengo que responder á tu discurso.

La *Pródiga* experimentó una especie de terror como el que antes le hizo dar tan agudo y pavoroso grito, y, poniéndose de pie, balbuceó estas palabras con voz siniestra:

—Olvidas sin duda que el año pasado juré solemnemente que te irías..., en cuanto yo creyese que te estorbaba...

—Te he dicho que no me estorbas... Te he dicho que te amo...—Y, por consiguiente, no me iré!—replicó Guillermo sin mirarla.

—En tal caso... me iré yo...—articuló penosamente Julia.

—¡Y yo me pegaré un tiro!—contestó el joven, retrepándose en el sillón y clavando los ojos en el techo.

—¿Quién? ¿tú?... (gritó desolada la Marquesa, poniéndole las manos sobre la frente.) ¿Mi Guillermo?—¡Ah! no...—¡Yo no quiero que tú te mates!...—Mírame...—Júramelo...—Dime que no harás eso nunca...—¿Ves cuánto te quiero?...—¡Ya desisto de mi pretensión!... Ni yo me iré, ni tú me abandonarás...—Olvidemos todo lo que hemos hablado...—¿Me perdonas?

Guillermo, cuya noble cabeza, inclinada hácia atrás, es-



trechaba la *Pródiga* entre sus manos, cubriéndola de maternales besos, acabó también por condolerse, y dos silenciosas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Te perdono, sí... (murmuró al fin el joven, cuando la emoción le dejó hablar.)—¡Pero no vuelvas á insultarme diciéndome que te deje!... No vuelvas á ser injusta conmigo...—Yo soy incapaz de cometer la infamia de irme...

Julia lo miró profundamente al oírle pronunciar esta última frase, y dejó de acariciar su cabeza.—Retiró luego poco á poco las manos, para que aquel repentino apartamiento no revelara cólera ni desden; y, sonriéndose de un modo indefinible, comenzó á andar hácia atrás, mientras que su voz, rápida y nerviosa, le decía con tanta dulzura como imperio:

—¡Quieto ahí!... ¡Termine con estas pacés el 1.º de Octubre! ¡No hablemos más hoy!—Me siento fatigadísima..., y voy á acostarme.—Déjame descansar... No estoy buena.—Retírate á tu cuarto, y piensa allí nuestro plan para mañana.—¡Adios, Guillermo mio!

Así dijo la *Pródiga*, y desapareció, cerrando con llave la puerta que daba á sus habitaciones.

Guillermo había hecho un movimiento como para seguirla ó detenerla, y el caso fué, en definitiva, que la dejó marchar sin levantarse del sillón, y que sintió pena el verla desaparecer y oír que se encerraba...

Cogió, pues, el malhadado periódico y lo estrujó con furia, haciendo ademán de arrojarlo á las llamas... Pero arrepintiése en el acto; lo desarrugó cuidadosamente, y se puso á leerlo...—Y tanto le interesó su lectura, que, terminado aquel número, buscó en la repisa de la chimenea el del día anterior, y luego el del precedente, y en seguida otros muchos, hasta que, cerca ya de las tres, comenzaron á agonizar las lámparas...

Colocó entonces todos los periódicos en su sitio, después de ponerles su faja respectiva, y se retiró á su cuarto muy quedamente, á fin de no despertar á Julia...

Veamos nosotros si la *Pródiga* dormía ó velaba á aquellas horas, en que ya habían pasado cuatro ó cinco desde que dejó de sonar la música y el baile en el caserío de la Cortijada.

(Concluirá.)

P. A. DE ALARCON.



---

# LA TRASMISION

DE

# LAS IMÁGENES.

---

## IV.

Dejamos, en nuestro último artículo, á la imagen que hubiera de ser transmitida, caminando, por decirlo así, desde la estacion inicial á la de llegada, por un extraordinario número de conductores tendidos de una á otra como hilos ó alambres telegráficos. Si suponemos, que las intensidades luminosas de 2.000 puntos son suficientes para caracterizar la imagen de que se trata, con tal que estén distribuidos sobre un plano, en la situacion geométrica que les corresponda, tendremos 2.000 corrientes eléctricas por 2.000 hilos metálicos, y cada una con distinta intensidad, y con intensidad proporcional, en cierto modo, á la del punto de la imagen que representa y simboliza. Será como una imagen eléctrica viajando por un nervio metálico de muchos kilómetros, compuesto de 2.000 filamentos consagrado cada uno al transporte de una imagen pequeñísima y uniforme, á saber, la de uno de los 2.000 cuadradillos de la superficie receptora. Ésta, á la manera de singular y gigantesca retina del inmenso mónstruo, en que la industria moderna va trasformando nuestra esfera terráquea, recogió la imagen del objeto, y diferenciadas las múltiples corrientes, que á sus múltiples cuadradillos de selenio llegaban, envió por el cable total, especie de estupendo nervio óptico, la representacion eléctrica del objeto, *al cuadro* de la estacion de llegada: como el nervio óptico en el sér humano trasmite bajo forma de corrientes nerviosas, diferenciadas tambien, los infinitos puntos de las imágenes que recibe, á aquellas misteriosas profundidades, de unas cuantas celdillas de la sustancia gris del cerebro, destinadas á recoger las representaciones de los objetos exteriores.



Ocupémonos, pues, y éste será el término de nuestro trabajo, *del cuadro* de la segunda estacion, y del sistema empleado para transformar las diferentes corrientes eléctricas en otros tantos puntos luminosos, con las mismas intensidades que en su origen; lo cual constituye la reproduccion exacta de la imagen primitiva, y la resolucion del admirable problema que nos ocupa.

Parece á primera vista, que el problema está resuelto de antemano, porque toda corriente eléctrica puede convertirse en luz, y la intensidad de ésta depende de la intensidad de aquélla; de modo que si las múltiples corrientes, que vienen diferenciadas de la estacion de partida, se trasformasen en pequeños focos en los cuadradios correspondientes de la estacion final, la reproduccion de la imagen seria perfecta, y en nada diferiría este caso del ejemplo, que presentamos en uno de nuestros primeros artículos, cuando por medio de mecheros de gas distribuidos en una cuadrícula intentábamos formar toda clase de figuras y representaciones de objetos. Pero esta solucion es imposible, al ménos por hoy, porque la divisibilidad de la luz no llega á tal punto, ni á tal grado de perfeccion, que pueda reproducirse, con una escala continua de corrientes eléctricas, otra escala continua de intensidades luminosas.

Las corrientes necesitan alcanzar cierta fuerza para convertirse en luz: con menores intensidades, ni aún en las lámparas de Edison pasan del calor oscuro á la vibracion luminosa, y despues de alcanzar este grado, la ley de continuidad tampoco es perfecta, ni sobre todo es tan obediente, si la palabra vale, como lo exige la índole especial del problema, en cuya solucion estamos empeñados. Desechemos este medio por imposible, pues *à priori* lo juzgamos tal, y ocupémonos de los dos principales sistemas propuestos.

Hé aquí en qué consiste *el primero*. En la estacion de llegada existe, como varias veces hemos dicho, un cuadro ó tablero dividido en tantos pequeñísimos compartimientos, como tiene el tablero de la estacion de partida, y á cada uno llega un conductor metálico, y por el conductor, con su intensidad propia, una corriente eléctrica. Ahora bien; cada una de estas corrientes no engendra por sí misma el foco luminoso del cuadradillo á que corresponde, sino que pone en movimiento una pantalla ó disco, descubriendo más ó ménos un foco previamente encendido; la corriente obra, pues, como pequeña fuerza motriz, y su accion, y el camino recorrido por la pantalla, y el paso que queda expedito á la luz, y la cantidad de ésta que viene á iluminar cada punto determinado del cuadro, todas estas magni-



tudes, repetimos, son proporcionales á la intensidad de la corriente eléctrica.

¿Cómo una corriente eléctrica determina un movimiento, y cómo la amplitud de éste puede acomodarse á la fuerza de aquélla? Hé aquí lo único que nos falta exponer, para que quede completamente explicado este primer *sistema de recepcion* de las imágenes transmitidas: principio trascendental, y que marca uno de los grandes momentos de la ciencia de la electricidad, y principio, sin embargo, sencillo y fácil como ninguno.

Cuando una corriente eléctrica pasa próxima á una aguja imantada, la aguja se pone en movimiento, y el ángulo que describe depende de la intensidad de aquélla, pudiendo decirse, que entre ciertos límites y con cierta aproximacion, las variaciones del ángulo son proporcionales á las variaciones de la intensidad eléctrica. Esto es todo; pero esto es un horizonte inmenso, y el que por vez primera tendió por él su vista, fué un sabio llamado Ørsted, verdadero Colon del electro-magnetismo.

El por qué la corriente desvia la aguja magnética de su posición natural; la razón de esta influencia recíproca de los imanes y de la electricidad dinámica; esta especie de misteriosa atracción, ó de repulsión extraña, entre el magnetismo y las corrientes; este inclinarse y palpar de la brújula, cuando cerca de ella circula el fluido etéreo por un conductor metálico, como palpita el corazón de un sér vivo cuando á él se acerca el sér amado, y siente la pulsación de aquella sangre por aquellas venas; estos amores inorgánicos, por decirlo así, entre hierros magnéticos y venas metálicas, con éter por sangre en su eléctrica circulación; todo esto, sin perder de su profunda poesía, ni casi, pudiéramos decir, de su misterioso encanto, tiene explicación mecánica, matemática, casi perfecta, que, sin embargo, ni destruye el misterio, ni apaga el encanto, aunque lo aleja y lo engrandece, descubriendo nuevos mundos y nuevas maravillas.

Dada esta propiedad de las corrientes y esta influencia que ejercen sobre los imanes, fácil es graduar la intensidad de un foco luminoso por medio de corrientes eléctricas de intensidades varias. En efecto; imaginemos un tubo de cualquier forma, por ejemplo y para que sea más apropiado á nuestro caso, de forma rectangular: en el interior coloquemos una pequeña lámpara de intensidad constante, y en un extremo, en aquel por el cual haya de verse la luz, una pantalla ó placa móvil, giratoria alrededor de un eje vertical, con movilidad suma, lo cual puede conseguirse, si se suspende de un



hilo, y unida á una barra imantada ó aguja magnética; por último, alrededor del sistema anterior arrollemos convenientemente contra las paredes del tubo un hilo metálico, aquel por donde ha de circular la electricidad. Dado este pequeño mecanismo, mientras por el conductor no pase ninguna corriente eléctrica, la pantalla permanecerá inmóvil, cerrará el tubo, ocultará el foco luminoso, y el extremo ó boca de dicha cámara será una superficie en sombra, ó si es suficientemente pequeña, un punto en sombra. Si la corriente comienza á circular, al instante hará sentir su influencia sobre los polos de la aguja imantada, en virtud del principio de Ørsted, que há poco citamos; girará ésta, llevará consigo en su rotacion á la ventanilla ó placa móvil, descubrirá algo el extremo del tubo y un pequeño rayo de luz saldrá á lo exterior, con lo cual tendremos una cierta tinta luminosa, débil todavía, porque siendo débil la corriente, es pequeña la rotacion de la pantalla, pequeña la abertura y muy estrecho el rayo de luz. Pero cuanto mayor sea la intensidad de la corriente eléctrica, más pronunciados serán estos efectos, y cuando aquélla alcance determinada fuerza, la placa giratoria describirá un cuadrante, se pondrá en la direccion del eje del tubo, la luz no encontrará obstáculo apreciable en su marcha, y saldrá, por decirlo así, á boca llena: la del tubo será toda luz, y si sus dimensiones son bastante reducidas, tendremos un punto muy intenso, tan intenso como resulte del foco de donde procede.

Y ahora, sin dificultad, se comprende la solucion que pretendemos exponer.

Si cada casilla del cuadro de llegada es el extremo de un pequeño tubo, si en el interior de cada uno de éstos se establece un mecanismo análogo al que hemos descrito, y si el conductor metálico de cada una de las pequeñas cámaras, que forman dichos tubos, es precisamente el alambre que viene del cuadradillo análogo del cuadro de partida, sólo con esto tendremos resuelto el problema, y habremos trasformado las múltiples corrientes representativas de la imágen en otros tantos puntos con tintas más ó ménos luminosas.

Unamos ahora con el pensamiento ambas estaciones; reconstruyamos el sistema completo de trasmision, es decir, ambos cuadros con sus manojos de alambres intermedios, y apliquemos todo lo expuesto hasta aquí á tres puntos de una imágen; por ejemplo, un punto *en sombra* completa, otro punto *brillante*, y una tinta *intermedia*, y sigamos para todos ellos el proceso continuo de la trasmision.



Empecemos por el *punto en sombra*, y supongamos para fijar las ideas: 1.º, que dicho punto corresponde á la *cuarta* casilla de la fila *tercera* del tablero, lo cual abreviadamente expresamos diciendo que es la casilla 3-4; 2.º, que la resistencia del selenio es muy grande en la oscuridad y que disminuye con la intensidad de la luz, y 3.º, que el conductor se designa por el nombre del cuadradillo por donde pasa, de suerte que el conductor 3-4 será el que pase por la cuarta casilla de la fila tercera del cuadro de partida, y venga á terminar en idéntica casilla del cuadro de llegada.

Hé aquí cómo se encadenan los hechos, para transmitir la *sombra* 3-4 de una estacion á otra.

La corriente de una pila, de antemano dispuesta, llega al selenio de la casilla 3-4, en el primer cuadro: dicha casilla está en *sombra*, y la resistencia del selenio es grande, con lo cual, ó la corriente no pasa, ó pasa grandemente mermada: el resto, ya muy débil, ó una corriente nula, y permítasenos este modo de expresarnos, llega á la casilla 3-4 del segundo cuadro, circula alrededor del pequeño iman de esta casilla, pero con escasa potencia, tan escasa que no puede ponerlo en movimiento, y la placa queda en su posición, y el tubo cerrado, y la luz de su interior interceptada por completo. Y de este modo tenemos en resumen: *sombra* en la casilla 3-4 del tablero de partida; *sombra* en la casilla 3-4 del tablero de llegada: es decir, trasmisión perfecta, de una estacion á otra, de la *imagen en sombra* de un punto que ocupa determinada posición, á una posición idéntica.

Pasemos al *punto brillante*. En la casilla 5-6, por ejemplo, del cuadro de partida, proyecta directamente la imagen, ó se proyecta por un espejo, ó por un lente, un punto en plena luz de aquélla: el selenio que forma el elemento 5-6 queda iluminado por completo y con gran intensidad, de donde resulta, dada nuestra hipótesis, que su resistencia se reduce á un mínimo: la corriente que á él llega pasa con toda su fuerza, circula por el conductor, penetra en el pequeño mecanismo, ya descrito, de la casilla 5-6 del cuadro de llegada, y al envolver en su influencia al iman, lo desvía de su dirección, y con él hace girar la placa á que va unido; pero la corriente viene con toda su intensidad, luego su influencia sobre la pequeña aguja imantada estará en el máximo, y la pantalla se hallará sometida también á su máxima desviación: se colocará, pues, en la dirección del eje del tubo, la luz saldrá, como antes decíamos, á boca llena, y la casilla 5-6 del segundo cuadro será una superficie en luz, como la casilla 5-6 de



la estacion de partida: se habrá realizado matemáticamente la trasmision de la imágen luminosa.

Vengamos ya al caso de una *tinta intermedia*, y en verdad que nuevas explicaciones son inútiles; segun la intensidad de la luz en cada casilla, será la resistencia del selenio en ella: acomodada á ésta, la fuerza de la corriente: en proporcion de esta fuerza, su accion sobre el iman en la estacion de llegada: á la medida de esta accion, el ángulo que describan el iman y la placa giratoria: segun este ángulo, en fin, la magnitud de la abertura, y la cantidad de luz, y la intensidad luminosa del elemento de que se trata. Es una serie de magnitudes, que una con otra se enlaza, y que varían á la vez y en la misma proporcion: la luz de cada casilla, la resistencia del selenio, la intensidad de la corriente, la atraccion sobre el iman, el ángulo descrito por la pantalla, la extension de la abertura del tubo y la cantidad de luz emitida, son términos de una misma serie y todos van á la par.

Ahora bien, y en resúmen; si *cada punto de una imágen* puede transmitirse de una estacion á otra con la misma *intensidad luminosa*, y en la misma *posicion geométrica*, la trasmision de imágenes es un problema resuelto en teoría, sean cuales fueren las dificultades del método, y áun en el caso de una imposibilidad práctica absoluta.

Hasta aquí un sistema de recepcion; pero existe otro más sencillo y más perfecto: pasemos, pues, á este *segundo* para completar nuestro estudio.

Imaginemos en la estacion de llegada, pues de ella se trata, un enrejado de barras de acero muy estrechas, con la suficiente rigidez, donde vemos siempre el sistema constante de dos cuadrículas, correspondiéndose casilla por casilla, una en cada extremo de la línea, y además un cable de conductores entre ambas: sobre este enrejado, que sirve de amazon, apliquemos una lámina metálica muy delgada, bruñida por fuera y sirviendo de espejo. Si un haz paralelo de rayos luminosos de bastante intensidad cae sobre este espejo y en él se refleja, y luégo se recoge su imágen en una pantalla, claro es que obtendremos una tinta uniforme, y el problema se plantea de este modo: *diferenciar* los diversos rayos del haz, en cada casilla del tablero, de tal modo, que al recogerlos despues de la reflexion, resulte la imágen del objeto que se halla en la estacion opuesta.

Veamos cómo puede obtenerse este efecto por medio de las corrientes eléctricas, que vienen á través de los conductores. El principio que vamos á aplicar tiene ciertas analogías con el de Ørsted,



ya precedentemente explicado, y uno y otro pertenecen á una gran teoría de trascendencia suma en la física moderna.

Cuando el hilo de un conductor rodea en forma de hélice una barra de hierro, y por ese conductor circula una corriente eléctrica, la barra se transforma en un iman, y la fuerza atractiva de éste varía con la intensidad de dicha corriente: más aún, si la barra no es de hierro dulce, sino un verdadero iman, aún subsiste la influencia del conductor, y la electricidad que por él camina hace variar, aumentando ó disminuyendo según los casos, la fuerza propia de la barra imantada. Un sistema de esta clase se llama un *electro-iman*, y es realmente un iman de potencia variable, cuya intensidad magnética podemos hacer que cambie, cambiando la intensidad eléctrica de la corriente que le rodea, le excita y le estimula.

Aquí, como en el principio de Ørsted, vemos relaciones, y analogías, y recíprocas influencias entre los imanes y las corrientes, entre el magnetismo y la electricidad; y es natural que así sea, porque en el fondo son fenómenos idénticos, comprendidos en una gran categoría, la de las corrientes eléctricas y su inducción recíproca; pero materia es ésta que nos llevaría muy lejos, y hemos de contentarnos con el principio práctico. Un cuerpo en figura de tornillo, digámoslo así, cuyo eje fuese un iman, ó una barra de hierro, y cuyas espiras estuviesen formadas por multitud de vueltas de un conductor metálico, representaría esquemáticamente, ó de otro modo, sería el símbolo geométrico, de un *electro-iman*, y la fuerza de éste dependería de la intensidad de la corriente que por las espiras circulase: hé aquí lo único que necesitamos retener en la memoria para las explicaciones que vamos á dar á nuestros lectores.

Teniamos un enrejado de acero; sobre él una lámina metálica sirviendo de espejo, por la parte opuesta; un haz de rayos paralelos reflejándose sobre dicha superficie metálica, y en el espacio, en la retina de un observador, ó en una pantalla, una imagen con tinta uniforme, que nos proponíamos *diferenciar*, ya que hemos aceptado esta palabra para mayor rapidez del discurso.

Pues bien; detras del espejo metálico, en cada casilla ó cuadro elemental del enrejado, y presentando su polo al centro del cuadrado correspondiente de la lámina reflectora, coloquemos un electro-iman. De esta manera tendremos dividido el espejo total en mil, dos mil, tantos espejos parciales, en suma, como casillas tiene el enrejado, como conductores hay, como elementos contiene el cuadro de partida, y enfrente de cada uno de aquellos espejos, un electro-iman



cuyo conductor forma parte de uno de los que constituyen el manojó ó cable de trasmision.

Fijemos bien las ideas, consideremos el sistema completo de ambas estaciones, y tomemos un elemento no más de los miles de elementos iguales que pudiera haber: será, por decirlo así, un filamento de todo este organismo, y estará destinado á trasmitir un solo punto de la imágen.

Los órganos de que se compone este filamento son los siguientes: en la *estacion de partida*, una pila, un conductor, un trozo de selenio, iluminado por un punto de la imágen, y un *alambre de línea*; en la *estacion de llegada*, el alambre de línea que llega, un electroiman de que forma parte, frente á su polo un pequeño espejo metálico sujeto por sus bordes á barras muy rígidas, sobre este espejo un rayo de luz que se refleja, y una pantalla para recibirlo despues de reflejado: anima, por último, este sistema anatómico la corriente eléctrica general del aparato.

Y dicho esto, poco nos queda por decir, y está ya resuelto el problema.

*El grado de luz* del punto ó elemento de la imágen, que cae sobre la casilla de selenio, que consideramos, determina la resistencia de éste al paso de la electricidad, y tal resistencia determina á su vez la fuerza de la corriente eléctrica; pero ésta por su parte, y en la otra estacion, excita más ó menos la potencia magnética del electroiman, segun sea su fuerza, con lo cual éste atrae, y hé aquí la clave, con más ó menos intensidad la lámina metálica del espejo elemental que tiene delante de sí. El espejo único se habrá convertido, pues, en tantos espejos parciales como casillas hay: cada elemento será un pequeño espejo curvo de pequeña curvatura, curvatura diferente de unos á otros, y mayor ó menor, segun los llame á sí con más ó menos fuerza magnética, y los encorve por lo tanto más ó menos, el electro-iman. Ya tenemos la lámina reflectora, de la segunda estacion, *diferenciada* en todos sus elementos, segun la intensidad luminosa de estos mismos en la estacion de partida; con lo cual se establece una estrecha y perfecta relacion entre todas las casillas de ambos cuadros, tomadas dos á dos. Bien poco nos falta, al llegar á este punto, para comprender la eficacia del procedimiento, que venimos explicando.

¿Uno de los espejos elementales de que antes hablamos, ó si se quiere, uno de los cuadrillos de la lámina reflectora, se encorva fuertemente, y de esta manera constituye un espejo cóncavo de gran



concauidad relativa? Pues recogerá fuertemente tambien los rayos de luz que sobre él caen, los reconcentrará en un punto de la pantalla, y tendremos un *punto brillante*.

¿Hemos tomado la precaucion, al establecer la lámina reflectora, de darle una cierta convexidad uniforme, en vez de hacerla plana, como habiamos supuesto hasta aquí para simplificar la explicacion? Y en esta nueva hipótesis, por estar el selenio en sombra en una cierta casilla del primer cuadro, ¿la corriente no pasa ni llega al segundo, ni excita al electro-iman, ni cambia la curvatura convexa del espejo elemental correspondiente? Pues siendo convexo dicho espejo, dispersará el rayo que sobre él se refleja, y abierto en forma de abanico, y grandemente debilitado por consiguiente, lo mandará á la pantalla en que ha de pintarse la imágen, y tendremos una tinta que, por contraste con las demás partes del conjunto, podrá decirse que es un punto *en sombra*.

¿La corriente tiene un grado intermedio cualquiera entre el máximo y el mínimo á que acabamos de referirnos? Pues un grado intermedio tambien será el de la accion magnética del electro-iman, el de la curvatura del espejo correspondiente, el de la convergencia ó divergencia de los rayos de luz en él reflejados, y por fin, el de la tinta luminosa en aquel punto ó pequeña superficie de la pantalla á donde dicho rayo reflejado viene á dar.

En el primer sistema, las diversas corrientes, segun sus intensidades, abrian más ó menos las ventanillas de las cámaras de luz: en éste, encorvan más ó menos los espejos reflectores: en uno y en otro caso, la *diferenciacion* de las corrientes determina la diferenciacion de la luz en la estacion de llegada, como en la de partida la diferenciacion de ésta sirvió para obtener la de aquélla.

Podemos, pues, dar esta fórmula: la luz diferenciada en la imágen, diferencia las corrientes eléctricas por medio del selenio; y las corrientes eléctricas diferenciadas ya, diferencian igualmente la luz de la segunda estacion por su influencia sobre los electro-imanés.

Tres principios constituyen, por decirlo así, los puntos sobre que descansa la solucion del problema.

*Un principio geométrico*, que es de cálculo infinitesimal, á saber: que toda superficie se compone ó puede suponerse compuesta de elementos uniformes infinitamente pequeños.

*Un principio físico*, que es el relativo á la resistencia del selenio al paso del flúido eléctrico, segun la intensidad de la luz á que se halle sometido dicho cuerpo.



*Otro principio físico*, el de la relacion que existe entre los imanes y las corrientes eléctricas.

Esto no más, y el problema queda resuelto en teoría.

En teoría decimos, pero en la práctica, y prescindiendo de otras dificultades, claro es que la solucion, ó las soluciones propuestas, son de todo punto irrealizables.

Podrán de esta manera trasmitirse las imágenes de seis, ocho, veinte, treinta cuadros elementales, con diversas intensidades luminosas, en que se halle dividido el cuadro principal; pero tratándose de imágenes más complicadas, de tintas continuas, de variados accidentes, ¡cuántos elementos se necesitarían para aproximarse siquiera ligeramente al original! ¿Cuántos trazos tiene un grabado? ¿Cuántas pinceladas un lienzo? Pues otras tantas casillas y otros tantos alambres necesitaríamos establecer: miles y miles de pedacillos de selenio, miles y miles de alambres conductores, y un aparato receptor por cada uno de ellos.

Parece, pues, que aquí, como en otros tantos casos, la teoría choca contra la práctica y ante ella queda vencida: que las impurezas de la realidad van á empañar para siempre la transparencia de los ideales: que una cuestion de número y medida va á convertir en sueño la idea más natural, más lógica y más fecunda. Sin embargo, ni la ciencia, ni los sabios, ni los inventores se dan por vencidos, y esfuerzos se hacen, de que daremos cuenta en el próximo artículo, para realizar lo imposible y traer á términos prácticos los métodos generales expuestos anteriormente.

Dar cuenta de estos trabajos será el objeto del artículo próximo, quizá el último sobre esta materia.

JOSÉ ECHEGARAY.



---

# VALIDEZ DEL MATRIMONIO

DE

## DON ALFONSO EL BATALLADOR.

---

- § 1.º Cuestion de benedictinos y de historiadores antiguos y modernos acerca de la validez ó nulidad del matrimonio de D. Alfonso el Batallador con doña Urraca.
- § 2.º Aspecto social, moral y político de Castilla á la muerte de D. Alfonso VI. Las influencias galicanas.
- § 3.º Alegato del P. Berganza, abogado de doña Urraca, aduciendo pruebas acerca de la nulidad del matrimonio con el Batallador, y su anulacion de hecho y de derecho.
- § 4.º Documentos de prueba alegados á favor de la nulidad y de que doña Urraca pudo pasar á terceras nupcias. Los *Anales Toledanos*: La *Compostelana* y la *Facundina*, ó sea el llamado anónimo de Sahagun.
- § 5.º Alegato del P. Briz Martinez, abogado de D. Alfonso el Batallador, probando la validez del matrimonio, y que la separacion fué reducida á mero divorcio, sin anulacion del vínculo.
- § 6.º Documentos de descargo á favor de la validez del matrimonio, y de que tuvo D. Alfonso motivos para el repudio: conatos que doña Urraca tuvo de envenenarle: vindicacion de D. Alfonso en ese concepto, y absurdos de la leyenda sobre su salida del purgatorio.

### § 1.º

La cuestion de la validez ó nulidad del matrimonio de D. Alfonso el Batallador con doña Urraca de Castilla se viene debatiendo hace más de dos siglos, sin haber llegado todavía á una solucion satisfactoria. Al modo de la cuestion de legitimidad y primogenitura de D. Ramiro I de Aragon, entablaron esta especie de litigio los benedictinos españoles, terciaron en ella los jesuitas, en pos de ellos los escritores de otros institutos religiosos, y últimamente ha venido en este siglo á manos seglares. Conviene, ante todo, examinar la marcha que ha llevado esta cuestion desde mediados del siglo XVI hasta nuestros dias, para poder apreciar la importancia y la dificultad de su resolucion.

La opinion de los historiadores y cronistas no habia sido desfavorable á D. Alfonso el Batallador hasta mediados del siglo XVI, y



su matrimonio con doña Urraca se tenía por tan válido que no hubo dificultad en contarle á él entre los Reyes de Castilla, como se contó á D. Fernando el Católico. Así es que Sedeño, Gonzalo Fernandez de Oviedo y otros escritores castellanos, le llamaban Alonso VII de Castilla, de donde resultaba que, corriendo la numeracion, se llamaba Alfonso XII, al que hoy llamamos el XI, ó sea el padre de don Pedro el Cruel. Todavía en las colecciones de retratos de aquellos tiempos aparecen D. Alfonso y doña Urraca en un medallon y titulándose aquél Alonso VII.

Tampoco los cuatro principales historiadores de fines del siglo XVI se mostraron hostiles al Batallador: Zurita, Morales, Garibay y Mariana, siguiendo más ó ménos de cerca á D. Rodrigo Jimenez de Rada, refieren acerca del matrimonio lo que éste dice y veremos luégo. Y tenían razon para atenerse á ello, pues sobre ser muy instruido D. Rodrigo, imparcial, sin espíritu de partido ni de provincialismo, nacido en Navarra y criado en Castilla, era arzobispo de Toledo, de ilustre alcurnia, educacion esmerada, ideas elevadas, concienzudo, grave y reposado en sus juicios. Escribia en Toledo, donde se hizo la boda un siglo antes, y habiendo él nacido á fines del siglo XII, pudo conocer en su juventud ancianos que alcanzaran todavía á los tiempos de D. Alfonso y doña Urraca, y escuchar lo que decian sobre la boda (1). Era, pues, casi coetáneo, y tenia además á su disposicion el rico archivo toledano y los documentos que alcanzaban á las cosas de principios del siglo XII, que quizá no han llegado hasta nosotros. Siguiéron, pues, todos cuatro el rumbo más seguro y el guía mejor que podia conducirles para salir del dédalo de aquellos intrincados sucesos.

Mas en el siglo XVII la cuestion varia de rumbo, merced á los esfuerzos de dos benedictinos castellanos, los PP. Ariz y Sandoval, y á la publicacion de los *Anales Toledanos*, ó sea *Crónica de Alonso VII*, y algunas noticias de la *Compostelana*. El P. Ariz publicó una supuesta *Crónica de Avila*, novela estúpida de caballería andante, forjada torpemente á principios del siglo XVI, y en cuya fabricacion ó propalacion aparece algo comprometido el comunero Gonzalo de Ayora.

Creyó y tragó aquellos embustes el bondadoso señor obispo de

---

(1) Él mismo dice que alcanzó á conocer al anciano Velazquez, el que con San Raimundo fundó la Orden de Calatrava; y es seguro que tanto San Raimundo como Velazquez alcanzaron en su juventud los tiempos de D. Alfonso y doña Urraca.



Pamplona, D. Prudencio Sandoval, también monje benedictino. Escribió éste dos *Crónicas* acerca de Alonso VII, peor la segunda que la primera. No tuvo culpa el Sr. Sandoval en admitir como verdades las patrañas de Avila (1), pues las relataba de buena fé un compañero suyo de hábito, de quien no tenía motivos para sospechar. Por lo que hace al P. Ariz, no se le puede absolver de la nota de livianamente crédulo y no poco torpe, pues tenía obligación de examinar las fuentes de la historia de Avila, y conocer que lo que publicaba era monstruosamente falso y embustero, si es que él no añadió algo de su cosecha.

En tal concepto, ¿qué extraño es que al escribir la *Crónica de Alfonso VII* con peor criterio que la historia de los obispos de Pamplona, acogiese con fruición las caballerías andantes del reverendo P. Ariz en su *Historia de Avila*? Y una vez que el Sr. Sandoval las pasó de las *Crónicas* de Avila á las de los Reyes de Castilla, cubiertas tales patrañas con el respeto y autoridad de su nombre y de su fama, penetraron ya en la historia general de España, y las generaciones posteriores las han venido creyendo y pasando de mano en mano y de pluma en pluma, diciéndose unos y otros que esto lo relataba el respetable sabio, venerable y piadoso obispo Sr. Sandoval.

No es mi objeto al presente analizar las obras de éste en lo relativo á D. Alfonso el Batallador, y manifestar las fuentes, no siempre claras, antes generalmente turbias, en que bebió sus noticias. Las diatribas de Masdeu contra la *Historia Compostelana* del Sr. Gelmirez y sus paniaguados aduladores, aunque exageradas, sirvieron para manifestar que aquella amañada y aduladora historia merece muy poca fé, y hay que manejarla con mucho cuidado, y siempre con el temor con que procede el juez cuando examina las deposiciones de un testigo de mala fama á quien ya se ha cogido en varias declaraciones falsas.

El P. Fr. Francisco Sota, también benedictino, en la *Crónica de los Príncipes de Asturias* publicada en 1681, página 560, todavía habló muy templadamente acerca del matrimonio de D. Alfonso el

---

(1) Con motivo de la polémica que sostuve en el periódico titulado *El Pensamiento Español* con mi querido amigo y compañero el Excmo. Sr. D. Juan M. Carrámolino, cuyos artículos coleccionó y publicó éste en un folleto aparte, puse en claro el origen de todas aquellas patrañas que, en un principio, atribuí equivocadamente al Padre Ariz; mas luégo, profundizando en la cuestión, hallé que databan de principios del siglo XVI, y que el P. Ariz no fué el autor, sino el propalador de ellas.



Batallador, siguiendo al arzobispo D. Rodrigo, aunque sin citarlo, y á los *Anales Toledanos*, que seguia paso á paso y copiaba. «Hecho el matrimonio, dice, vivieron en paz mientras vivió el Rey, pero despues de muerto, que fué despues de un año, fueron tantos los *desabrimientos* que tuvo con su marido, que éste se halló obligado á apartarse de ella.» No pudo estar más templado, y además, para quitarse de ruidos y murmuraciones, no quiso meterse en la cuestion de los amoríos de doña Urraca.

Entre los documentos que publicó hay dos relativos á cosas de esta señora que nos hacen al caso. En un documento de Setiembre de 1110 (escritura 26, pág. 656), doña Urraca se titula Reina de toda España. *Ego Urracâ Dei gratia totius Hispaniæ Regina*. En otra escritura del año 1119 (escritura 30, pág. 660), *Ego Urraca Dei gratia Hispaniarum Regina*. Y en otra (la 32, pág. 664) del año 1122, *Rex Alfonsus Aragonensis regnante in Castella et Regina Urracha regnante in Legionem, et alfena inter illos*.

En contra de la validez del matrimonio salió en 1719 el benedictino P. Fr. Francisco de Berganza en sus *Antigüedades de España propugnadas* defendiendo las poco defendibles noticias de la *Crónica del Real monasterio de Cardena*.

En la segunda parte y segundo volumen de su obra (páginas 48 y siguientes), no solamente sostiene la nulidad del matrimonio, sino que pretende probar la validez del supuesto tercer matrimonio de doña Urraca con el conde D. Pedro de Lara, segun veremos luégo.

El gran crédito del P. Berganza influyó mucho en esta cuestion, siguiéndole el P. Florez y otros escritores del pasado y del presente siglo, hasta D. Antonio Cabanillas inclusive, que entró de lleno en todo y por todo en las lucubraciones del P. Berganza, hasta el punto de sostener la tercera boda de doña Urraca con el citado conde.

A reforzar las opiniones del P. Berganza vino tambien el benedictino P. Escalona con su malhadada *Crónica anónima de un supuesto escritor coetáneo de doña Urraca*, tejido grosero de embustes, supersticiones y necedades, inventadas al parecer en el siglo XIV cuando más, pues el lenguaje castellano en que está escrito aquel centon de mentiras, no parece de mayor antigüedad, y el original latino de que se supone traducida no parece.

Contra esta opinion de los benedictinos castellanos se alzó en el siglo XVII el abad benedictino de San Juan de la Peña, el P. Briz Martinez, y tambien el jesuita Abarca y otros historiadores arago-



neses y navarros, sosteniendo que no llegó á darse la sentencia de nulidad, sino de mero divorcio.

Cumple oír y examinar, en el terreno de la crítica y del derecho, las razones de los dos principales abogados en esta especie de litigio, que son, á favor de la validez el benedictino del siglo XVII P. Briz Martinez, y por la parte de doña Urraca, ó sea de la nulidad, el escritor del siglo XVIII, también benedictino, P. Berganza. Pero antes de oír á los abogados de los litigantes reduciendo la cuestión histórica y crítica á las proporciones, por decirlo así, *procesales*, veamos la exposición del negocio, como quien dice, el apuntamiento del relator en este pleito, que, al cabo de 250 años, viene en alza ante el tribunal de la crítica histórica, que al fin mucho tiene de tribunal, aunque ya nadie se acuerde de Minos ni de Radamanto.

## § 2.º

Conviene ante todo tener en cuenta el estado político, social y moral de España á principios del siglo XII, en Castilla y Aragón, pues sin ello no es fácil comprender bien la marcha de los sucesos y las causas generadoras de ciertos acontecimientos al parecer fenomenales.

Para estas observaciones, como para todas las que venimos haciendo en anteriores artículos (1), sirve de base y punto de partida el testamento de Sancho el Mayor. A consecuencia de él, y por efecto del desbordamiento de las malas pasiones de sus hijos y nietos, los condados de Aragón, pequeños en su origen, y semejantes á las vacas macilentas del sueño de Faraon, vienen á absorber á los pujantes reinos de Leon y Navarra; resultando que al par que los castellanos, secundados por leoneses y gallegos, vienen á apoderarse de Toledo en 1085, los aragoneses, apoyados briosamente por navarros y berneses, se apoderan de Huesca nueve años despues (1094).

D. Alonso VI pierde á su hijo único en la aciaga batalla de Uclés, llamada de *Los siete condes*, en donde pereció la flor de la nobleza y caballería castellana con el tierno infante y el mismo arzobispo de Toledo. Todo se conjuró contra Castilla. El Rey, anciano y acha-

---

(1) *El Ebro por frontera y Las primeras Cortes de Aragón.*



coso, llena de lamentos el alcázar de Toledo y reclama á voz en grito su hijo, preguntando por él á los fugitivos, que no tuvieron la honra menguada de sucumbir en Alarcos.

Rodeado de una camarilla extranjera, venida de Borgoña y de la parte meridional de Francia, se veia supeditado á influencias perniciosas y antinacionales. Habia casado su hija bastarda con D. Enrique de Borgoña, y éste se cobraba muy caros sus escasos servicios separando á Portugal de Castilla, y creando allí un foco perenne de odios, enemistades y antagonismo. Habia casado á su hija doña Urraca con otro borgoñon, D. Ramon de Borgoña, y éste trataba de hacer en Galicia lo que habia hecho su primo en Portugal. Advirtiéndolo á tiempo el Rey de Castilla, y desconfió de su yerno, á quien miraba ya con malos ojos (1), conociendo á dónde se encaminaban sus ambiciosas ideas, que, afortunadamente para el Monarca toledano, vino á costar la muerte del yerno. A vueltas de eso una multitud de monjes borgoñones y franceses habian invadido todos los monasterios de España desde los tiempos de D. Sancho el Mayor: España fué para ellos una especie de Indias á fines del siglo oncenno. Fueron los españoles mirados por ellos como bárbaros, despreciados su culto y liturgia, calumniándolos de heréticos, difamados sus santos monjes, menospreciadas sus leyes y saqueados sus tesoros, hasta el punto de tener que clamar el borgoñon San Bernardo contra el envilecimiento que habia producido el *oro español* fuera de España. *Nisi auro Hispaniæ salus populi viluisset*. Hugo Cándido (*Cándido* por antífrasis), detestado en la Historia de España; Juan de Abbeville y otros legados en España habian saqueado las iglesias y los monasterios. Las principales iglesias de Castilla estaban ocupadas por franceses. Era francés D. Bernardo, arzobispo de Toledo, otro D. Bernardo en Sigüenza, D. Jerónimo, obispo de Salamanca y Zamora, y lo era el Santo D. Pedro, monje y obispo de Osma. Apresurémonos á no confundir á este santo prelado con los otros paisanos suyos, que no hay razon para ocultar lo bueno que hicieron en algunos casos, pues la imparcialidad lo exige. El arzobispo D. Bernardo, hombre ligero y frívolo, aunque de buen corazon, y en general de rectas miras y grato recuerdo, tenia, con

---

(1) D. Rodrigo lo dice expresamente: *quia non erat gratis in oculis Regu*, aunque no dice el motivo ó motivos que tenia para esa malquerencia. Que los gallegos querian emanciparse de Castilla, entónces y aún despues, parece puesto fuera de duda.



sus ligerezas y empeño de galicanizar á España, bastante disgustado al cabildo de Toledo. En virtud de un voto indiscreto ofreció tomar parte en la Cruzada, como si necesitara salir de su diócesis para combatir á los musulmanes. El Papa llevó á mal esta devoción impertinente y anticanónica, y le mandó volver á su silla y gastar en pro de España los dineros que le daban los españoles, medida que realza la prudencia y justificación de la Santa Sede. Al regresar don Bernardo á Toledo se halló que los canónigos habian prescindido de sus gobernadores y de los galicanos; tal era el cariño que les tenían los canónigos de Toledo. Para castigarlos y tener un cabildo dócil y sumiso, trajo monjes franceses de Sahagun, y los puso allí por canónigos, echando de la catedral á los pacientísimos castellanos.

Aunque esto no atañe directamente á la cuestion, *imprime carácter* á la época. El monasterio de San Facundo y Primitivo era muy antiguo y venerado. Poblóse de monjes franceses que lo reformaron; otras formaron á su modo, como ellos acostumbraban hacerlo, no encontrando nada bueno sino lo que hacian á su modo (1). El fuero que dieron á los villanos que tuvieron la desgracia de caer bajo su férula, era uno de los fueros más absurdos, tiránicos, egoistas, feroces, groseros y antievangélicos que habia en Castilla. La justicia se administraba allí á estacazos. Si los contendientes eran nobles, el abad les proporcionaba palenque para pelear, bendecía las armas, cobraba el barato y dejaba que se derrengasen como pudieran.

Si los contendientes eran villanos, un monje les bendecía un par de garrotes, y con ellos se dirigian argumentos *ad hominem*. Los que venian á vender al mercado de Sahagun no podian surtirse de nada hasta tanto que hubiese hecho sus provisiones el monasterio con santa austeridad. No se dejaba á los burgueses cortar leña, y porque D. Ramiro el monje, cuando fué abad, les dejaba cortar madera para arreglar sus casas y otras atenciones, le acusaron de destructor del monasterio. Pero D. Ramiro era hijo de Rey, y en medio de otros defectos, no tenia el de ser tacaño. La llamada *Crónica anónima de Sahagun* es un tejido de embustes, supersticiones y groserías, segun veremos luégo. ¡Y éstos eran los que venian á re

(1) Al tiempo que nos quitaban el rito mozárabe, los cistercienses y otros institutos monásticos obtenian liturgia especial distinta de la romana, y hoy es el dia que aún se empeñan algunos en sostener el rito galicano.



formarnos! En cuanto á supercherías, fingiendo documentos estúpidos, habria para llenar un grueso volúmen con los que fraguaron los galicanos en Aragon y Castilla, llenando de noticias apócrifas nuestra historia del modo más insultante. Ellos inventaron lo del tributo de las cien doncellas, tan infamante al valor y á la hidalguía leonesa; ellos inventaron los votos de San Millan; ellos inventaron la deshonesta fábula de las maldiciones de San Prudencio de Garray, infamando al clero y al pueblo que vivia sobre las cenizas de Numancia, y otras mil patrañas, que la crítica ha descubierto y sigue descubriendo.

D. Alonso VI conoció sus yerros, aunque tarde. Habia dado sus hijas á extranjeros, que le habian sublevado la mitad del país, emancipándolo de Castilla, y habia puesto en manos de extranjeros toda la influencia religiosa y moral que tenia el clero. Los moros se aproximaban á Toledo: la nobleza castellana, acuchillada y diezmada en Uclés, Badajoz y otros puntos, necesitaba un jefe, y él era anciano y se hallaba postrado y abatido. Entónces trató de buscarlo donde estuviera y reparar tardíamente los pesados y funestos yerros de su anterior política. Si lograba unir las dos monarquías de Leon y Castilla á las de Aragon y Navarra; si lograba para su hija Urraca un marido que fuera español, y verdaderamente español, que no sólo fuera noble, conde y marqués, sino de sangre real y verdadero Rey, habia salvado su dinastía, sus coronas, su honor, y salvado á España, logrando quizá echar de ella á los musulmanes, con las fuerzas reunidas de los cuatro reinos, pues que, por su mala estrella y peor política, ya no podia contar con Portugal.

Hízose el matrimonio de D. Alfonso el Batallador con doña Urraca, matrimonio hijo del cálculo político, pero sin amor. No lo solicitó D. Alfonso el de Aragon; él fué llamado. Vino á Toledo, ahuyentó á los musulmanes, y el buen D. Alfonso VI pudo morir en paz.

Los adversarios del Batallador suponen que esto se debió al conde D. Ramon, que vino para ello desde Galicia. Las fechas no concuerdan, y si quiso hacerlo, no tuvo tiempo para ello.

El carácter de doña Urraca era diametralmente opuesto al de su segundo marido. Ella era jovial, cariñosa, frívola, piadosa en sus ideas, liviana en sus costumbres, amante del lujo y de la opulencia, absoluta en sus mandatos, acostumbrada á que sus caprichos fueran mirados como leyes, cuando en Castilla podia decirse entónces *lex est voluntas principis*. Habia sido educada por el francés D. Jeróni-



mo (1), capellan que habia sido del Cid, y en tal concepto estaba educada á la francesa. A fuer de viuda jóven, recordaba quizá sus primeros amores, recuerdo siempre ingrato para los segundos maridos, y ocasionado á poco apacibles comparaciones.

Era D. Alfonso de génio enteramente contrario al de la mujer que en mal hora le deparó la política (2). Montañés de cabeza férrea, parco y sobrio en su trato, enemigo del lujo, amigo de las armas, pronto siempre á la pelea, desdeñoso de las dulzuras palaciegas y acostumbrado á las privaciones de la guerra, era todo un verdadero jefe militar, y con la dureza y altanería propia de militar, de montañés y de un *aragonavarro*. Para él la guerra contra infieles lo era todo: para eso habia nacido y en eso se habia criado. Su padre y sus hermanos habian muerto con la espada al cinto y la coraza puesta. No le faltaba educacion: tambien él habia tenido por maestro un discreto monje de San Juan de la Peña, llamado D. Gonzalo de Arbós, con quien no se mostró ingrato, y antes recordó en un privilegio que con él habia aprendido la gramática.

Un escritor árabe (3), hablando del Batallador bajo el nombre de Ben-Radmir, se expresa en los términos siguientes: «Era el más fuerte de los Reyes de los francos en valor, y el más solícito de ellos en hacer guerra á los muslimes y en sufrir. En sus expediciones dormia sin cama. Dijéronle una vez:—¿Por qué no tienes ocultamente por concubina alguna de las hijas de los magnates musulmanes de los que tienes cautivos? Mas él respondió:—Al guerrero le conviene más amar á los hombres que á las mujeres.—Alláh concedió descanso de él, y libró á los muslimes de su maldad.»

Y en efecto, enemigos, que le calumniaron en todo, no hallaron mancha que objetarle en su continencia y vida privada. No dejó ningun hijo bastardo; por desgracia, tampoco lo dejó legítimo. De parte de su mujer no habia que objetar impotencia. ¿Lo seria un guerrero tan fuerte como D. Alfonso, ó seria providencial castigo, como

(1) Aunque se creyó que su apellido era *Visquio*, hoy no se admite.

(2) Aunque la comparacion sea algo grotesca y poco á propósito en un cuadro histórico, y D. Alfonso el Batallador no fuera un *D. Frutos Calamocha*, que seria agravio el suponerlo, la idea de Breton de los Herreros en aquella comedia se viene sin querer á las mientes.

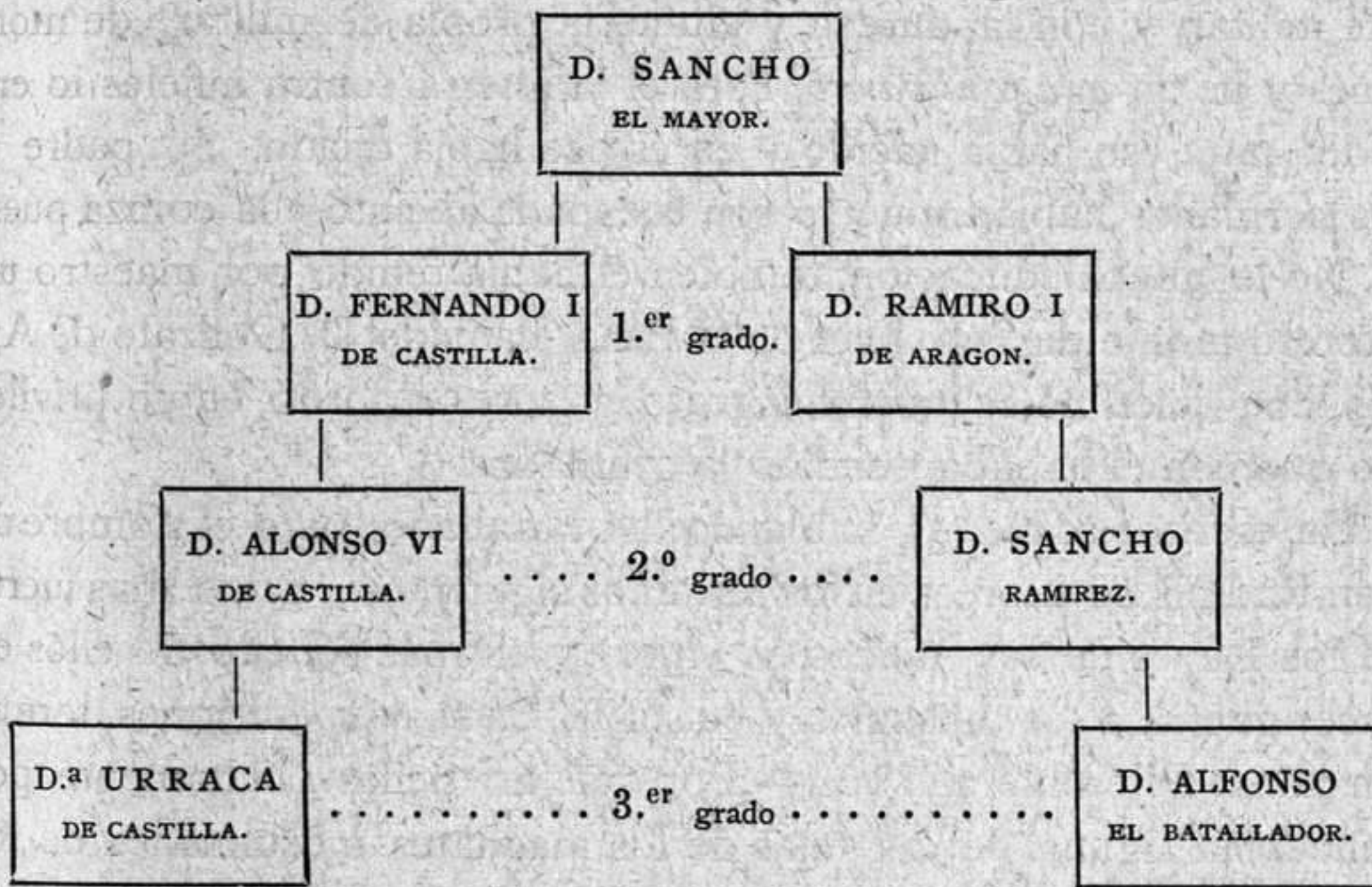
(3) Ben Al-Afhir, *Chronicon quod perfectissimum inscribitur*. Tomo XI.

Noticia del Sr. Codera citada por el Sr. J. Embun, en los ensayos históricos sobre orígenes de Aragon, pág. 253.



observan algunos moralistas al hablar de los enlaces entre primos y próximos parientes? ¡Respetemos los arcanos de la Providencia! Prole numerosa tuvieron los Reyes católicos, y toda ella desgraciada, cuando en el siglo XV y XVI vinieron á repetirse, pero con mejor suerte, los enlaces del siglo XI y XII.

Porque, en efecto, D. Alfonso y doña Urraca eran tambien primos, pero muy remotos; y tan remotos que hoy se dispensaria el impedimento aún al más pobre sin dificultad ninguna. Hé aquí el árbol:



### § 3.º

Aquí le toca hablar al abogado de doña Urraca, ó sea el P. Berganza, alegando la nulidad del matrimonio, y luégo oiremos al P. Escalona con los papeles del conyento de Sahagun, aunque *mojados*.

El párrafo principal del alegato (llamémosle así) del P. Berganza dice lo siguiente, hablando largamente de doña Urraca:

«Despues de haber escrito la muerte de nuestra Reina, algunos autores pasan á celebrar *las honras*, diciendo que esta señora no fué á propósito para el gobierno por sus veleidades, y que fué notada de poco honesta, habiendo dejado denigrada su fama con la correspondencia de su gran privado el conde D. Pedro Gonzalez de Lara, de quien tuvo un hijo y una hija. En cuanto á atribuir veleidades á la Reina doña Urraca, debo decir, que es verdad que esta señora á veces hacia grande aprecio del arzobispo de Santiago, y



en ocasiones estuvo desazonada con este gran prelado; pero examínese bien el principio de las discordias que tuvo con D. Diego Gelmirez; contémplese bien lo que dice la *Historia Compostelana* tocante á la astucia y arte de los émulos que tuvo el arzobispo, y se hallará, que si no hubiera hecho aprecio de lo mismo en que la imponían con gran arte, hubieran dicho algunos que no miraba por el derecho de su reino. Si las guerras que el Rey de Aragon introdujo en Castilla se quieren atribuir á veleidad de la Reina, no hay que admirar que á la misma pasion se quieran aplicar los disturbios y sediciones que se levantaron en Galicia, porque tanto fundamento hay para creer lo primero, como para persuadirse á lo segundo.»

«La comunicacion del conde D. Pedro de Lara con la Reina no fué de la calidad creida de muchos, y exagerada de no pocos, sino legítima y de eclesiástico matrimonio. *Todos convienen en que la Reina doña Urraca quedó independiente y libre del vínculo de las nupcias que contrajo con el Rey D. Alfonso, su primo, ó ya fuese por el repudio público, que se hizo en Soria, segun cuenta la relacion que puse al principio de este capítulo, ó ya por la sentencia eclesiástica de nulidad que mandó intimar el Papa Pascual II al abad de Cluss, su nuncio, ó á D. Diego Gelmirez; con que ya la Reina quedó en libertad de contraer matrimonio con el conde D. Pedro de Lara. Que interviniese contrato matrimonial, aunque no celebrado con pública solemnidad, por la oposicion que hacian los demás señores, se afianza en la pretension que hacia el príncipe D. Alonso su hijo para obtener el reino de Galicia, en virtud de que su madre habia pasado á contraer segundo matrimonio, como queda visto en el número 58 de este capítulo. El segundo matrimonio, que alega el príncipe ante el obispo de Santiago en prueba de su derecho, no se debe entender del contrato con el Rey de Aragon: porque si éste estaba declarado nulo, nulo y de ningun derecho venia á ser el alegato: y porque legalmente doña Urraca se hallaba despues de la sentencia de la nulidad en el estado de viuda, que fué en el que la dejó su padre, por señora de Muñon, en 15 de Marzo del año de 1136. Firmaron la escritura el Emperador D. Alonso, la Emperatriz doña Berenguela y D. Fernando Perez, diciendo que era hermana de la infanta doña Sancha, como testifica el P. Moret. La condesa doña Elvira, en presencia de su hermano el Emperador, hizo una donacion al monasterio de San Payo de Santiago: y en ella explicó que era hija de D. Pedro y de la Reina doña Urraca: *Ego cliens, et negligens, indigna comitisa Gelvira Domini Petri, et Reginae domine**



*Urracæ filia.* Firmó el Emperador la donacion, y explicó en la firma que la dicha doña Elvira era su hermana: *Ego Aldefonsus Imperator hanc cartam de sorore mea, quam iusi fieri, confirmo et manu propria roboro.* Puede verse esta escritura en nuestro gran cronista D. Luis de Salazar; como tambien se pueden leer con gusto las razones con que prueba el legítimo matrimonio de la Reina doña Urraca con el conde D. Pedro. La *Historia Compostelana*, libro segundo, tratando de la restitucion del castillo de Cira, no sólo llama á doña Elvira hermana del Emperador, sino que la intitula infanta: *A sorore Regis infanta domina Gelvira.* El título de infanta es propio de las hijas legítimas de los Reyes, y que por su nacimiento eran beneméritas de heredar el reino, como afirma Jerónimo Zurita.

La *Crónica de los Godos* y el *Cronicon de Alcobaza y de Santa Cruz de Coimbra*, expresamente nombran á D. Fernando Hurtado por hermano del Emperador: *In exercitu comprehenderunt Fernandum Furtado Fratrem Imperatoris.* Este D. Fernando, que es nombrado hermano del Emperador, sin duda es el mismo que en otra escritura de Portugal firmó, explicando el nombre patronímico de Perez: *Fernandus Petrus Furtatus:* Fernando Perez Hurtado. La infanta doña Sancha, hermana de padre y madre del Emperador, confirmó la donacion que la infanta doña Urraca, tia de su madre, habia hecho á la catedral de Pamplona, uniéndola al monasterio de Cobia, que estaba entre la ciudad de Búrgos y el castillo de Galicia. Luego el príncipe D. Alonso hablaba del matrimonio que contrajo con el conde D. Pedro de Lara. La publicidad con que D. Fernando Perez Hurtado y doña Elvira Perez se dieron á conocer por hijos de doña Urraca, y el sin rebozo con que se declara la hermandad que tuvieron con el Emperador D. Alonso y con su hermana doña Sancha en escrituras auténticas, inducen á afirmar que el príncipe D. Alonso hablaba del matrimonio del conde de Lara con la Reina su madre.»

Desde luégo se echa de ver que el P. Berganza procede sobre un supuesto falso en todo lo que dice, y que comienza por dar por probado lo que tenia que probar, que es lo que se llama en buena lógica el sofisma de falso supuesto. «Todos convienen en que la Reina doña Urraca quedó independiente y libre del vínculo de las nupcias...» No solamente no convienen todos, sino que el P. Briz, que escribió cien años antes, y otros escritores aragoneses y aún navarros, niegan la declaracion de nulidad. Si el P. Berganza lo ignoraba, fué mucho ignorar; si lo sabía y aseguró que todos lo



afirmaban, no le hace honor esta falsa afirmacion. Y aún es peor lo que añade luégo de que por el repudio público que hizo en Soria quedase ella libre. Eso podria ser en la Iglesia griega, pero no en la latina, pues entre los occidentales la crueldad, liviandad y deshonestidades dan lugar á mero divorcio ó separacion conyugal, pero no á la nulidad del matrimonio. Luego el P. Berganza parte de un supuesto falso.

Dos escritores extranjeros afirman que doña Urraca trató de envenenar á D. Alfonso: tenia, pues, derecho éste á repudiar á su mujer, como lo hizo, y aún á castigarla antes; y la arenga que la *Compostelana* pone en su boca es un tejido de embustes y desatinos, como casi todo cuanto dice en el asunto aquel embusterísimo centon de adulaciones, patrañas, anacronismos y calumnias, justamente desacreditado por Masdeu, y eso que apenas le sacó la mitad de las mentiras, calumnias y simoniacas bellaquerías que contiene.

Pero dejando esto para luégo, sigamos oyendo los alegatos del P. Berganza. La segunda razon que da no es ménos insubsistente: «La pretension que hacia el príncipe D. Alfonso, su hijo, para obtener el reino de Galicia, en virtud de que su madre habia pasado á contraer segundo matrimonio.» Ni hubo tal pretension, ni tal suposicion. Los gallegos llevaban con impaciencia el yugo castellano. Habian tenido Reyes propios, y nacionalidad y estado independientes, cuando los castellanos tenian condes feudatarios de Leon. No olvidaban las malas mañas con que D. Sancho el Fuerte habia tiranizado á su país, y robado coronas á sus hermanos y lo que se dejaba para dote á sus hermanas. El romance del Cid, muy bueno para la poesía, ha tenido una influencia funesta en la historia, encubriendo con el prestigio de su gran valor caballeresco, que al pelear al lado de su Rey, no siempre peleó por la razon ni por la justicia. Mas esa no era culpa suya, sino de aquellos tiempos.

Los gallegos y leoneses aprovecharon la ocasion de las derrotas del anciano Alfonso VI y la muerte de su hijo en Uclés, para emanciparse como deseaban, y como hicieron los portugueses con ménos motivos, y apoyados en el matrimonio de una bastarda. Aquél habia dado á su nieto el *señorío* de Galicia, no la *corona* de Galicia. Gelmirez, parte por halagar estas ideas de autonomía é independencia de Galicia, como por el deseo de mandar y dominar á nombre del niño, á que aspiraban otros muchos señores de Galicia, aceleró la coronacion de D. Alonso VII. Si fué éste ó no un acto de traicion, es problemático: si fué cierto que doña Urraca lo apoyó ó no,



es otro problema histórico que no está todavía bastante claro; pues si bien los partidarios de Alonso VII dicen que sí, las guerras que después tuvo doña Urraca con su hijo parecen decir lo contrario.

Aun aquí el P. Berganza indica que no creyó que la coronación de Alonso VII fuese á gusto de su madre, puesto que habla del desacuerdo que hubo entre la madre y el hijo.

Tercera razón del alegato del P. Berganza: «La publicidad con que D. Fernando Perez Hurtado y doña Elvira Perez se dieron á conocer por hijos de doña Urraca, y el sin rebozo con que se declara la hermandad que tuvieron con el Emperador D. Alonso en escrituras auténticas.»

La desvergüenza y el cinismo en estas cosas y en estos casos, ni entonces ni ahora probó, ni prueba, ni probará legitimidad. Pues qué, ¿no reconoció D. Alonso VI por hija suya á la bastarda doña Teresa, que casó con D. Enrique de Besançon, el cual de conde de Portugal se alzó con ella por Rey? ¿Y se le ha ocurrido á nadie decir que fuera hija legítima porque el Rey la reconociese por hija, y doña Urraca tuviera que apellidarla hermana, y las *Crónicas* de Portugal y la *Compostelana* la llamen infanta y hermana de doña Urraca? Y el mismo D. Alonso VII, hijo de su madre en cuanto á liviandades, ¿no dió por mujer á D. García el Rey de Navarra una hija bastarda, habida en una dama asturiana, y de hija adulterina la hizo Reina, y lo refiere la *Crónica* del mismo con todas sus letras y señales?

¿Que D. Alonso VII reconoció por hermano á D. Fernando Perez Hurtado! ¿Pues qué había de hacer, si todo el reino sabía que era hermano suyo, y no como quiera, sino *uterino*, que es más que de padre? Los juristas dicen: *Partus sequitur ventrem*, y la madre siempre es conocida.

El aserto del P. Berganza, afianzado en Zurita, de que solamente las hijas legítimas eran llamadas infantas, está desmentido en la *Crónica* misma de Alonso VII. En el § 37 (pág. 353) hay unas palabras, que parecen hechas de encargo para dejar mal parado al P. Berganza: «*Comes Tolosanus et Principes Regis rogaverunt Imperatorem ut daret Regi Garciae filiam suam INFANTEM Domnam Urracam, quam genuerat ex Gontroda, concubina, filia Petri Asturiani.*» Y para que no quede duda, y se crea casualidad, en el mismo párrafo la vuelve á llamar *infanta*, diciendo que la infanta doña Sancha, hermana del Emperador, entró en Leon con su sobrina *la infanta* doña Urraca, esposa del rey D. García de Navarra. Eran todos gentes de buen estómago. Para solemnizar la fiesta cuenta el



Cide Humete Ben Engeli aquella delicadísima fiesta de hacer que delante de la corte saliesen varios ciegos á matar un puerco á garrotazos, y se reían mucho los Reyes y toda la corte ¡angelitos! cuando los ciegos, en vez de darle al puerco, se sacudían ellos los estacazos (1).

Pero si la boda de doña Urraca con D. Alfonso el Batallador se hizo en vida de D. Alonso VI, ¿cómo podría entónces alegar el hijo derechos contra su madre? Y aún cuando el matrimonio se hiciera á poco de la muerte de éste, ¿cómo había el hijo de alegar contra su madre el matrimonio con el conde D. Pedro de Lara, el cual no se verificó hasta muchos años despues? ¿Cómo no advirtió el P. Berganza tan enorme anacronismo?

Doña Urraca se casa con el Batallador en 1109, ó segun otros, en 1110.

D. Alfonso no se corona, sino que es coronado en Compostela en 1111.

D. Alfonso el Batallador se divorcia en 1114.

Doña Urraca se casa con D. Pedro de Lara hácia el año de 1120. Y así tódo, D. Alonso VII se corona en 1111, en virtud de la impuesta anulacion del matrimonio que había de tener lugar tres años despues, y de un supuesto tercer matrimonio (1111-1114) que había de verificarse nueve ó más años despues.

Se vé, pues, cuán ilusoria es la razon alegada por el P. Berganza al empeñarse en querer hacer pasar por legítimos, como ya lo había pretendido Salazar, á los hijos del concubinato de doña Urraca con D. Pedro de Lara.

¿Y por qué al hijo le llamaron *Hurtado*? ¿De dónde le provino tan extraño apellido? Los que sobre ello escriben dicen que le llamaron así por mote, más que por apellido, pues su nacimiento había sido á *furto y desaguizado*, que si fuera bien nacido y de legítimo matrimonio, no había por qué ponerle ese mote, puesto que no era apellido de padre ni de madre. Luego lo que aduce el P. Berganza tomado de las *Crónicas* y de esos documentos portugueses, no solamente no hace al caso, sino que es contraproducente, pues más le conocían por Hurtado que por Perez Hurtado. No habiéndose, pues, negado que D. Fernando Perez Hurtado y su hermana fuesen

---

(1) *Et volentes porcum occidere, sese ad invicem sapius læserunt, et in risum omnes circustantes ire coegerunt.* (§ 37 al final.)



hijos de D. Pedro de Lara y de doña Urraca, no había por qué tomarse tanta pena en probar que eran hermanos del Emperador, puesto que á éste y á ellos los había parido doña Urraca, y esto era público. Lo que no se puede conceder es que fueran infantes de Castilla, por más que lo diga la galicana *Crónica Compostelana*, aunque no es ese caso el único de haber sido apellidadas infantas hijas naturales de Reyes y aún adulterinas, como queda probado con la *Crónica Toledana* ó de Alonso VII, que infanta llama á la hija de éste habida por él con doña Gontroda, siendo casado. Y á la verdad que contrasta algo la incontinencia del *santo y piadoso* Emperador D. Alonso VII, con la castidad de su *impiote* y malvado padrastro D. Alonso el Batallador.

Cuarta razon del P. Berganza: «En consideracion de haber dicho el Emperador D. Alonso que á todos era notorio el segundo matrimonio de su madre, *Lippis et tonsoribus matrem meam maritali hore gavisum fuisse*, y de explicarse hermano de doña Elvira, hija del conde D. Pedro y de la Reina doña Urraca, queda claro que entre el conde de Lara y la Reina intervino para la comunicacion la legitimidad del matrimonio; y á la manera que doña Teresa, condesa de Portugal, le contrajo con el conde D. Fernando Perez.»

No anduvo aquí de buena fé el P. Berganza. Por de pronto, no quiso decir de dónde tomaba esas palabras, porque no le traia cuenta. Conste, pues, que esas palabras en que el Rey dice, algo irrisoria y bufonescamente, que hasta los tuertos y los barberos sabian que su madre había gozado de tálamo marital despues de la muerte de su primer marido, están tomadas de una carta que los embusterísimos tejedores de la *Compostelana* suponen que escribió don Alonso VII al obispo Gelmirez, en 1116, para que le favoreciese contra su madre (lib. I, cap. 108, pág. 209). De ésta hablaremos luégo. Por ahora baste decir que allí se habla claramente del matrimonio de su madre con D. Alfonso el Batallador. Habla allí en pretérito y si aludiera al supuesto matrimonio de su madre con don Pedro de Lara no debía haber dicho *gavisam fuisse*, sino en presente *hactenus gaudere*: luego las palabras mismas se vuelven contra el falso supuesto del P. Berganza. Es más, la *Crónica Compostelana* habla más adelante en 1119 (cap. 8 del lib. II) de los amores de la Reina con el conde de Lara, sin suponerlos casados (1).

(1) Lejos de suponer la *Compostelana* casada á doña Urraca con el conde don Pedro en 1116, los supone enamorados en 1119, y aún eso de público rumor: luego no



Los secretarios de Gelmirez, como todos los galicanos que por entónces invadieron la historia en España, no reparaban en inventar cartas, diplomas, bulas, privilegios reales, siempre que les convenia ó se les antojaba. Al modo que el P. Mariana ponía en boca de Muza y de D. Rodrigo las arengas que dirigian á sus tropas, como si hubiera estado allí un estenógrafo copiándolas, así ellos intercalaban una bula ó una carta donde les convenia. No hay más que observar que el lenguaje de todas ellas es igual. ¿Y qué honor le hace á D. Alfonso, aunque fuera un niño, la bufonada de invocar el testimonio de los tuertos y barberos de Galicia para hablar del casamiento de su madre? ¿No se habia casado á presencia del primado de España legado del Papa y de toda la nobleza de Castilla? ¿No era el matrimonio una cosa pública y notoria dentro y fuera de España?

Se ve, pues, la insubsistencia de las cuatro razones alegadas por el P. Berganza.

#### § 4.º

Rebatido, pues, el alegato del P. Berganza, principal abogado de doña Urraca y demandante (en términos forenses) de la pretendida nulidad de su matrimonio con el Batallador, veamos los otros argumentos que se deducen de las narraciones de la *Compostelana* y la *Facundina*, ó sea el llamado *Anónimo de Sahagun*, contra dicho matrimonio, antes de pasar á los alegatos del demandado, puesto que los escritores modernos se han ladeado al parecer del P. Berganza, fundados no solamente en las pretendidas razones de éste, sino tambien por la autoridad de estas dos *Crónicas*, mayor la de la primera que la de esta segunda.

Gran reputacion ha venido gozando entre los eruditos la *Facundina*, gracias á la buena reputacion del P. Escalona, más erudito y paleógrafo que buen crítico. Desde luégo debieron advertir aquéllos que el lenguaje de la supuesta *Crónica* era del siglo XIV, á principios del XV, y por tanto que no era de ningun coetáneo. Llena de contradicciones, anacronismos, supersticiones y ridiculeces, no se halla en ella cosa seria, sino sólo un tejido de patrañas contra los enemigos del convento, y de hipérboles á favor de los monjes y sus bien-

---

casados. "*Comes iste Petrus, ut rumor aebat, firmisissima amoris catena Urracæ Reginae obsequi solitus erat.*"



hechores. Y es lo bueno que en ello, creyendo á veces favorecer al monasterio, se le pone en ridículo con sin igual torpeza. Y en medio de esta torpeza nos revela sin querer, en una pincelada, que la guerra civil llegó á tomar un carácter social, que los burgueses y el clero secular apoyaban en Castilla á D. Alfonso el Batallador. Y ¿qué extraño es, si el fuero de los cluniacenses de Sahagun era el más tiránico, opresor y malo de Castilla, segun queda dicho? Al leerlo da vergüenza que aquello lo sostuvieran monjes; pero esto no se extrañará si se leen las diatribas de San Bernardo contra los cluniacenses, borgoñones y franceses, y de allí eran los cluniacenses de Sahagun.

La *Facundina*, lo mismo que la *Compostelana*, supone que doña Urraca hubo de casar con D. Alfonso despues de la muerte de su padre, contra lo que dice D. Rodrigo. Añade que D. Bernardo, el arzobispo de Toledo, no queria autorizar la boda. Yo creo que si él no hubiese querido, no se hubiera hecho. Añade, que la noche de la boda cayó tal helada, que se perdieron las viñas y que el poco vino que se recogió era tal, que *las tripas retorcia*. Algo de esto sucederá á los que lean la noticia... pero de risa. Esto nos da la medida del talento que tenia el compilador. De estas necedades está llena la *Crónica*.

Todo lo que dice de que al punto se desavinieron ambos cónyuges, y que el Rey fué á Galicia y mató á uno cobijado bajo las faldas de la Reina, es una pura y grosera patraña, pues por documentos fehacientes consta que doña Urraca un año despues se hallaba en Aragon, bien quista con su marido y haciendo donaciones al monasterio de Montearagon, y obrando allí libremente como Reina y señora. La donacion del pueblo de Quicena á Jesús Nazareno de Montearagon, es documento auténtico é irrecusable, y prueba que por entónces se tenia por legítima mujer de D. Alfonso.

Para dar la medida de esta descabellada y falsísima *Crónica*, basta la demostracion siguiente. En la escritura 155 del apéndice 3.º, página 520, tratando Alfonso VII de reparar los males que habia causado al monasterio, dice lo siguiente en 1129: «Luégo que murió mi abuelo Alfonso (el VI), el cual dotó espléndidamente el monasterio de Sahagun, padeció mucho el reino durante diez y siete años, pues los magnates peleaban unos con otros y por su cuenta é intereses, siendo yo entónces pequeñuelo y no contando con el apoyo de mis dos esclarecidos progenitores (*duobus clarissimis orbatu parentibus*).»

¿Quiénes eran éstos? ¿Eran D. Ramon y doña Urraca?



Del primero no cabe duda, pero si llama á doña Urraca en 1129 *clarissima parens*, la frase da que pensar, y es tenida en cuenta. Además, que no es cierto que durante ese tiempo estuviera de continuo desposeido de la proteccion de doña Urraca, pues ésta, cuando la apuraba el marido se reconciliaba con el hijo, y cuando los que manejaban al hijo la apuraban y la destronaban, acudia al amparo del marido.

Continúa diciendo el diploma de Alonso VII:

«Durante estas revueltas, el abad y los burgueses, para ampararme de tantas calamidades, me recogieron en su villa, donde me atacaron reciamente mi madre y sus partidarios.»

¡Mala noticia para los de *las fervencias* de Avila! ¿Pero cómo no nos hablan las historias de esta defensa hecha á favor del Rey niño? Y si la madre perseguia al hijo en Sahagun y le amparaba el abad, ¿cómo resulta de otros documentos que la Reina y el abad estaban á partir un piñon, como suele decirse? ¿Y cómo le habian de defender el abad y los burgueses, si luégo dice la bula de Pascual II y la *Crónica* en otras partes que los burgueses se sublevaron contra el abad?

Pues falta todavía la parte más lastimosa, que es la narracion del modo con que el pobrecito niño agradecia los favores que le hacian, robando y aniquilando al monasterio, aunque el pobrecito lo hacia sin querer. Sigue hablando D. Alonso VII (1).

«Viéndome apurado de grandes necesidades, y con la ligereza propia de la juventud, hice muchos agravios al dicho abad y los monjes, como ahora reconozco con más juicio, y les quité el oro, la plata y el caudal del monasterio para mi mantenimiento y el de mis soldados. Les despojé del coto, de sus regalías y de los privilegios romanos (2). Les puse alcalde contra razon y derecho, abolí las costumbres antiguas y las posesiones del monasterio se las dí á mis soldados.»

¡Pues tenia buen modo de pagar favores, y eso que era mocito!

Se comprende que por salir de apuros tomase oro, plata y caudales, como David y su guerrilla se comieron los panes de preposicion en un dia de hambre, cuando llegaron á Siló, donde estaba

(1) Como yo tengo el documento por apócrifo, la ironía recae sobre el falsario, no sobre la buena memoria de D. Alonso VII.

(2) Las inmunidades eclesiásticas que los visigodos y mozárabes apenas conocian, por lo que los llama *privilegios romanos*.



el arca santa. Pero atropellar derechos monásticos y violar las inmunidades eclesiásticas, ¿á qué conducia?

El P. Traggia nota oportunamente que el *Anónimo de Sahagun*, que dijo en su estúpida y refitolesca *Crónica* tantos desatinos á roso y belloso, y que el P. Escalona nos regaló con tan singular candor, que pasaba de candidez, probablemente cargó á la cuenta de D. Alfonso el Batallador estos milagros juveniles de Alonso VII, y quedó el padrastro por ladron de lo que el entenado se llevó contra él.

¿Pero es cierto este documento tan ignominioso para D. Alonso VII, y tan difícil de concordar con lo que dicen otros coetáneos suyos? ¿Se lo pusieron los monjes á la firma en algun otro caso de apuro, y de donativos, en 1129 cuando aún andaba en reyertas con su padrastro, y firmó sin ver lo que firmaba, ó apurado ó agradecido? ¿Ó será que los cluniacenses de Sahagun como acuñaban moneda *acuñaban tambien privilegios* (perdónese la frase), como en Leire, San Juan de la Peña, la Cogolla y otros monasterios galicanizados?

No me atrevo á profundizar más, ni por ahora hace al caso, y más me inclino á creer que el documento deja mucho que desear en materia de autenticidad, aunque creo muy bien que los bienes del monasterio sirvieran al entenado para guerrear contra su padrastro, con mucha ó poca voluntad de los monjes, que darian la plata y el oro á título de mayor reintegro. Llamo la atencion sobre ese singular documento, que, sea cierto ó sea falso, es un padron de ignominia para D. Alonso VII, ó para los que le infamaron en el dilema que puede formarse acerca de su autenticidad.

El P. Traggia cree (1), que el falsario que en el siglo XIV forjó la disparatada *Crónica*, con narraciones ó privilegios del monasterio, bien ó mal entendidos, atribuyó al Batallador calumniosamente lo que ese privilegio, verdadero ó apócrifo, decia de Alonso VII. Tan torpe era el tal refitolero metido á Cronista (pues fraile de misa y púlpito parece imposible lo hiciera tan mal) que es posible que en su saña contra el Batallador, así trocara los papeles. Yo creo, á pesar de eso, que el Monarca aragonés metió la mano en el tesoro de Sahagun: los apuros de la guerra, la hostilidad de los monjes galicanos contra él, la prevision de que de no llevarlo él serian aquellas riquezas contra él, pues ó las tomarian sus contrarios, ó las regalarian los monjes, le harian apoderarse de ellas, ni más ni ménos que

---

(1) Tomo de las Memorias de la Real Academia de la Historia.



hacian sus enemigos con los tesoros de Santiago y de Oviedo, como refieren algo desvergonzadamente Gelmirez y D. Pelayo, y conforme á las ideas de entónces y áun de tiempos posteriores. No hay más que ver lo que hicieron D. Juan II de Castilla y D. Juan II de Navarra y Aragon con los tesoros de las iglesias en las guerras civiles de su tiempo, durante el siglo XIV, para calcular lo que probablemente sucedió en el XII.

Y es lo bueno, como nota Traggia, que, despues de decir el *Anónimo* que robó el Batallador el magnífico *Lignum Crucis*, y asegurar la *Crónica de Alonso VII*, que ganaba aquél las batallas por la santa influencia de esa reliquia, que habia robado en Sahagun, y añadir el Cide Hamete Toledano que los moros se apoderaron de ella en la derrota en Fraga, resulta que el *Lignum Crucis*, regalo del Emperador Alejo á D. Alonso VI, y de éste al monasterio, en éste se guardaba en el siglo XVII. Y el bueno del P. Escalona, por no desautorizar la reliquia, ó su estupenda *Crónica*, hubo de tirar á ésta un pellizquito, diciendo que el aragonés no se llevó la reliquia, sino sólo el oro y la plata (1).

Pero entónces, ¿dónde queda la veracidad del ascendiente de Cide Hamete Ben-Engeli? ¡Bien se conoce que el P. Escalona se ahogaba en poca agua! En la Edad Media se forjaban milagros como privilegios, y privilegios como se acuñaba moneda buena ó mala.

Si el autor de los privilegios y noticias de Sahagun, en el siglo XII ó XIII, hubiera caído en cuenta de esa contradiccion, les hubiera regalado á los moros una epidemia de tabardillos, cólicos ú otros achaques, y les hubiera hecho devolver al monasterio la reliquia, con más unos sacos de alcuzcuz ó de arroz, puesto que los moros robadores eran valencianos. Esto era entónces el *Deus ex maquina* en todos los casos de apuro, como los novelistas de ahora tienen siempre á mano al Dios *Millones*. Cada siglo *tiene sus cosas*.

El P. Traggia, á vista de aquel centon de dislates, dijo (pág. 54): «En vista de todo lo dicho, debemos concluir que la *Crónica de Sahagun*, como llena de una pasion violenta contra el Batallador y sus cosas, contraria al testimonio del arzobispo D. Rodrigo, á los documentos de su mismo archivo, no conforme en lo que se cuestiona, ni con la *Crónica del Emperador*, ni con la *Compostelana*, es

---

(1) Es precisamente lo que hicieron los franceses en el Escorial con la parrilla de San Lorenzo, segun nos referia el P. Guadalupe.



una obra viciada, interpolada y moderna, y por consiguiente de dudosa fé en los casos en que no se apoyen en documentos incorruptos.»

Me avengo á ello como dicho con seriedad lo que yo he dicho con ironía, pues tengo la debilidad de no poder contener el sarcasmo cuando leo cosas grotescas y ridículas, y la *Crónica Facundina*, ó sea el *Anónimo de Sahagun*, no es cosa que se pueda citar para cosa seria en adelante, por lo que hace á sucesos de la primera mitad del siglo XII.

(Concluirá.)

VICENTE DE LA FUENTE.

---



---

EL ENTRESUELO  
Y  
LA BOARDILLA.

---

APÓLOGO.

Tuvieron, como es uso entre vecinos,  
ruda y formal contienda,  
un entresuelo rico y elegante  
y una boardilla estrecha.

—”¡Miserable! gritaba el entresuelo,  
¿sabes por qué galleas?  
porque mi posición subir me impide  
á cortarte la lengua.

—  
Quien descubrir intente lo que vales  
pregunte lo que cuestas,  
ó de tus amadores oiga el coro  
cuando de tí reniegan.

—  
¡Infeliz! un abismo nos divide  
no de varas, de leguas;  
yo soy gentil, espléndido, lujoso;  
tú sucia, humilde y fea.

---



Calla pues, y de aquel que te sostiene  
burlarte no pretendas,  
que torres que se fundan en el viento  
el viento se las lleva.”

—  
Sonó una carcajada en las alturas  
alegre y desenvuelta,  
y dijo la boardilla, hácia la calle  
sacando la cabeza:

—”De imbéciles fué siempre darse tono;  
aprieta, chico, aprieta,  
que al fin naciste bajo, y de tan bajo  
los tiros no me llegan.

—  
Tú tendrás cuanto dices, no lo dudo,  
ruido, anchura, opulencia;  
yo en cambio tengo luz, y la prefiero  
á todas tus grandezas.

—  
Del alba en los magníficos celajes  
mi vista se embelesa,  
y el rayo de la luna me ilumina  
que el Hacedor te niega.

—  
Y cuando en flores pródiga y perfumes  
viene la primavera,  
en rededor de mí batiendo el ala  
los pájaros gorjean.”

.....  
¡Santa resignacion! ¡Qué dulce harías  
del hombre la existencia,  
si á menudo no fuesen tus andrajos  
disfraz de tu soberbia!

MANUEL DEL PALACIO.



---

# LA CUESTION POLÍTICO-RELIGIOSA EN INGLATERRA.

## I.

Como la historia da tantas y tantas vueltas, esta cuestion, que parecia resuelta ó descartada para siempre, ha vuelto, sin embargo, á ponerse, como ahora se dice, á la órden del dia. La Gran Bretaña, que por el largo espacio de más de tres siglos habia estado oficialmente separada de la Santa Sede, ahora, por exigírselo así, no una conviccion religiosa, sino una necesidad política, desea, y lo desea muy de veras, reanudar sus antiguas relaciones con la cabeza visible del catolicismo. Y para que en esto todo parezca extraño y aún sorprendente, hasta ocurre que Gladstone, que hace pocos años escribia y publicaba opúsculos encaminados á hacer creer que el buen católico no puede ser buen ciudadano, es ahora el ministro que más dispuesto parece á romper las tradiciones intolerantes y exclusivistas de la secta anglicana.

Esto, que los hombres políticos vulgares considerarán quizá como una inconsecuencia, para los verdaderos hombres de Estado tiene una significacion enteramente distinta. En efecto, como saben que gobernar no es hacerse esclavos de la vanidad ó el amor propio, en cuanto se persuaden de que hacen violencia á los pueblos, sacrificándolo todo al interés general, retroceden al instante, cualquiera que sea el camino que lleven. Este sistema no es el de las *medianías*, que convierten en cuestion capital, acerca de la cual no cabe transigencia, cualquier dificultad, por insignificante que sea, aunque sólo se refiera á la interpretacion de un manifiesto ya olvidado ó una forma política que jamás podrá ser de trascendencia.



Estas *medianías*, que nunca han merecido ni merecerán el título de hombres de Estado, confunden la consecuencia con la obcecación, se vendan los ojos y, como no quieren ver, no ven ni lo que está más claro que la luz del mediodía.

Los hombres políticos á quienes aludimos, cabalmente por no haber nacido para adquirir la gloria de los grandes hombres de Estado, pasan su vida promoviendo conflictos, y cuando llegan al poder, si es que llegan, no consiguen sino perturbarlo ó confundirlo todo, probar su incapacidad y caer aplastados por su propia confusión. Es que les ocurre lo que únicamente les podía ocurrir. Se empeñan en gobernar y desconocen por completo la ciencia del gobierno. Tal es la causa del desnivel inmenso que se observa siempre entre su energía opositora y su impotencia y hasta su imbecilidad en la esfera práctica.

Los hombres de Estado ingleses, por lo general, se apartan mucho de éste tan peligroso sendero. Lo que ahora acaba de hacer el jefe del partido progresista, Gladstone, lo hubiese hecho de igual manera el jefe del partido conservador ó de cualquier otro partido ó grupo. En la Gran Bretaña no ha habido ni senadores, ni diputados, ni siquiera periodistas que, por espíritu de oposición ó por ideologismo, combatan la nueva actitud de Gladstone. Les consta que se trata de una cuestión nacional, no de partido, y olvidándose de los intereses particulares, facilitan, en vez de dificultar, la solución del problema.

Gracias á esta actitud prudente de todas las *oposiciones*, es más que probable que el día en que la cuestión vaya al Parlamento, no sea discutida ni aún por mera fórmula. Así el Gobierno británico aparecerá, no con la fuerza de un sólo partido, sino apoyado por todo el país. ¡Cuánto ganan las naciones cuando sus Gobiernos saben que su voz es la voz general!

Pero prescindamos ahora de consideraciones políticas, que pudieran llevarnos demasiado lejos, y limitémonos á la parte esencial de la cuestión que examinamos.

Para resolver con acierto éste tan arduo problema, nos es absolutamente indispensable revolver toda la historia religioso-política de la Gran Bretaña. Este es un proceso cuyos únicos autos son los documentos oficiales y los hechos históricos. En este caso hablar por hablar ó apelando á los recursos de la imaginación, sería perder el tiempo llenando papel, sin arrojar sobre él luz alguna.

Debemos también advertir que, para que nadie pueda tacharnos



de recurrir á fuentes sospechosas, no diremos nada, absolutamente nada que no hayamos visto por nosotros mismos en escritores ingleses y protestantes, como Lingard, Strype, Heylin, Ewes, Keith, Neal, Burnet, Macaulet, Cobbett, Hume, etc., etc. Así demostraremos que no es nuestro ánimo envenenar la cuestion, sino sólo hacer ver todo lo que hay en ella.

## II.

Inglaterra, que en la Edad Media se llamaba la *Isla de los Santos*, no obstante el mar que la separa del continente, fué una de las naciones de Europa que aceptaron primero el cristianismo. Tertuliano decia ya en el siglo II que «los ingleses no dominados por el imperio romano, se habian sometido á Jesucristo.» *Britanorum inaccessa romanis loca, Christo vero subdita.*

Por el mismo tiempo, el año 180, Lúcio, Rey de los ingleses, pedía misioneros del Santo Evangelio al Papa Eleuterio, que á la sazón ocupaba la silla pontificia.

No mucho despues, á fines del siglo III y principios del IV, en la persecucion de Diocleciano, hubo ya mártires ingleses. San Albano, santo tan venerado y tan popular en Inglaterra, es de este tiempo.

En el primer tercio del siglo V, el año 429, se celebró en una ciudad inglesa, en Verulamio, un Concilio, al cuál asistieron, como legados del Sumo Pontífice, San Lobo de Troyes y San German Auxerre.

A mediados de esta misma centuria, vencidos los bretones por la raza sajona, quedó, si no extinguido, al ménos muy oprimido el Cristianismo en la Gran Bretaña.

En el siglo VI el Papa San Gregorio Magno dispuso que San Agustin (no el de Hipona, del siglo V) se encargase de llevar de nuevo la luz de la fé á las islas británicas. El motivo de esta mision merece ser conocido. San Gregorio, antes de ser Papa, vió en Roma unos cuantos esclavos ingleses, y, compadecido de ellos, se decidió á ir, cual misionero, á Inglaterra, con el propósito de librarla de a esclavitud librándola de la ignorancia. Al intento, solicitó y obtuvo la autorizacion indispensable para emprender tan larga y entónces tan peligrosa peregrinacion. Sin embargo, por haber sido elegido Papa, le fué materialmente imposible el alejarse de Roma. De todos modos, ya que por sí, personalmente, no pudo



hacer el viaje, quiso que lo hiciese San Agustín, el gran misionero y verdadero apóstol de los ingleses.

Wilfredo, monje de mediados del siglo VII y principios del VIII, con su predicación y el prestigio de sus virtudes, consiguió que el Cristianismo volviese á florecer en la Gran Bretaña.

En el último tercio del siglo VII y primera mitad del siglo VIII, el venerable Beda extendió bastante las conquistas religiosas, hechas por Wilfredo.

En el siglo XI, Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, pudo ver que toda Inglaterra era en verdad cristiana.

Casi por el mismo tiempo, San Anselmo, gran filósofo, gran teólogo y gran santo, llamado con razón el *segundo San Agustín*, ocupó también la silla de Cantorbery y se granjeó el respeto y la veneración de las tres grandes islas.

En el siglo XII, Santo Tomás, igualmente arzobispo de Cantorbery, recibió el martirio después de haber predicado y defendido la fé con la elocuencia y celo del propio San Pablo.

En el siglo XIV, los wiclefitas, sectarios que á la sazón se agitaban bastante, se amotinaron, recurrieron á las armas, y, dueños de Lóndres en los primeros momentos, pudieron asesinar al arzobispo, al ministro del Tesoro y á muchas otras personas de todas clases y categorías. Esta rebelión, sin embargo que tan temible parecía, fué sofocada, no por la fuerza pública, que era casi nula, sino por el mismo pueblo, que la dispersó, puede decirse, en pocas horas.

En fin, á mediados del siglo XVI, el propio Enrique VIII, que más tarde fundó la Iglesia anglicana, se mostraba tan ferviente católico que hasta escribió un libro notable contra Lutero y mereció que el Sumo Pontífice lo honrase con el título de *Defensor de la Fé*.

Antes de los siglos XVI y XIV, de Enrique VIII y Wiclef, las herejías inglesas fueron muy contadas y relativamente de no grande importancia. En el siglo V hubo algunos pelagianos; pero no hallaron gran eco. En los siglos XI y XII los regalistas se enseñorearon de la corte, más bien que del pueblo. Esta secta, el regalismo, por el apoyo que encontró casi siempre en el Gobierno, fué una verdadera plaga para Inglaterra. Del regalismo nació el absolutismo, y el poder absoluto, el cesarismo, la excesiva veneración y casi adoración del Rey, que da al César lo que es de Dios, fué la causa principal del protestantismo y la que hizo posible el triunfo de los reformistas.

Hemos querido trazar este breve, pero exactísimo cuadro de la



historia eclesiástica de Inglaterra, con el propósito de que se vea que el Cristianismo, al llegar al siglo XVI, se hallaba muy extendido y tenía raíces bastante hondas en el corazón del pueblo inglés. Sin fijar bien la atención en estos precedentes, sería muy difícil, si no imposible, el comprender y explicar lo ocurrido después del rompimiento con la Santa Sede ó la proclamación del cisma. La violencia del protestantismo, al establecerse, no prueba sino que el tránsito de la religión católica al protestantismo era tan brusco como impopular y no podía verificarse sino venciendo grandes, enérgicas y generales resistencias. Hacemos constar esto, no con el fin de provocar polémicas ó herir susceptibilidades, sino únicamente para llamar la atención acerca de los peligros inmensos que se arrostran cuando por fines políticos se provocan conflictos religiosos ó se declara la guerra á la religión.

Nada prueba esto tanto como lo acontecido en la Gran Bretaña. El Gobierno inglés empezó y ha sostenido esta guerra durante tres siglos y no ha podido conseguir la paz, sino suspendiendo antes las hostilidades.

### III.

Mucho se ha discutido acerca de los motivos ó causas del protestantismo en las islas británicas. Se ha hablado de abusos del clero, de interés político, de progreso en las ideas religiosas y no sabemos cuantas cosas más. Sin embargo, todas estas causas ó supuestas causas, que antes llamaban tanto la atención, hoy no se examinarían por nadie. Los hombres de Estado no atribuyen importancia á estas explicaciones, dadas por el espíritu de secta, y la crítica y la filosofía ó se sonríen ó cuando más se encogen de hombros al oír hablar de las declamaciones de Lutero ó Calvino.

Por lo que atañe á los abusos, sólo indicaremos que si existían, la reforma anglicana, lejos de extirparlos, los conservó y aún aumentó de una manera portentosa. Por lo que toca al interés político, como es cosa de suyo tan variable, nos basta advertir que la necesidad momentánea de una alianza no es ni puede ser razón que autorice para arrancar su religión á un pueblo. En fin, por lo que se refiere al progreso en las ideas religiosas, basta insinuar que en este terreno el progreso es hasta un contrasentido. O se cree ó no se cree en el orden sobrenatural. Si se cree, como no se trata de una cosa humana ó sometida á la voluntad del hombre, no puede ni aún



hablarse de progreso. Si, por el contrario, no se cree, es hasta absurdo el hablar de religion, por más que se trate de la religion protestante. El protestantismo, si no es una palabra sin sentido, ha de admitir la existencia de Dios, el órden sobrenatural, la divinidad de Jesucristo y la revelacion divina que se contiene en las Sagradas Escrituras.

Y no se alegue que ahora cunde bastante lo que se llama racionalismo cristiano ó protestantismo liberal. Y decimos que no se alegue esto, porque no era tal el protestantismo de que hablaba Enrique VIII, que es el único de que ahora se trata. La Iglesia anglicana, fundada y decretada por Enrique VIII, hubiese llevado á la horca ó la hoguera á todo el que en el siglo XVI, al cual nos referimos, se hubiese atrevido á hablar de protestantismo liberal, de racionalismo cristiano ó de una religion meramente humana ó sin dogmas.

No y mil veces no. El protestantismo no fué una purificacion ni pudo ser un progreso; fué única y exclusivamente un cambio repentino, debido, no á la propaganda ó á la libre discusion, que no se toleraba, sino á leyes terribles, aplicadas de la manera más violenta.

El anglicanismo, como todo cambio violento de religion, humanamente hablando, no puede ser posible sino donde los poderes públicos, cualquiera que sea su forma, son absolutos ó despóticos. En un régimen no absolutista, el Gobierno, llámese como se llame, perderia completamente el tiempo si se obstinase en llevar á cabo un cambio forzoso de religion. Los pueblos, cuando no veneran á sus Gobiernos, no obedecen, ó, por mejor decir, obedecen y no cumplen las leyes perseguidoras. Por el contrario, un Gobierno absoluto como el de Enrique VIII, puede conseguir que los pueblos lleven su supersticion cesarista hasta el extremo de negar á Dios lo que es de Dios para concederlo todo al César.

En el siglo XVI, en Inglaterra como en muchos otros puntos, el absolutismo ó el respeto excesivo al poder real habia llegado á un extremo que no puede ni recordarse sin espanto. Para no hablar sino de Inglaterra, nos limitaremos á recordar lo que era á la sazón el Gobierno inglés.

Segun el historiador protestante Burnet, «los miembros del Parlamento, como á porfía manifestaban una adhesion *sin límites* á la persona del Rey.» (Tomo I, pág. 212.)

En cierta ocasion, muy solemne en verdad, como atestigua Collier, declaró la alta Cámara que «no era su ánimo hacer ó decir nada que



pudiese desagradar al Rey, á quien reconocia como su *Jefe Supremo*.» (Tomo II, pág. 119.)

Segun Hume, el más autorizado historiador y panegirista de la Reforma, Enrique VIII «ejercia el más imperioso despotismo de que se habla en los anales de los pueblos.» (Tomo III, cap. 31, núm. 15.)

«Jamás, añade Hume, hubo príncipe que ni aun apoyándose en la fuerza militar, pudiese gobernar de una manera tan despótica.» (Lugar citado, núm. 16.)

Sin escrúpulo, sin deliberacion, con un solo acto, sigue Hume, «consumó el Parlamento la ruina total de la Constitucion inglesa, dando á las proclamas ó edictos del Rey la misma fuerza que á los acuerdos aprobados por los cuerpos colegisladores. Además, concedió á Enrique omnímodas facultades para condenar á los acusados ó sospechosos, sin apelacion, sin pruebas y hasta sin oírlos ó sin juicio.» (Tomo III, cap. 32, núm. 5.º)

Lo propio acontecia en el reinado de la hija de Enrique, Isabel, cofundadora del anglicanismo. En 1571, el célebre Bacon, entónces canciller, en nombre de su Reina y señora *natural*, ordenó al Parlamento que no se mezclase *en ningun negocio de Estado*. (Hume, Tomo III, cap. 40, núm. 5.º)

En el propio año otro ministro, Gibert, en nombre de la Reina, absoluta por supuesto, dirigiéndose á los representantes de la nacion, pronunció las siguientes palabras: «Señores, la autoridad real es tan respetable que *sólo el pensamiento* de atacarla basta para incurrir en el delito de alta traicion. No hay diferencia entre decir que la Reina no tiene derecho á usar de sus prerogativas y asegurar que no es Reina.»

En el mismo año, al cerrarse la legislatura, hablando siempre en nombre de la Reina, dijo el canciller: «Señores, muchos miembros de las Cámaras, por su conducta, merecen los dictados de *atrevidos, arrogantes y presuntuosos*. Han faltado á sus deberes como súbditos y como diputados, desobedeciendo las órdenes expresas que desde el principio habian recibido, y, puesto que se obstinan en olvidar sus deberes mezclándose en cosas *que no son de su competencia*, la Reina les impondrá un gran castigo para reprimir *su osadía, su presuncion y su arrogancia*.» (Hume, lugar citado.)

En cambio el Parlamento, por medio de su presidente, de oficio y con toda solemnidad, felicitaba á Enrique VIII «comparándolo á Salomon por su justicia y cordura, á Sanson por su valor y fuerza, y por su hermosura y lozanía al bellísimo Absalon.» El Rey, que oía



estas cosas, contestaba modestamente asegurando que «si poseía estas cualidades todo era debido á la misericordia de Dios.» (Hume, Tomo III, cap. 31, núm. 14.)

En vista de esto, dígase si un pueblo que tanto exagera la dignidad real y que se hace representar por Parlamentos tan indignos, puede impedir que por medio de un decreto se le imponga el cambio de religion. ¿Si meditarán en esto los que suponen que la Iglesia católica santifica el absolutismo ó el cesarismo, que es la misma cosa? ¡Ah! El absolutismo, ó el Rey, ó el presidente de la república, como origen ó fuente de todo poder, no es sino la negacion de la ley divina ó de todo lo que se debe á Dios. Las teorías cesaristas, que tanto cundieron en Europa durante los siglos XIV, XV y XVI y áun parte del XVII, no eran sino un extremo tan malo y tan vicioso, como el extremo demagógico, al cual ahora se nos quiere conducir.

#### IV.

Enrique VIII, cuyo poder tan ilimitado era, tuvo la desgracia de dejarse dominar por dos pasiones horribles, de las cuales fué siempre víctima. Su apostasía no fué efecto del estudio ó la conviccion, sino del orgullo, que tanto lo irritaba cuando encontraba resistencias, y el sensualismo, que lo cegaba hasta el punto de convertirlo en un verdadero mónstruo.

Como nadie ignora, repudió á su virtuosísima esposa, Catalina de Aragon, hija de los Reyes Católicos y hermana del Emperador Carlos V, buscando para ello un pretexto absurdo, sólo porque perturbaba bastante su razon el amor á la impúdica cortesana Ana de Boylen. La Reina Catalina fué, no sólo repudiada, sino además encerrada en un castillo, en el cual murió algunos años despues, en 1536.

La nueva Reina Ana de Boylen, pasados muy pocos meses, el 19 de Mayo del mismo año, pereció en un público cadalso, condenada como adúltera.

Un dia despues, el 20 de Mayo, contrajo Enrique terceras nupcias con la tan célebre, como desdichada, Juana de Seymour. Enrique, que habia llevado luto por la muerte de Catalina, celebró el suplicio de Ana, mostrándose al público vestido de blanco y dando su mano á otra mujer, antes que se diese sepultura á su cadáver.

Juana, la nueva esposa, que encontró Enrique en ménos de vein-



ticuatro horas, al año siguiente murió de parto, y por cierto de una manera bastante misteriosa. Los mismos historiadores ingleses y protestantes han hablado no poco acerca de este punto. Baker, haciéndose eco de rumores bastante acreditados, dice sin rodeos que Enrique hizo abrir el vientre de su esposa sin ser necesario, para evitar que su hijo se expusiese á morir al nacer. Burnet, más comedido, se limita á decir que Enrique «se mostró dispuesto á hacer responsable á su esposa de la muerte del hijo que ocultaba en sus entrañas.» (Tomo I, pág. 196.)

Muerta así la tercera esposa, Enrique contrajo nuevo matrimonio con Ana de Cleves, Reina infortunada, á la cual repudió bien pronto, procesándola y condenándola como adúltera.

Muy poco despues, el 8 de Agosto de 1540, se casó por quinta vez con Catalina Howard, á la cual tambien procesó y condenó como adúltera. Por su desgracia, la pena que le impuso no fué el repudio de Ana de Cleves, sino el cadalso de Ana de Boylen.

El 12 de Julio de 1543 se casó por vez última con la tambien desdichada Catalina Parr. Pocó tardó en pasar por adúltera, y como tal, ser entregada á los tribunales. Por fortuna para ella, su esposo murió antes de tener tiempo para levantar el cadalso.

Tal era el príncipe en cuyas manos ó en cuyo capricho se encontraba el poder más ilimitado ó más despótico.

Este desenfrenado Monarca, que se indignaba y hasta se exasperaba cuando sus pasiones encontraban resistencia, por despecho, negó el primado de honor y jurisdiccion que tiene el Sumo Pontífice, se separó de la Iglesia católica y se dió á sí mismo la supremacía eclesiástica ó el título de supremo jerarca de la Iglesia. Como para asegurar su *nueva conquista*, pidió al Parlamento una ley, en virtud de la cual se castigaba como delito de alta traicion toda empresa, legal ó ilegal, cuyo objeto fuese despojar al Monarca del título de jefe supremo de la Iglesia. De aquí resultó que negar la supremacía religiosa, que se atribuía Enrique, era un delito de lesa majestad, una traicion, una especie de crimen, que costó la vida á muchos eclesiásticos. (Hume, tomo III, cap. 31, núm. 6.º)

El propio Parlamento, que era cruel con los débiles, porque temblaba ante los déspotas, concedió á la Reina Isabel, hija y sucesora de Enrique, el título de *gobernadora de la Iglesia*. Esta concesion, dice Hume, dió al Soberano toda la potestad espiritual y lo autorizó *para reprimir las herejías y establecer ó abolir cualesquiera reglamentos conónicos*. (Lugar citado, cap. 38, núm. 3.º)



No contenta con esto, la Reina Isabel puso en vigor todos los estatutos ó decretos de su hermano Eduardo VI contra los católicos, decretos que los mismos historiadores protestantes califican de monstruosos. Con el fin de que se pueda formar idea exacta de lo que eran, recordaremos que todos se encaminaban á aumentar el rigor de la famosa ley de los *seis artículos*, aprobada por el Parlamento y promulgada por el Rey en 1538. Las disposiciones de esta ley atroz eran las siguientes:

1.<sup>a</sup> Todo el que, de palabra ó por escrito, impugne el dogma de la *presencia real*, morirá abrasado por las llamas.

2.<sup>a</sup> Todo el que impugne alguno de los cinco artículos del *Estatuto* (el nuevo credo), morirá en la horca.

3.<sup>a</sup> Todo eclesiástico que, admitiendo la doctrina de Lutero, renuncie al celibato, será privado de sus bienes y condenado á *prision* perpétua. En caso de reincidencia, expiará con la muerte este delito.

4.<sup>a</sup> Todo protestante que *no se confiese* en los tiempos y circunstancias que se señalen por la ley, será condenado á pagar una fuerte multa y á prision temporal. En caso de reincidencia, se le impondrá la pena capital.

Y no se crea que esta ley espantosa se redujo á una sola amenaza. Todo lo contrario. Enrique, dice el protestante Cobbett, hacia morir á todos los *no conformistas*, esto es, á todos los que no aceptaban su nuevo credo ó *Estatuto*, ya porque fuesen católicos y no consintiesen en separarse del Papa, ó ya porque fuesen luteranos y no admitiesen la supremacía religiosa del Rey.

La legislacion penal anglicana no podia ser ni más horrible ni más contradictoria. La incredulidad, en lo tocante á la *presencia real*, dogma católico, se castigaba con el suplicio de fuego y la confiscacion de bienes. Además, se consideraba como delito de alta traicion, que no podia expiarse ni aún con el arrepentimiento. Esto, exclama Hume, era una crueldad desconocida hasta por el mismo Santo Oficio. (Tomo III, cap. 32, núm. 4.)

El fanático protestante Lambert, por haberse atrevido á negar la presencia real, fué condenado á morir en medio de los más atroces tormentos. Quemáronle poco á poco los pies hasta las rodillas, y ya en tan tristísima situacion, los mismos soldados, compadecidos de él, lo empujaron hácia la hoguera para que muriese más pronto. (Hume, lugar citado, núm. 2.)

En 1630, Leigton, protestante, fué condenado como sedicioso, por



haberse atrevido á dirigir al Parlamento una exposicion contra los abusos de la Iglesia anglicana. Para que expiase este delito, el tribunal lo condenó á pagar 250.000 pesetas de multa, á ser expuesto á la picota en Wesfminster, sufrir públicamente azotes, perder las dos orejas, dejarse perforar la nariz y llevar en el rostro dos letras infamantes, grabadas con un hierro candente.

Este hecho no es único. Cuatro años despues, Pryne, tambien protestante, por haber escrito un folleto contra los bailes y las máscaras, fué condenado á las mismas penas. Más tarde, el mismo Pryne, por haber osado publicar un opúsculo contra el lujo de los obispos anglicanos, fué de nuevo condenado á sufrir idénticos tormentos; pero, como ya antes habia perdido las dos orejas, para que la sentencia se cumpliese en todo, se suplió esta falta arrancándole del rostro dos grandes pedazos de carne.

La violencia, el fanatismo y la crueldad llegaron hasta el extremo de procesar á Santo Tomás de Cantorbery, muerto en 1173, cuatro siglos antes, y condenado como reo de alta traicion. La sentencia se ejecutó de la manera más escandalosa. Sus huesos, extraidos del sepulcro que los encerraba, fueron arrojados á las llamas, y sus cenizas esparcidas por el viento. (Hume, tomo III, cap. 31, núm. 19.)

— Los acusados, dice Cobbett, recibian la noticia de la pena que se les imponia, sin saber siquiera cuándo, cómo ni por qué se les habia procesado. (Tomo I, núm. 112.)

Así murió el canciller ó primer ministro Tomás Moro, á quien Cobbett llama profundo filósofo, eminente jurisconsulto, hombre de fé viva, conviccion profunda y lealtad acrisolada, y de quien dice Hume que era un genio de primer orden, y que á sus vastos conocimientos literarios añadia la más sublime virtud y la integridad más pura.

Así murió Fischter, ministro de gran virtud y prudencia, ayo y consejero de Enrique, y á quien este Monarca antes veneraba y amaba como á su padre.

Así fué perseguido el cardenal Polo, príncipe de sangre real, filósofo y humanista, muy estimado en la córte de Enrique y muy respetado en todo el mundo de las letras.

Así murieron la anciana madre y muchos otros parientes, todos ilustres, del mismo cardenal Polo.

Así, en fin, murieron centenares y centenares de prelados, priores, curas párrocos, lores, consejeros, miembros del Parlamento, militares, etc., etc.



Recordamos esto, no con el propósito de remover cenizas mal apagadas, sino únicamente con el fin de que se vea lo que son las luchas de religion y cuánto perturba á los pueblos é inquieta á los Gobiernos la política perseguidora. Una nacion jamás vivirá en paz mientras haya en su seno enconadas luchas religiosas.

## V.

Y no se crea ni se suponga que el conflicto fué sólo de poco tiempo. Nada ménos. La lucha desde el principio hasta el fin fué siempre igual. El Gobierno británico nunca cesó de hacer esfuerzos titánicos para llegar á la paz por el camino de la violencia, hasta que se convenció de que su empeño era tan funesto como inútil.

Enrique VIII empezó publicando el *Estatuto* y la ley *de los seis artículos* que ya conocemos. Su hijo Eduardo VI promulgó leyes perseguidoras, que los mismos historiadores protestantes califican de inhumanas. La Reina Isabel, no contenta con poner en vigor los atroces decretos de su padre y su hermano, se mostró tan cruel y tan implacable con los católicos, que dió motivos más que suficientes para que el historiador protestante Cobbett dijese de ella que en los cuarenta y cinco años de su reinado habia hecho más víctimas que la Inquisicion española en los tres siglos de su existencia.

La hija de Enrique VIII, obligada á ello por la política de persecucion, fundó un tribunal cien veces más terrible que el propio Santo Oficio. En este tribunal, en la Inquisicion protestante, todo era secreto y misterioso, los jueces tenian un poder sin límites, y los reos ó acusados sufrían con frecuencia el tormento é iban al suplicio por meras sospechas, sin haberse podido defender y hasta sin saber por qué se les condenaba. (Hume, tomo III, cap. 41, núm. 10.)

Las leyes perseguidoras, promulgadas contra los católicos desde Enrique VIII hasta Jorge III, pasan de ciento. Como muestra, para que se vea lo que son las luchas religiosas, vamos á enumerar brevísimamente estas leyes.

Segun ellas, los jueces estaban autorizados para averiguar quiénes eran los que cometían el delito de asistir á las capillas católicas. Dos jueces de paz podían hacer que todo hombre ó mujer, al cumplir diez y seis años, aceptase el protestantismo ó perdiese todos sus bienes. La mujer católica, si se negaba á asistir al templo protestante, por este solo hecho perdía las dos terceras partes de su



dote. Los matrimonios mixtos se anularon, aunque hubiese hijos que se quedasen sin padre y sin madre. El hecho de rechazar el protestantismo se consideraba y castigaba como delito de alta traición. El que habiendo aceptado la Reforma protestante se arrepentía ó se retractaba y se reconciliaba con la Iglesia católica, perecía en la horca. Igual pena se aplicaba al católico que, habiendo sido expulsado, volvía al territorio inglés. El padre que, por no querer la enseñanza protestante, enviaba sus hijos á estudiar en colegios extranjeros, era castigado á pagar quinientas libras, treinta mil reales, de multa. El hijo que, por obedecer á su padre, estudiaba en el extranjero, era privado de toda su herencia. En el reino unido la enseñanza católica se castigaba con la pena capital.

Además de esto, los católicos no podían viajar, ni aún alejarse cinco leguas del punto de su residencia ordinaria. No podían ser lores ó senadores ni diputados, ni tenían siquiera derecho electoral. Estaban incapacitados para el desempeño de los cargos públicos y no podían pleitear ni ser tutores ni testamentarios, ni abogados, ni médicos. Les estaba prohibido el uso de armas hasta para su propia defensa, y, como si fuesen esclavos y más que esclavos, ni aún eran dueños de poseer un caballo que valiese más de quinientos reales. Si, por casualidad, adquirían un caballo de mérito, cualquier protestante podía confiscárselo ó apoderarse de él, sin más ceremonia que la de darle en cambio cinco libras esterlinas.

No comentamos ni calificamos siquiera estos hechos. Nos limitamos á recordarlos para que se vea si era posible la continuación de este tan violento y tan horrible estado de cosas.

## VI.

El pueblo inglés no podía ya soportar las consecuencias de una lucha tan prolongada, y el mismo Gobierno se iba convenciendo más y más cada día de que la política de opresión era un conflicto perpetuo. Los hombres de Estado ingleses, por más que fuesen opuestos á las innovaciones, veían que la guerra á la Iglesia católica no era sino la despoblación, por lo ménos de Irlanda, y la población de los Estados-Unidos. Irlanda, la gran isla, que al empezar la persecución religiosa, era rica y contaba cerca de ocho millones de habitantes, se había ido despoblando y empobreciendo hasta el punto de hallarse reducida á cinco millones de almas y á la más espanto-



sa miseria. Los irlandeses, no siempre resignados, en lo interior, solían protestar con alguna frecuencia, y en lo exterior, al emigrar y esparcirse por el mundo, sembraban en todas partes el odio á la Gran Bretaña.

Napoleon I creyó que podría contar con el apoyo de los exasperados irlandeses, y hoy mismo Irlanda sirve de instrumento á Rusia y á los Estados-Unidos, rivales naturales del imperio británico.

Por otra parte, al aparecer el vapor y vislumbrarse el alambre eléctrico, desaparecía naturalmente el aislamiento de las islas británicas. Los hombres de Estado ingleses no podían dejar de comprender que Europa, poco antes reunida ó representada en Viena, por necesidad habia de fijar sus ojos en los muchos millones de católicos que vivían ó gemían como ilotas en la Gran Bretaña. La diplomacia inglesa, que, con el propósito de favorecer sus colonias del extremo Oriente, se preparaba á combatir la esclavitud en el Occidente, por fuerza habia de comprender que no habia medio de romper las cadenas del esclavo en los Estados-Unidos y conservarlas en Irlanda.

Agréguese á esto que la agitacion en lo interior iba ya adquiriendo una fuerza bastante considerable. O'Connell, el gran tribuno católico, era aclamado de la manera más eutusiasta en todas partes. Aunque el Parlamento anulaba su acta de diputado porque era católico, los colegios electorales volvían á elegirlo una y otra vez, por unanimidad y hasta por aclamacion. Este conflicto no podia terminar sino por una nueva guerra civil, lo cual era la ruina, ó por un gran acto de justicia y reparacion, que era lo único conveniente. El Gobierno británico, lejos de perder, ganó muchísimo, declarándose vencido por la razon de Estado y anulando una ley absurda que en nombre de la libertad oprimia las conciencias.

El gran acto de justicia y reparacion llevado á cabo en 1829 no fué sólo un triunfo para O'Connell; fué un cambio completo de política, que no podia ménos de abrir una nueva era de tolerancia. A la opresion, que era lo tradicional, necesariamente habia de suceder la tolerancia, que era lo único que podia encontrarse en la pendiente á que se habia llegado.

Y así fué en efecto. Los católicos comenzaron por ser tolerados, y, como no podia ménos de suceder, han concluido por reconquistar todos sus legítimos derechos. En la actualidad son verdaderos ciudadanos y ejercen con libertad completa sus derechos de ciudadanía. Tienen enseñanza propia, Iglesia propia y jerarquía eclesiástica



propia. El catolicismo, antes perseguido como delito de alta traición, ahora es un culto cuya libertad y derechos garantizan las leyes. En 1849 lord Palmerston, lejos de favorecer á los revolucionarios italianos, les aconsejó que pensasen en sus propios intereses y procurasen entenderse con el Sumo Pontífice. En 1860, Pío IX restableció la jerarquía eclesiástica en Inglaterra. En 1877, el mismo Pío IX, previa la tan conocida mision del cardenal Franchi á Lóndres, llevó tambien la jerarquía eclesiástica á Escocia y dió obispos propios á las diócesis escocesas.

Además, en todo el reino unido hay colegios episcopales, órdenes religiosas, hospicios católicos y todo lo demás que no puede ménos de haber en un país en el cual hay muchos católicos y no existen leyes que les nieguen sus legítimos derechos.

Hoy los católicos ingleses pueden dedicarse á toda clase de profesiones y desempeñar todo género de empleos públicos. Pueden ser y son magistrados y generales, jefes de ejércitos, diputados, senadores y hasta ministros. El actual gobernador general de la India, que es la principal fuente de la riqueza británica; lord Rippon, ex-ministro y miembro del Consejo privado de la Reina, son católicos.

Más todavía. El antiguo fanatismo protestante se ha desvanecido hasta el punto de no extrañar siquiera que la Reina Victoria, el día de las honras del príncipe imperial, muerto gloriosamente en la Zululandia, se postrase para orar dentro de una capilla católica. En otros tiempos esto hubiese levantado protestas generales y terribles. La Reina María Stuard perdió su trono y su vida por ser católica. Carlos I subió al cadalso, no por ser católico, que no lo era, sino por mostrarse tolerante con el catolicismo. En fin, el último Stuard fué destronado y murió en el destierro sólo por atreverse á hablar de tolerancia y respeto á la libertad de conciencia.

Como se ve, las cosas han cambiado mucho. ¿A qué ha de atribuirse este cambio? ¿Cuál es su causa? ¿Lo es el escepticismo, que si no cree, tampoco puede odiar? ¿Lo es nuestra suavidad de costumbres, que rechaza con horror las violencias? ¿Es que el protestantismo pierde terreno, conoce su debilidad y retrocede hácia el campo de la fé? ¿Es, por último, que el catolicismo aumenta sus huestes y los hombres de Estado se han persuadido de que la fé es el más fuerte dique contra el torrente revolucionario?

Cualquiera que sea la causa, el hecho es que el Gobierno británico comprende que no hay medio entre la política de opresion y la política de libertad, y se inclina á esta última, y acepta todas sus



naturales consecuencias. Por esto da satisfaccion á los irlandeses, en lo que atañe á la cuestion agraria; por esto recurre al Papa, para que hablando á la conciencia de la católica Irlanda, la aparte del camino de la sedicion; por esto, en fin, entra en negociaciones con la Santa Sede y se prepara á enviar un embajador á Roma y recibir un nuncio en Lóndres.

Esto, que ya nadie extraña, que ningun partido político combate, no es ni más ni ménos que la consecuencia lógica é inmediata de la política de tolerancia y libertad. Desde el momento en que se reconoce la *legalidad* del partido católico, es imposible no renunciar á la supremacía religiosa de la corona, y más imposible aún el negar á los católicos el derecho de estar en relaciones con su jefe espiritual ó eclesiástico, el Sumo Pontífice.

La política de libertad y tolerancia ha vuelto á separar los poderes eclesiástico y civil, por tanto tiempo confundidos en Inglaterra, y á proclamar, por lo tanto, el gran principio de que el Soberano civil no es Soberano religioso.

Esta distincion de poderes, freno contra el despotismo y tan necesaria para la civilizacion, obliga al Gobierno británico á interponerse entre sus súbditos católicos y el Papa, no para perturbar las conciencias, sino para impedir la separacion de la Iglesia y el Estado y mantener la justa y conveniente y necesaria armonía que siempre debe existir.

MIGUEL SANCHEZ,

Presbítero.

---



---

## EL PESIMISMO

### Y SUS INFLUENCIAS EN EL ARTE Y EN LA VIDA.

---

Goza hoy, por cierto predominio de la moda, gran predicamento en la ciencia, en el arte y aún en la religion el *Pesimismo*, último manjar fuerte que la culta Alemania recoge de su *potencialidad especulativa*, para ofrecerlo como alimento al estómago algo estragado de las atormentadas inteligencias del siglo presente.

Si sólo fuera una paradoja más en el campo de las hipótesis, la doctrina pesimista no merecería, aunque produjese eco y ganara voluntades, más que la acción saludable del tiempo curara semejante estado patológico. Si la idiosincrasia especial de nuestro genio y cultura consintiera que sucediese aquí lo que en Alemania, donde el pontífice del Pesimismo, Hartmann, acaba de escribir su doctrina de la desesperación, recomendando á los *cándidos optimistas* que pasen por su hogar á contemplar la dicha, que resulta de dar culto á lo inconsciente (su hermosa compañera y un niño angelical, fruto de su amor) y de profesar el Pesimismo, casi nos atreveríamos á declarar que la doctrina era perfectamente inofensiva, y casi inútil dedicarla algún estudio y meditación. Algo de esto ocurre también en nuestro país, con una personalidad típica por lo genial, con el señor Campoamor (1), que ocupa su laboriosa vida y su excepcional talento en bordar con la filigrana de sus versos. la *mostaza* pesimista, que servirá de excitante efficacísimo á nuestra juventud anémica y soñadora, sobre todo *si no está*, como se dice, *en el secreto*, é ignora que á Campoamor, tan poeta como bueno y honrado, se le caldean las mejillas y apunta en él la desesperación únicamente cuando ve

---

(1) De contemporáneos como Campoamor puede hablarse con entera libertad, porque han conquistado en vida la inmortalidad.



aumentar sus canas, sus achaques y su vejez. Es que ha sido bueno y honrado en esta vida, ha trabajado mucho en ella y ha cosechado toda clase de recompensas, y como *buen pesimista*, está tan hastiado de vivir, tan desengañado del mundo y tan anheloso del no ser, que no tiene más que el deseo (irrealizable sólo por ser de un poeta) de volver á empezar. Seguramente que el Sr. Campoamor, salvo su ortodoxia y la antipatía que le merece el escándalo, se prestaría gustoso á un rejuvenecimiento que fuera más real y ménos impío que el del *Doctor Fausto*.

Desgraciadamente, el Pesimismo no es sólo el de Hartmann y el de Campoamor, ni todos los pesimistas, por una *feliz inconsecuencia*, pagan tributo al sentido común y se olvidan, como Hartmann y Campoamor, del imperio de la lógica. No dilucidemos aquí si el Pesimismo de estos señores es una doctrina, que no pasa de la epidermis, y ocupémonos y preocupémonos con la influencia que en todas las esferas alcanza el Pesimismo, y con el eco sombrío que causa en las palpitaciones de la vida social. Bajo este aspecto, el Pesimismo se impone á la consideración y estudio de las gentes sensatas, y exige detenido exámen, siquiera debamos todos piadosamente cercar las víctimas que produce (suicidios morales y materiales) del sacratísimo respeto que acompaña á todo aquello en que imprime su inextricable sello la sombría deidad de la muerte.

Sea el Pesimismo un estado patológico, una enfermedad social ó una consecuencia de premisas anteriores, es lo cierto que el estudio del fenómeno se impone á todo hombre reflexivo, y es también indudable que más importa afrontar el exámen del mal, por si en su fondo caótico se inicia posibilidad de remedio, que denostar y acusar con insulsas jeremiadas vicio que afecta á las entrañas de la vida social y que tiene que dar frutos, siquiera no sean todos frutos de maldición, pues implica en sus génesis y precedentes la doctrina pesimista algo positivo y bueno, que educen las delicadas sinuosidades del mundo social de los aparatosos contornos con que toma relieve en la penumbra del porvenir.

Obliga la imparcialidad á consignar, ante todo, que no es el Pesimismo únicamente hijo exclusivo de estos *pícaros tiempos*. Él tiene sus gérmenes en la exaltación mística y desesperación sorda del siglo X; adquiere desarrollo y crecimiento con los Milenaristas y utopistas de siglos posteriores, y si logra éxito completo hoy, sistematizándose cual presuntuosa doctrina científica y conquistando, como amargo pan intelectual, conciencias y voluntades, tengamos



en cuenta que favorecen estos triunfos las ruinas amontonadas á nuestro alrededor por la crítica severa del siglo anterior.

Es el Pesimismo (al menos á ello aspira) una doctrina que concibe toda la vida supeditada al espíritu del mal. Establece sus pretendidas pruebas científicas en una base muy restringida, la experiencia siempre variable de la sensibilidad, desde la cual atrevida y precipitadamente generaliza y formula sus conclusiones. Nos parece, por consiguiente, que no huelga en este punto algún exámen de la sensibilidad y de sus estados, ya que en aquélla y en éstos encuentra el Pesimismo el arsenal donde se arma de sus más valiosos y serios argumentos.

Y para dilucidar estos primeros términos de la cuestión, tengamos presente que la sensibilidad más se presta á ser sentida que á ser explicada. De todas suertes, se traduce siempre el sentimiento por una alteración más ó menos ordenada de nuestro organismo sensible y de nuestra sensibilidad espiritual, alteración que hace que el sujeto participe, de algún modo, de la naturaleza de lo sentido. Merced á dicha participación, el hombre, que tiene relaciones con todo lo que le rodea, puede ser afectado por ello y con ello comunicar de una manera acorde ó desacorde, colaborando á la obra general. Cuando el hombre, dominado por la misantropía, poseído de nostalgia, no se interesa por nada de lo que le rodea y camina por el mundo cual judío errante que no echa raíces en ningún lado, niega su racionalidad y parece planta exótica. Ejemplos de esta situación anormal son el misántropo y el huérfano, notas aisladas dentro de la armonía universal.

El estado de sentimiento que ofrece como carácter predominante la consonancia de la naturaleza de lo sentido con la de nuestra sensibilidad (que se completa y adquiere nueva fuerza y mayor vida por su unión con lo sentido), es lo que llamamos placer, agrado, satisfacción ó goce. Como estado acorde del sentimiento, el placer se siente mejor que se explica. Tiene el placer su adecuada expresión en la *alegría*, en la *risa* (como el signo primero y más rudimentario), y en movimientos generales y espontáneos del cuerpo y, sobre todo, de la fisonomía (en la sonrisa, en la dilatación de los músculos de la cara, etc.). Pero como el placer consiste principalmente en el *equilibrio* de nuestra sensibilidad con los excitantes que nos circundan, no necesita el placer con frecuencia expresión ni exteriorización alguna, pues basta con su contemplación y disfrute, ya que el equilibrio dice algo estable y fijo, por lo cual se afirma que el pla-



cer es egoísta y que más gusta, á medida que es más íntimo, ser disfrutado que exteriorizado. Sin alambicar ingeniosamente el pensamiento, como lo hace á veces Spencer, creemos que fuera fácil hallar algo que se refiere al origen del sentimiento del *pudor* (1) en esta *concentración* del que siente cuando se encuentra satisfecho y gozoso.

En el polo opuesto, siquiera se sucedan en la complejidad de la vida, aparece el dolor como lo contrario al placer. La enfermedad de nuestra vida afectiva es el dolor, perturbación ó desequilibrio en nuestra sensibilidad, que exige ser rectificado, por lo cual se ha dicho que el dolor es el centinela de la vida, la vanguardia que nos avisa para que cuidemos de la conservación de nuestra existencia (2). Halla el dolor su adecuada expresión en la *tristeza*, en el *llanto*, y además en los movimientos defensivos, en los gritos, en la contracción de los músculos de la faz y en la flexión general del cuerpo. Tiene en general el dolor más rica y abundante expresión que el placer; el dolor gusta ser expresado, y parece que descargamos lo grave de nuestras penas confiándolas á alguno, y que encontramos alivio á nuestros dolores cuando hacemos á los demás partícipes de ellos y logramos excitar su compasión.

Esta diferencia de expresión entre el placer y el dolor puede explicar en parte la extensión que ha adquirido en el pensamiento contemporáneo la doctrina del Pesimismo, que afirma que la vida es un mal y un dolor continuado.

Otras consideraciones, tan atendibles como la que acabamos de indicar, predisponen el juicio á favor del Pesimismo. Los sinsabores de la vida, los continuos desengaños, la falta de correspondencia entre la realidad positiva, muy compleja y difícil, y la ilusión, muy sencilla y simple, son elementos que contribuyen á despertar en el fondo del alma cierta predisposición amarga á ver el lado malo de las cosas y á caer en el Pesimismo. Auméntase además esta predisposición bajo la influencia del cansancio que recogemos del continuo batallar de la vida, y del disgusto que nos producen el esfuerzo y la actividad. ¿Qué han soñado como remedio todos los pesimistas, des-

---

(1) Más ingeniosa y casi paradójica es la explicación que del *pudor* hace Schopenhauer en su *Metafísica del amor*, refiriendo dicho sentimiento á la propagación de la especie, crimen de lesa humanidad para el célebre pesimista.

(2) CH. RICHET, *La Douleur, Etude de Psychologie physiologique*.



de los primeros místicos hasta Schopenhauer? La quietud, el descanso y el no ser.

Unamos á estos complejos elementos el espíritu de crítica que se respira en la sociedad en que vivimos, el cómodo recurso de poner todo nuestro sentido perceptivo en ver el aspecto negativo, feo y malo de las cosas, dándonos aires de saber hacer mejor y más perfectamente cuanto criticamos, á reserva de no hacerlo y dejar constantemente nuestra personalidad en la inacción, para que á su vez se vea libre de la mordacidad de la crítica, y comprenderemos entónces que todos tenemos cierto virus pesimista, que se filtra en nuestro sér y que nos sirve para quedar cómodamente siempre entre bastidores, sin echar, segun vulgarmente se dice, la conciencia á la arena y el pecho al agua. ¿Qué representan, por ejemplo, los políticos de bastidores, sino eternos Aristarcos que nada hacen para influir legítimamente en la vida social, á reserva de parecerles mal cuanto hacen, dicen y piensan los políticos activos? ¿Qué son y significan cuantos censores y críticos encontramos de toda manera de pensar, de todos los *ismos*, desde el Ultramontanismo hasta el Materialismo, que se callan, sin embargo, con una épica elocuencia, su criterio y su pensamiento? Luégo, no olvidemos que en posiciones tan tranquilas es fácil darse aires de gentes postergadas y víctimas del olvido y de la injusticia de los demás, especie de Prometeos encadenados por la fatalidad de unas circunstancias que ni son fatales ni tienen nada de circunstanciales, sino mucho de congénitas con cierto espíritu meticoloso y cierto sentido de redomado egoismo. Somos, cuando tales móviles nos impulsan, gentes *deplacées*, que aparentamos una voluntaria (en realidad forzosa) renuncia del mundo. Si á esta desviacion de la corriente social acompañan esperanzas supraterrénas y exagerados deliquios de una fé religiosa (infecunda cuando no fructifica en la vida por medio de las buenas obras), se produce cierta exaltacion emocional, que va de uno á otro de sus extremos contradictorios, el menosprecio de la vida actual y el hábito de una esperanza soñada. Nuevo punto de contacto y áun cercano parentesco de la doctrina pesimista con el misticismo es éste, que no hacemos más que indicar de pasada para que se perciba cuán cerca se hallan todos los extremos de tocarse y coincidir en aquellos puntos á que les conduce una lógica inflexible, exclusivamente formalista, cuyo vicio de origen reside en el olvido de la complejidad de la vida. Nueva correspondencia y conexión entre doctrinas al parecer opuestas es ésta, que muestra el aspecto artístico y de



aparatoso relieve con que se manifiesta el dolor, ficticio ó real, para que un endiosado subjetivismo, con el pretexto de una modestia excesiva, ponga siempre por cima de todo la sobreestima de la propia personalidad.

¿Qué persigue ocultamente el misántropo, el indiferente, el que contempla hombres y sucesos, cosas y personas, *ab extra*?

Resulta, pues, que el predominio de esta ictericia moral, que se llama el Pesimismo, puede producir un estado mórbido, patológico de la sensibilidad y aún del sistema nervioso, que se traduzca en la inercia, en la desesperacion y en el odio á todo lo que nos rodea.

Y ante aquella falsa idea de que la inspiracion del artista semeja el delirio sagrado, de que hablaban los antiguos, y movidos por la conviccion momentánea de que, en cuanto el dolor tiene más riqueza expresiva y de forma que el placer, é impulsados por la jeremiada constante á que nos llevan nuestros insaciables deseos y nuestros medios para satisfacerlos muy limitados, entramos en la vida del arte con cierta obsesion pesimista, de que no se libra ningun poeta, pues todos ellos hacen lo mismo que el niño (quizá porque tienen ó aparentan tener algo de infantiles), que es llorar mucho y con excesiva frecuencia.

Si es el dolor más poético como descriptivo que el placer (de suyo más egoista y ménos expansivo), no debe extrañarnos que predomine en la poesía el pesimismo, sobre todo en la poesía moderna, segun lo prueban Leopardi, Byron, Espronceda, Heine y Campoamor. Se pinta y retrata mejor el dolor que el placer, y buena prueba de ello ofrece Dante en su *Divina Comedia* al describir el *Infierno*, la mansion del dolor, con colores más subidos y plásticos que el *Cielo*, la region del placer. Comprobacion de lo que decimos ofrece la *Simbólica* de todas las religiones positivas (1). Aun aquellas que predicán la existencia de un Dios, padre comun de los humanos, suma bondad, amor infinito y caridad inextinguible, acenúan y dan más persistencia al mal, al castigo y al infierno, que al bien, al premio y á la gloria.

Sin que implique lo dicho justificacion laudatoria de la boga que alcanza el Pesimismo, pues dista *toto orbe* el deseo, natural en quien da valor intrínseco al pensamiento, de explicar un fenómeno de incondicional adhesion á él, debemos tener presente que la lucha y

(1) GUIGNIAULT y SRAUSS.



contradiccion son ley de los tiempos que alcanzamos (quizá por aquello de que el vino nuevo hace estallar el odre viejo), y que al presente parece inasequible la síntesis y general concordia y armonía que requiere la tranquila contemplacion de la belleza agradable y placentera, mientras surge, cual vegetacion tropical, de esta misma lucha y contradiccion el contraste y la antítesis que llevan arte y poesía á la paradoja, para terminar en el Pesimismo. Pero este pesimismo no toma como punto de mira la desesperacion, ni admite (y por esto se subleva con viril dignidad y aparece á veces con toda la audacia del héroe griego) la persistencia perdurable del dolor; antes bien, por aquello de que los extremos se tocan, late en su fondo un ideal optimista, tan sublime y elevado, que, cual lejana tierra de promision, más excita el grito del dolor que la serena contemplacion de placer fácilmente asequible.

En medio de su oposicion coinciden Optimismo y Pesimismo en negar la energía individual y social, supeditando indolentemente el destino humano al ángel bueno ó malo, como si individuos y pueblos no fueran, ante todo, hijos de sus obras. Precisamente, el Pesimismo revela enemiga á religiones é ideales que han hecho su historia, pero á la vez late en su fondo constitutivo un ideal, todo lo indeterminado que se quiera, pero ideal al cabo, en el cual apunta como signo patológico la desesperacion por no poder concertar dicho ideal con la vida, menospreciada por tal razon. Es que el *spiritus intus* del Pesimismo se condensa en un *optimismo paradójico*; que por tal razon son elementos que contribuyen tambien al génesis y desarrollo del Pesimismo la antítesis del *humorista*, el grajeo del escéptico y la paradoja del visionario.

Hermosa y fecunda contradiccion la que implica la doctrina pesimista, cuando revierte en sus delineamientos finales y gravita en su fondo hácia el Optimismo, enseñando de tal suerte al más míope que la antítesis, contradiccion y paradoja de ambas doctrinas arrancan de que se concibe la vida y se anhela explicar su infinita complejion bajo el engañoso aspecto que ofrece el criterio falible de la sensibilidad.

Que de esta suerte estimado representa el Pesimismo momento insustituible en la evolucion y progreso del arte, lo prueba mejor que nuestra afirmacion la rica y abundosa literatura que ofrece diariamente, y que se distingue desde luégo de cierta prematura nostalgia de la vida y de ciertas insulsas jeremiadas por lo viril de su inspiracion y por lo hondo de sus sentimientos.



Contra un escepticismo desolador que nos repugna por lo que enerva las energías del espíritu individual y colectivo, y contra la máscara de presumida moralización, á patron fijo, en el arte, que sirva para que la hojarasca de las apariencias encubra el fondo infame de la hipocresía; no titubeamos en declarar, pues tal es nuestra honrada convicción, que el mal y el dolor son y pueden ser y seguirán siendo objeto del arte y de la poesía, ya que son notas de contraste y pasos obligados en la ley de la gradación evolutiva que ha de recorrer el arte, como toda energía social. Y sólo de esta suerte podrá en su día el espíritu colectivo, personificado en el genio, recoger y condensar en más amplias y universales armonías estas notas, hoy al parecer desacordes, y en un término, no lejano quizá, concordes y armónicas entre sí; que la vida ha de estimarse, como decía el filósofo Espinosa, *sub specie æternitatis*.

De igual modo que en el fondo de lo negro y caótico que abrumba existe la brisa que ha de disipar más tarde los vientos de la tempestad, el dolor solicita y llama, por contraste, el placer, y de semejante manera, el mal da superior relieve y alcance al bien y á todas sus fecundas consecuencias. ¡Cuántas sublimidades de las que avaloran el *Fausto* no quedarían envueltas entre densas nubes de sombras y penumbras, si la pequeñez y la negación, el mal y el dolor, no le circundaran por todos lados con la compañía de *Mefistófeles*!

Ni se puede concebir de otro modo el arte, si ha de conmover las entrañas del espíritu social; que de nuevo el sentimiento lleva consigo una recíproca atracción entre todos sus ténues y delicados matices, y son por lo mismo sus estados solidarios entre sí, sin que exista una verdadera línea divisoria del placer al dolor, del llanto á la risa, que nos acompañan desde la cuna al sepulcro, y que en la complejidad de la vida se suceden en una escala gradual, que se siente mejor que se explica. Verdad es ésta expresada por Sócrates en el *Fedon* con sublime naturalidad, cuando dice: «¡Qué cosa tan singular, amigos, es esto que llaman los hombres placer! ¡Qué estrechamente enlazado está con lo que se cree ser su contrario, el dolor! Ambos repugnan hallarse juntos á la vez en el hombre; pero si cualquiera persigue al uno y le alcanza, casi es de necesidad que reciba al otro, como si fuesen dos cosas pegadas á un mismo tronco.» Con la plasticidad y sencillez que le son habituales, muestra y enseña el gran filósofo griego lo falaz y engañoso del criterio con que concebimos la vida, terminando en el Optimismo ó en el Pesimismo.

Implica cuanto dejamos indicado la natural exigencia de concebir



la complejidad de la vida y el prisma de infinitas caras que se llama la realidad de las cosas, bajo aspecto y criterio ménos movedizo y subjetivo que la sensibilidad, cuyos datos agigantan, por una fantasmagoría ilusoria, la virtud y eficacia del bien perdido; menospreciando el que hallamos á la mano, como si el tiempo pudiera volver á repetirse monótonamente; que por esto dijo nuestro Jorge Manrique:

¡Cómo á nuestro parecer  
Cualquiera tiempo pasado  
Fué mejor!

Es que con tales desvanecimientos sufrimos en la juventud, anhelando la madurez y deseando precipitadamente ser hombres, para llegar á este punto y desde él llorar la perdida juventud.

Opongamos, por tanto, á estas concepciones falsas del Optimismo y del Pesimismo lo que Sully y Lange (1) llaman la percepcion exacta de la realidad de las cosas, el *Meliorismo*, ley que afirma nuestra iniciativa y poder para disminuir el mal y aumentar la suma de bien positivo en el mundo, estímulo y acicate del esfuerzo humano, que reúne todas las cualidades de una concepcion práctica de la vida, y que recuerda que el hombre no es rueda de un engrane mecánico, sino energía, que inquiere y elige, dentro de sí y en todo lo que le rodea, medios para el cumplimiento de su fin. Terminemos, pues, poniendo frente al Optimismo y Pesimismo la ley general de nuestra vida, la perfectibilidad del individuo y el progreso de la especie, y concluyamos con la frase sagaz y de sentido recto de Voltaire, cuando en su preciosa novela *Cándido*, despues de haber criticado con aire zumbon el Optimismo, dice el protagonista á su maestro, el Doctor Pangloss: «Todo está muy bien, pero es menester cultivar nuestro jardin.»

URBANO GONZALEZ SERRANO.

---

(1) J. SULLY, *Le Pessimisme*, y LANGE, *Histoire du Materialisme*.



---

---

# CONVERSACIONES PARTICULARES.

---

## I.

### ENTRE DOS.

Sala, antesala ó gabinete, es lo mismo, aunque debe preferirse lo último para que la escena tenga más carácter de intimidad y de confianza. Muebles regulares, entre su merced y señoría, si se quiere algo usados; pero en su clase de muy buena vista. Cortinaje decente, á medio uso; casi alfombra; todo muy limpio, y todo en orden. Aspecto de bienestar, de reposo, de ese reposo que quiere decir: «aquí me las den todas.» Un loro en el balcon, ó en uno de los balcones; dos canarios en sus respectivas jaulas; un hermoso gato de Angola, que se despereza soñoliento, clavando las uñas en el almohadon del sofá; y, en fin, la señora de la casa en bata de percal ó de lana, segun la estacion, de pie, con los brazos extendidos hácia la puerta, con la sonrisa en los labios, al mismo tiempo que entra arrastrando la cola su íntima amiga Lola, prendida con veinticinco alfileres; lo que se llama al pelo.

Tal es la escena en la que no va á suceder nada que sea extraordinario.

—¡Válgame Dios! ¡Qué gran sorpresa me causa tu visita! ¿Quién habia de esperarte despues de tanto tiempo? Yo creí que ya no te acordabas del santo de mi nombre. (*Se besan.*) Vamos, siéntate. ¿Qué te parece mi *morrongo*?

—¡Hermoso gato! ¿Es de Bengala?

—No, mujer, es de Angola.

—¡Como tú has estado tanto tiempo por América!



—Pero, criatura, ¿qué tiene que ver América ni con Angola ni con Bengala?

—Calla, hija, que he confundido las especies. Ya caigo en la cuenta: Bengala es la de los fuegos artificiales.

—Lo que tú quieras, mujer.

—Pues mira, no iba yo tan descaminada, pues tú sabes de muy buena tinta que de América se traen muy buenos gatos.

—Cuéntamelo á mí, que conozco á muchos que han hecho más dinero que la casa de la moneda.

—Figúrate. Y no creas tú que yo me hubiera quedado aquí para vestir imágenes; pero con tantos adelantos y tanta trapisonada, todavía no han hecho un camino de hierro en que pudiera ir una al otro mundo como la propia rosa; porque, hija, eso de pasar el mar de ida y vuelta, no me ha entrado á mí nunca por el ojo derecho.

—Y, vamos, cuéntame. ¿Qué es de tu vida?

—Pues mira, no sabes qué vida llevo. Es no vivir. Ando como zorra que cria siete.

—¿Qué te pasa?... Vamos á ver. ¿Qué te pasa?

—Ya sabes tú que la alta sociedad no es para mí el país de los hotentotes, porque estoy acostumbrada al trato de las gentes de buen tono. Puedo decir á boca llena que me destetaron con papilla aristocrática. Es verdad que no llevo ningun título. ¿Sabes por qué? Porque el primo segundo de mi madre, marqués por los cuatro costados, tuvo una nube de hijos; pero no es ningun secreto que nací en buenos pañales.

—Ya sabemos que siempre te ha dado á tí por la sangre azul; en tu género has sido siempre una mujer del gran mundo.

—Hija mia, desengáñate, no hay otro. Por más que diga la gente de tres al cuarto, los que no son grandes de España por su casa, no pasan de ser advenedizos de escalera abajo. Y mira tú, mucho se habla contra los pergaminos; pero ¡cuántos se darian con un canto en el pecho si los tuvieran! Porque eso de ser personaje de viso, así de bóbilis bóbilis, no es cosa que cae por la chimenea.

—Pues yo te digo que á mí no me quita el sueño semejante cosa. Y si pusieran tiendas de pergaminos, no seria yo la tonta que me gastara mi dinero en esas vejeces.

—Hablas así con la boca chiquita, porque, hija mia, los títulos siempre son títulos.



—Vaya si son. Aunque los pagan mal, y siempre está una con el alma en un hilo, voy tirando con los pocos títulos de la deuda que tengo.

—Quita allá, que no me fio de esos papelotes que no hacen más que subir y bajar, y cuando te imaginas que tienes el oro y el moro, se viene el mundo encima y te quedas por puertas. No tiene gracia ninguna desnudarse por la noche como Dios manda, meterse en la cama, dormir á pierna suelta y despertarse sin camisa. Yo no; pesos duros, hija, pesos duros.

—Pero, vamos, ¿qué te has hecho en todo este tiempo que no nos hemos visto? Pero ya caigo... la buena sociedad te ha hecho olvidar á las antiguas amigas.

—¡Ah! No.

—¿Cómo que no?

—He vivido muy retirada.

—¡Retirada!...

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta hacer mal papel en ninguna parte, y las circunstancias se fueron estrechando, y, quieras que no quieras, tuvimos que enterrarnos vivos, porque donde no hay de esto (*restregando el pulgar y el índice uno con otro*), es la muerte. ¿Qué quieres que te diga? Hemos estado con el agua al cuello.

—¡Pobre Lola!

—Pero ahora ya es otra cosa. No te diré yo que podemos echar muchas roncas, porque se necesita un potosí para no estar demás en el mundo, y el dinero se va como agua. En fin, ahora vivimos con decencia. Estamos en auge.

—¿Sí, eh?

—Lo que oyes. Es no vivir, porque no me dejan ni á sol ni á sombra; mi casa es un jubileo; coche va, coche viene, no estamos solos ni un momento. Así (*señalando*) tengo de tarjetas.

—Ya sé, ya sé que andas metida en grandes trotes.

—Vaya, chica, á cada puerco le llega su San Martín.

—¡Así vas tú tan de tiros largos!

—La posición, hija, la posición.

—¿Conque estás en candelero?

—Pues.

—Y dime, ¿qué destino le han dado á tu marido? Creo que es cosa gorda.



—Nada, hija, nada.

—¡Entonces!...

—Te diré: nosotros queríamos un empleo de más manejo; vamos, de más porvenir; porque demasiados méritos tiene mi pobre Sebastian. Ya ves, ocho años de cesantía uno tras otro, me parece que son servicios. Pero cuando ya teníamos las manos en la masa y la boca se nos hacia agua, cata tú que se presenta un pelagatos, un cualquiera muy bulle bulle, y adios mi dinero, y se alza con el santo y la limosna; y aquí me tienes que hemos tenido que apechugar con otra cosa, mientras ese advenedizo se pone las botas. Mira tú si se las pondrá cuando no tenia zapatos que ponerse.

—Y dí, ¿qué sueldo teneis?

—Una miseria: cincuenta mil reales.

—¿Nada más?

—Y gracias. Aquí los altos funcionarios están muy mal pagados.

—¿Y no hay gajes?...

—Phis.

—Alguno. ¿Eh?

—Si mi marido fuese otro nos habria caido la lotería; pero ese Juan Lanás se deja quitar los bocados de la boca.

—¿De manera que no hay más que el sueldo pelado?

—Mujer... no tanto, porque no faltan pretendientes, ya para esto, ya para lo otro. A mí me traen mareada. Y regalo de aquí, regalo de allí, se va llevando la casa.

—¡Ya era razón, porque mira que habreis pasado una *crujía!*...

—No me pillaré otra. Todas las mañanas se lo digo á Sebastian, como que es el pan nuestro de cada día: oros son triunfos; agárrate bien con pies y manos, y aunque venga el moro Muza, tú firme que firme.

—Sí, Lola, sí; porque aquí no hay más cera que la que arde. Mi difunto lo repetía muchas veces: Un buen sueldo á nadie le estorba; y lo mismo es el dinero de los unos que el de los otros. Pues, mujer, no sabes lo que me alegro de verte á flote.

—Sí, ahora respiro.

—¡Qué injustas somos las mujeres!... ¡Cuántas veces me has dicho que tu pobre marido no servia para nada! Mira tú si sirve para tener cincuenta mil reales de sueldo. Luégo dicen, si no fuera por los empleos, Dios sabe la gente que se moriria de hambre.

—Pues Sebastian, ya lo conoces, está hecho para empleado todo



de una pieza. No le metas en otros asuntos, porque no da pie con bola; pero sus horas de oficina, su tertulia en el despacho, su ministro arriba, su ministro abajo, sus proyectos administrativos siempre en la boca, sus excursiones políticas á los pasillos del Congreso... todo eso al pelo. ¡Ocho años de cesantía un hombre como él, que no sabe más que ser empleado, ¿qué digo? alto funcionario! Ya ves si es injusticia.

—No te quejes, criatura, no te quejes, porque al fin son cincuenta mil reales á toca teja, que no tienes que ir á pedírselos á nadie, y con esa entrada ¿quién se muere de hambre?

—De hambre no, pero no basta. Mira, la cesantía nos ha dejado muchas deudas, y hemos tenido que tapar muchos agujeros; la posición oficial que ocupamos exige muchos gastos. Ya ves, no podemos vivir de cualquier modo; gentes importantes nos visitan todos los días, y era de cajón tomar un cuarto proporcionado á nuestra importancia, renovar el mueblaje, aumentar la servidumbre. ¿Pues y la mesa? ¿Y los perifollos? ¿Quién prescinde ya de los perifollos?

—¡Toma! ¡Toma! Con tanto boato no tienes ni para empezar con los cincuenta mil reales.

—Demasiado lo sé; pero, mira, yo soy muy económica y lo aprovecho todo. El pobre Sebastian no sirve para nada. Tiene las manos rotas, y no le hará un favor al lucero del alba, sólo por no tomarse el trabajo de hacerlo. Yo quiero que se haga valer, que adquiera amigos, que tenga iniciativa, que no sea tonto. Siempre estoy encima, y no hay pretensión que no pase por mi mano. De otra manera, sería imposible sacar los pies del plato. ¿Qué mal hay en aprovechar el agradecimiento de las personas que son agradecidas? Un favor pide otro favor, porque hasta el aire quiere correspondencia; y, qué quieres, me he propuesto servir á todo el mundo. Sebastian puede levantar muy alta su cabeza, y yo levanto á mi vez las obligaciones de la casa. Hija mia, ese es el mundo.

—Vaya si es, como que la vida cuesta un sentido, y nadie viene á traerla á una lo que le hace falta.

—Yo, no creas que me duermo sobre mis laureles, que también pienso en mañana, porque esto de los destinos es estar en el aire. Mira tú, no soy ambiciosa, con que esto nos dure un par de años, podremos echar una cana al aire. Sebastian tendrá entonces buena cesantía, no faltarán ahorros; nuestro *hotelito* en la Castellana; porque, ¿quién vive ya sin hotel? Coche, algún día que otro; mesa,



regular; no quiero que sea más que regular; teatros, siquiera una vez por semana, y los veranos á Biarritz ó á lo ménos á Zarauz. A eso tiro. ¿Qué te parece?

—Muy bien, hija, muy bien; y despues la vida eterna, porque si aquí lo pasamos con tantos trabajos, no nos hemos de quedar allí en medio de la calle.

—Eso mismo digo yo. Y riéte, Fermina, de las murmuraciones de las gentes envidiosas, porque, si vieras, desde que tengo buena casa, buena mesa y alguna mano y doy *tes*, y recibo ¡vaya si recibo! mis relaciones se han multiplicado, mi casa va á ser la casa de moda. Aunque no me está bien el decirlo, *hacemos furor*. Estamos en la luna de miel y acuden las moscas; te digo que tengo córte.

—Pues ha venido Dios á verte, Lola, porque, segun me cuentas, ni Jauja. A mí aquí me tienes riéndome del mundo, sin salir de mi paso, vegetando. Ya lo ves, casa cómoda; comemos muy regularmente, en fin, vivimos. No da de sí otra cosa este pícaro mundo. Teatro de vez en cuando, á los estrenos, porque no me gusta que me cuenten las cosas. Coche cuando llueve. Visitas no me faltan: viuda, sin hijos y aún fresca... ¿Lo querrás creer? tengo pretendientes.

—Lo creo; hay pretendientes para todo. ¡Dímelo á mí! tu frescura ha sido siempre la misma, y como tienes el riñon tan bien cubierto, no hay duda de que los hombres te buscarán las cosquillas.

—No derrocho ningunos caudales, pero vivo á mi gusto. La vida es tan corta que no se puede desperdiciar el tiempo. El pobre que pudre tierra no quiso dejarme sin un pedazo de pan que llevarme á la boca.

—Vaya que sí; aquel era una hormiga para su casa ¡y tuvo suerte!... ¡Estuvo tantos años empleado en Cuba!

—Dos años, nada más que dos años. Allí el pobre se quedó ciego.

—¿Y que fué por allá?

—Poca cosa: *Vista*.

—Ea, no dirás que te he hecho visita de médico. He venido á decirte que aún vivo en el mundo; y por si no quieres creerme, aquí tienes las señas de mi nueva casa, que te ofrezco, si es que tú tienes necesidad de que te la ofrezca. Toma, esa es mi tarjeta.

—¿Te vas tan pronto?



- Sí, mujer, hoy he echado el día á perros, pero ya es muy tarde.
- ¿Qué prisa tienes?
- Mucha; doy de comer á gente gorda, aún tengo que vestirme, y no es cosa de hacerles esperar. Dime ¿y Mercedes?...
- Como siempre.
- ¿La ves?
- Casi todos los días.
- ¿Se casó al fin con el tío?
- No.
- ¿Por qué?
- Porque no ha querido.
- ¡Siendo tan rico!...
- Ya sabe ella lo que le conviene.
- ¿Pues?
- Tiene segura la herencia.
- Hace un siglo que no la he visto... ¡Está tan perdida!...
- Perdida tú, mujer, que no hay quien te eche la vista encima.
- ¡Ya se vé! ¡Vivís tan arrinconadas!...
- Sí, pero nos reimos del mundo.
- ¿Y cómo está ahora de carnes?
- Bien; ha engruesado. No como tú, que parece que te engordan las satisfacciones.
- No tanto... Me encuentro regular... No quiero que digan que lo que como cae en saco roto. Y mira, no creas, voy sin corsé... ¡Y quién sabe!...
- ¿Aún?...
- Adios, Fermina (*levantándose*). Que nos veamos.
- Sí, mujer (*se abrazan y se besan*).
- En fin, adios.
- Adios.
- (*Se miran y las dos se sonrien. Nuevo abrazo y nuevos besos.*)
- Ya sabes dónde vivo.
- Sí; ya nos veremos.
- (*Bajando la escalera, arqueando las cejas, y hablando para sí.*)
- ¡Qué vulgarota!
- (*Cerrando la puerta y soltando la carcajada.*) ¡Qué vanidosa!...

J. SELGAS.



---

ESTADO ACTUAL  
DE  
LOS SANTOS LUGARES.

---

I.

¡Palestina!... region en la que todas las miradas se fijan hace diez y nueve siglos; que ha excitado la codicia, la ambicion de tantos conquistadores; aquella tierra, cuya feracidad hizo que Moisés, viendo el desaliento, la desesperacion en que se hallaba el pueblo de Israel cuando, despues de atravesar, á pie enjuto, el mar,—milagro que demuestra una vez más la omnipotencia divina,—encontráronse detenidos por las montañas que separan el Egipto de esa tierra, bien llamada entónces de Promision, se la ofreciera como consuelo, es desde hace muchísimo tiempo un país estéril. De sus inmensos olivares queda poco más que el huerto de Getsemaní, situado en el monte Olivete; y eso, gracias á una dama española—la condesa de Calderon—que, á su costa, mandó hacer una cerca, cuyo friso interior adornan preciosos azulejos, cuadritos que recuerdan, con sus vivos colores, algunos tristes episodios de la pasion de Jesucristo.

Siendo tan conocidas las causas que han puesto en esa situacion á un país digno de mejor suerte, y al que acuden, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, muchísimos viajeros, unos, la mayor parte, arrastrados por su devocion, van únicamente á ver unos sitios consagrados por el nacimiento, pasion y muerte de Jesucristo; algunos sabios orientalistas como Mr. de Farcy, escritores como Volney, Chateaubriand, Lamartine, Renan—autor de la *Vida de Jesús*—y tantos otros, cuyas obras han puesto al alcance de todos lo que era cuando ellos lo vieron, creemos



inútil repetir las; sin perjuicio de citar oportunamente, describiendo cada Lugar, los sucesos que allí ocurrieron.

Aunque es público y notorio que en donde dominan turcos, árabes ó persas, no entra la civilización, hay una ley eterna, inflexible, que se observa, que se cumple en todo el orbe: la ley del progreso.

El fanatismo musulmán, su odio á toda reforma, su convicción de que el Korán es el mejor, el más sabio, el ideal de los códigos,—sabido es que cuantas leyes, reglamentos, ordenanzas relativas á todos los ramos de la gobernación del Estado, justicia, administración, hacienda, guerra, obedecen, se inspiran en él,—no ha podido, aunque ha luchado y aún lucha, como la culebra que, aún después de muerta, se revuelve todavía pugnando por unir los trozos en que el hacha la ha cortado; no ha podido, no, ni podrá nunca detener ese torrente... el más impetuoso, el único irresistible.

Tal es el caso en que se encuentra la en un tiempo arrogante, despótica, altiva, impertinente Puerta Otomana.

La decadencia del un tiempo poderosísimo imperio, la creciente influencia de las modernas ideas, impuesta por sí misma, por las guerras,—que á veces son benéficos huracanes que purifican una atmósfera enrarecida,—el vapor, la electricidad acortando las distancias y aumentando el comercio, pone en contacto, en relaciones mercantiles primero, amistosas luego, á todos los países. A ello se presta también el árabe; aunque interesado, tiene una virtud, general en todo el Oriente: la hospitalidad que ofrece á todo el que pasa por delante de su tienda de lona—en el desierto—ó de su casa en un camino, campo, monte ó en cualquier población. Así, los peregrinos, lejos de ser perseguidos como antes, encuentran buena acogida, respetados los santuarios que quedan—aunque en tristísimo estado—después de tanta invasión, tanta ruina como, durante muchos siglos, han sufrido: persas, romanos, árabes, sarracenos, turcos, todos fueron vándalos.

Esas ventajas, esas garantías que há tiempo tienen el cristiano, natural del país, y peregrino extranjero, han costado mucha sangre, tesoros sin cuento, ingenio y habilidad en los diplomáticos, que han ido negociando tratados, merced á los cuales han mejorado de condición; pero hasta tanto no se consiga que Jerusalén, capital del bajalato—¡qué vergüenza!—de Palestina, vuelva á ser, como ha sido y ser debe, patrimonio de los cristianos de todos los



ritos, nada se habrá conseguido y la cristiandad, aunque otra cosa parezca, seguirá siendo tributaria del Pontífice del islamismo. Ya están allí, sí, cierto, hace siglos; pero ¿cómo?... Tolerados, mal vistos, impuestos por la fuerza, por necesidad; oyendo hacer votos á *Allah* y á Mahoma—su profeta—para que vaya otro Saladino á echar á los perros cristianos, matando antes cuantos se pueda; arrasar una vez más la iglesia del Santo Sepulcro, é imitando á Omar, que mandó hacer una mezquita—á la verdad, monumento que por el arte, riqueza y gusto con que se hizo es digno de aquel poderoso y magnánimo Califa—donde estuvo el palacio de Salomon: respetó, sin embargo, el templo del Santo Sepulcro.

Además de ser cuestion de honor, redundaria en provecho de un país que carece de todo, como caminos, posadas—ya que no estaciones de ferro-carriles y *restaurant*—de sus habitantes, sea cualquiera la religion que profesen, pues ninguno de ellos tiene seguridad individual, ni colectiva; están á merced del menor y más modesto *Xequé* (1); que se atraviesa en su senda ó vericuetto, y se cree con perfecto derecho á incautarse desde luégo de su persona, familia, amigos y servidores,—si los tiene,—montura, equipaje, siquiera sea ligero, como acostumbran los ingleses y demás personas que saben viajar; dinero, armas, etc.—Aunque tenga la precaucion de ajustarse—como es costumbre—con uno de ellos, tampoco se halla completamente á cubierto de un atentado; pues si bien el beduino os defenderá como bueno, en la contienda suscitada por otro enemigo ó rival suyo, puede llevar la peor parte en ella, siendo entónces víctimas ó presa del vencedor.

Aun así es preferible esta suerte á la que antiguamente—y no há mucho tiempo—tenian aquellos peregrinos que solian ir solos ó con su consorte, en cumplimiento de un voto, piadoso casi siempre; tambien iban, como fueron en las Cruzadas, gentes que tenian mucho de que arrepentirse, á pie desnudo, vestidos con túnica negra ó gris, con una esclavina, cubierta de esas conchas que las olas del mar que lame la orilla del arenal que desde Tyro hasta Kaifa—al pie del monte Carmelo—arroja, juntamente con considerable número de pescados, que recoge luégo cuando vuelve.

Mientras llegaban á uno de esos conventos donde se da comida, albergue y consuelo al que lo há menester, sufrían el rigor de un

---

(1) Jefe de tribu ó de una banda.



clima mal sano, las caricias de un sol abrasador, con más la carencia de agua para calmar la sed, y las injurias y malos tratamientos de algunos impíos, de esos seres perversos que gozan haciendo daño.

El báculo—otro atributo del peregrino—tenia un doble uso; sostenerse, apoyarse, al bajar una cuesta ó saltar una zanja, y tambien, en un apurado trance, como arma ofensiva y defensiva. Son raros los que van solos; generalmente reúnen muchos en caravanas, no tan numerosas como la que de Damasco sale una vez cada año para la Meca, donde está el sepulcro de Mahoma. A ésta acuden peregrinos de Marruecos, de la Arabia Feliz, del Kurdistan, Armenia, etc. Imposible que todos se conozcan; así, cada familia ó cada grupo de personas lleva sus camellos, provisiones, criados y demás necesario para atravesar, primero, desde Alepo á Diarbekir, la Mesopotamia, luego el desierto do están las ruinas de Palmira y de Babilonia; hasta llegar al término del viaje no son pocos los que se quedan en el camino, víctimas del calor, de sed ó de insolaciones; sucumben tambien camellos, carneros, cabras y otras reses, que llevan para el transporte y consumo. Éstos, como las personas que mueren, quédanse allí donde caen... Tanto cadáver insepulto es una de las causas, acaso la principal, de la peste bubónica, que desola comarcas enteras, aterra á las más próximas y difundirse suele más lejos, si no se toman precauciones. Tal es el origen de las cuarentenas impuestas, cuando se inicia, á los barcos y pasajeros procedentes de aquel país.

Las caravanas europeas no corren ese peligro; ménos en número las personas que la forman,—segun hemos dicho,—embárcanse en Marsella ó en Brindisi, en buques seguros—en lo posible—y de buen andar; el viaje no es largo, ya se sabe, cinco ó seis dias.

El itinerario tambien es conocido; generalmente desembarcan en Jaffa, ciudad otras veces tan distinta de como es hoy, que se llamaba *Joppé*,—que significa bella ó agradable: *pulchrita aut decor*, dice Adrichonius.

Destruida muchas veces, no es ni sombra de lo que fué; su magnífico puerto, el puerto que abordaron las escuadras de Hiram cargadas de cedros para el templo, donde se embarcó Jonás,—el profeta,—es hace tiempo inabordable; cegado, obstruido por las piedras de la muralla, ni el más ligero esquife se atreve á atracar. Los pasajeros que llegan, no tienen más recurso que entregarse á merced de los marineros que se ofrecen á llevarlos acuestas.



Como la nueva ciudad tiene poco más de un siglo, no se encuentra el menor resto de su antiguo esplendor.

Sin embargo, la costumbre y la circunstancia de pasar varias líneas de vapores, hacen que sea el punto generalmente elegido para visitar los Santos Lugares; sobre todo, esas caravanas que se forman por suscripción,—el viaje es más barato;—pero el que no economiza y quiere ver despacio y bien las cosas, estudiarlas, en fin, enterarse y poder dar cuenta, si es necesario un día, hácelo de otro modo.

Mr. de Volney, Lamartine despues, Ernesto Renan, la princesa Ana Murat, el duque de Luynes y otros fueron por tierra. Estando yo en el mismo caso, comenzaré en sentido ó dirección contraria á la que siguieron Chateaubriand y algunos más; pero no tratándose de escribir un viaje, sino de hacer ver en qué situación se hallan ahora los Santos Lugares, empezando por el monte Carmelo.

Corre del Sudeste al Noroeste una distancia de 27 kilómetros, terminando en un promontorio, á cuyo extremo está el convento de los Carmelitas, á una altura de 242 metros; al Este llega á la llanura de Esdremon; luégo, dirigiéndose hácia el Sud, se baja y forma, despues de perder su nombre, las colinas y valles de Samaria; su más alta cima tiene 800 metros. Los habitantes de la montaña son drusos, diseminados en los valles, algunos beduinos y manadas de chacales; á su extremo, que está sobre el mar, se halla la gruta del profeta Elías. Segun tradición local, San Joaquin y Santa Ana, que residian casi siempre en Safurieh (1), tuvieron una casa para sus pastores. Cuéntase que Elías fué llevado al cielo en un carro de fuego. El más antiguo santuario del monte Carmelo es la *colina del sacrificio de Elías*. Créese que el profeta Eliseo—su discípulo y sucesor—se encontraba en el mismo sitio cuando la Sunamita vino á echarse á sus pies (2).

La gruta llamada *Escuela de los Profetas* se halla al pie de la montaña; hábitala un santón musulmán.

Era la sinagoga, donde los hijos de los Profetas estudiaban las Escrituras y se entregaban á santas contemplaciones, una pequeña gruta contigua, donde se cree que Elías iba frecuentemente á orar,

---

(1) A treinta kilómetros del monte Carmelo.

(2) *Scripta Carmeli et Ludov. a S. Teresia.*



y era muy venerada por sus discípulos. Llamábase la *gruta de San Elías de Keder*. Los carmelitas la llaman *gruta de la Madona*, porque se cree que la Santa Virgen la habitó al regresar de Egipto, dirigiéndose á Nazareth con algunas santas mujeres, despues de la dispersion de los Apóstoles (1). Algunas de ellas se establecieron en una casa vecina, donde fundaron un convento, que existia aún en tiempo de San Jacobo de Porfirion; á ella se retiró, despues de su conversion, una mujer que habia querido seducirle (2).

La escuela de los Profetas convirtiése en mezquita el año 1633. En las paredes de la sinagoga distínguense aún algunos restos de antiguas inscripciones griegas. Segun la forma de sus letras, deben ser de los primeros tiempos del cristianismo.

A seis kilómetros del convento está la *f fuente del profeta Elías*; para ir, se baja la montaña del lado del Sud; éntrase luégo en un pequeño valle,—llámase el *valle de los mártires*;—remontándolo se halla pronto, cerca del camino, un hermoso manantial que sale de la roca. Atribúyese su origen al Profeta. Las ruinas del convento de San Brocardo están á 150 metros más arriba; aquí vivia el santo monje, prior general, cuando pidió á San Alberto, patriarca de Jerusalem, una regla para los frailes de su órden. Ese convento, que fué frecuentemente saqueado por los árabes y sarracenos, está abandonado há mucho tiempo.

Destruido enteramente en 1238 por un destacamento de esos que, no contentos con dar muerte á toda la comunidad, arrastraron sus cadáveres hasta cerca de la fuente de Elías, llenando con ellos el pilon. Cerca de esas ruinas hay un pequeño manantial, que esconde un agua fresca bajo la bóveda de una roca; como suele no darla sino gota á gota, llorando, como dicen los autores, algunos la han confundido con la fuente de Elías, que es mucho más abundante.

Desde lo alto del monte gózase de una vista admirable; nada tan suave, tan grato como una noche pasada en dulce recogimiento en esta santa montaña; paseando ó sentado en la terraza, elevase el espíritu á las etéreas regiones; ya sea mirándose en un mar de esmeraldas, irisado—de dia—con oro, por los rayos del sol, y—de noche—con plata, por los pálidos destellos de la blanca luna.

(1) Lezan, an. Cristi 40, n. 6.

(2) Rolland, in vita S. Jacobi Porphyron.



Allí el creyente afirmase más aún sus principios, ideas y sentimientos que inspira ó enseña nuestra religion católica, apostólica, romana; el ateo duda, vacila, se alarma, pensando si estará equivocado; si, convencido de que vivia en el mundo sólo para gozar de todo, sin distinguir entre lo lícito é ilícito, entre el *bien* y el *mal*, rindiendo sólo culto á la razon y no al sentimiento, sin respetar más que las leyes humanas, que hay que acatar por deber y por instinto de conservacion,—lo cual no es ningun mérito,—estará, en efecto, equivocado, creyendo ¡craso error! ¡impiedad!... que no hay nada despues de la muerte; que el hombre es cosa, no persona racional, que discurre, que piensa, sino pura materia. Tal es, tan profunda la impresion que causa.

Abriéndose paso á través de los espesos matorrales que guarnecen la colina en que están las ruinas del convento de San Brocardo, y se sube una cuesta de 400 metros, encima del convento actual, se llega á la cumbre de un montículo, en un sitio—hoy muy árido—que llaman el *jardin de Elías*, ó el *campo de los Melones*. Véase la leyenda.

Paseando el profeta Elías en ese sitio, vió un hombre que guardaba ese campo; como tenia hambre, rogóle que le diera uno.—¿Un melon? dijo el hombre. No tengo; eso que veis son piedras.—Y bien, que sean piedras,—contestó el buen Profeta, siguiendo su camino. Instantáneamente trocáronse en piedras los melones; desde entónces sólo se encuentra en él hierba y esos fósiles, aunque ahora en menor cantidad.

Son del mismo tamaño y forma que un melon, compónese su masa de una roca calcárea en la cual hay geodas de piedra de cuarzo; huecos, su cavidad está tapizada de cristales de cuarzo.

Antes de describir el convento haré un breve extracto de su historia; como todos los santuarios, ermitas, iglesias y cuanto se dedicaba al culto, ha sufrido el rigor de los bárbaros invasores muchas veces. La última fué el año 1821.

Ab-dal-Allah-Pacha de San Juan de Acre,—célebre por su crueldad,—pretextando que era un punto cuya situacion tentaria al enemigo á ocuparlo, derribó el convento, la iglesia, cuanto habia; edificando—á su lado—un palacio para tomar el fresco en verano. Veamos de qué manera renació; no fué, como el Fénix, de sus mismas cenizas, sino gracias á la iniciativa, á la energía de un hombre—el P. Juan Bautista Frascati.—Marchóse á Francia; una vez allí, imploró el auxilio de su Gobierno, en virtud de cuyas



reclamaciones dispuso el Sultán, no sólo que restableciese á los Carmelitas en sus antiguos derechos, sino llegó hasta mandar á aquel pachá,—que tenía gran favor con él mismo,—que lo reedificase á su costa—era demasiada exigencia para un pachá.—Además, Fr. Juan Bautista tenía otros recursos. Sin hablar más idioma que el italiano, púsose á recorrer la Europa; de París fué á Berlin, á Viena, siendo acogido en las córtés, en las casas de los ricos y de los pobres; colmado de atenciones y de regalos; era, sin duda Fray Bautista el hombre de moda de la época, *le lion*—como entónces se decia.

Las grandes señoras bordaban para él, organizaban conciertos y loterías; los poetas hacían versos, cuadros los mejores artistas; los compositores, piezas inéditas; los novelistas, reclamationes; todos los Monarcas, embajadores, prelados; en fin, el Rey de Prusia, Federico Guillermo, mandó que se le diera un pase en las diligencias y caminos de hierro para que pudiese hacer su cuestacion en sus Estados.

Edificante ejemplo, grandioso espectáculo, que prueba una vez más cuánto puede, á cuánto alcanza, á dónde llega la devoción, el fervor religioso, cualidades que muchos—desgraciadamente—menosprecian, sin tener en cuenta el respeto debido á las creencias; cuán peligroso es atacarlas; y olvidando que las guerras religiosas son las que más duran y las más sangrientas.

Viendo su obra bendecida por Dios en Occidente, llamó como colaborador al P. Carlos para que la continuara, mientras él regresaba á Oriente para luchar con mayores dificultades. Si en Europa es fácil edificar, gastando dinero, en el desierto, más que el oro, hace falta la paciencia con una voluntad de acero. Fray Bautista se hizo arquitecto, albañil, picapedrero; enseñó obreros que nunca hicieron nada ni visto hacer; abrió cisternas en la roca viva. Mucho es esto... ¿verdad?

Pues aún es más cuando llega el verano: durante seis meses no cae una gota de agua; hay que traerla de la montaña; de manera que cuesta más cara que el vino. Compréndese cuánta energía, qué constancia, qué inteligencia se necesita para emprender y acabar felizmente una obra colosal como es el convento actual del monte Carmelo, y además una iglesia, una hospedería, un lazareto, que tiene un órgano, una farmacia y una biblioteca.

Los peregrinos son tan bien servidos como en Europa; encuén-



transe, además de espaciosas habitaciones, porcelana, cristalería, zafras, cómodas, lavabos, mesas, camas, un gran comedor, anchas galerías, mapas, cuadros y mil cosas más de uso constante, que siempre tenemos á mano sin que sepamos apreciarlas hasta que carecemos de ellas. Las celdas de los frailes, aunque modestamente amuebladas, son grandes y altas de techo: ese convento es, sin duda, el mayor y más hermoso de Palestina.

Visto de lejos parece, en efecto, una fortaleza; su terraza se parece á un glasis; la muralla que la rodea es de piedra; tiene almenas y aspilleras; la ilusión es completa.

Magnífica vista se goza en aquella altura: el Mediterráneo, lago azul, líquido espejo, en cuyas mansas olas se miran las pintorescas costas de Syria, proyéctanse las aristas y empinadas cimas del monte Líbano, y se admira el gracioso balance, la majestuosa marcha de los buques que las surcan. Esto de día.

De noche cambia la decoración: en su tersa, bruñida superficie se reflejan rutilantes estrellas, que forman la córte de su reina, la blanca luna. Descúbrese también el desierto en que están Saida, la antigua Sidon, la reina de los mares, cuyo nombre figura gloriosamente en los anales del mundo, que nos ha dado los más importantes descubrimientos: el de la navegación, y según algunos autores, el de la escritura alfabética—la capital de Fenicia;—Sur, Tyro, la córte de Pigmaleon, padre de Dido, la amante y víctima del inconstante Eneas, emporio comercial, como aquélla; San Juan de Acre, Cesárea—célebre por la ruda, encarnizada batalla que en sus campos se libró, y en la cual los cruzados, mandados por Felipe Augusto, Ricardo Corazón de León y otros bravos campeones, derrotaron á los sarracenos, mandados por Saladino. Cerca de esa ciudad están los pozos de Salomón, unos baños que él mismo mandó hacer para alivio de los enfermos, que abundaban, á causa del calor y de poco aseo; y un gran estanque, que surtía de agua un depósito, debido asimismo á la iniciativa de un Rey tan sabio como galante.

Habiendo sufrido tanta invasión, y dominando há tiempo los turcos este país, excusado es decir cómo estará: abandonado, ruinoso. Tal parece ser su misión: desde Ertogrul, fundador de la dinastía otomana, el primero que concibió y puso por obra una empresa temeraria como salir del fondo del Asia, atravesar inmensos territorios, desconocidos y enemigos, para conquistar los vastos dominios que constituían el imperio bizantino, hasta ahora, jamás



han faltado á la consigna de destruir, talar, quemar; llevándolo todo siempre á sangre y fuego, sin nunca sentir la necesidad, el deber de atender al bienestar del pueblo, haciendo caminos y estimulándolo con el ejemplo, y dando facilidades á reparar, si no todos, al ménos algunos de los destrozos causados.

La iglesia, dedicada á la Santa Vírgen, aunque sencilla, es muy bonita; en el fondo de la nave está la gruta del profeta Elías; encima el coro, adornado con un retrato de San Luis; descíendese á la gruta por algunas escaleras; es veneradísima, tanto por los turcos y los drusos, como por los griegos y católicos. El convento rodea la iglesia en todo su contorno; de manera que fuera no se ve nada, excepto la cúpula.

En el altar mayor está la hermosa y célebre estatua de la Vírgen; la del profeta Elías está en la gruta, debajo del coro.

Aunque sentia separarme del P. Jacinto, superior del convento, cuya conversacion ilustrada, amable carácter y lo bien que trata al viajero ó al peregrino, sea cualquiera su condicion social, me encantaba, era necesario.

Tomé el camino que conduce á Nazareth; alojéme en la Casa Nueva, hospedería de los Franciscanos, y oí misa en la iglesia de la Anunciacion, edificada sobre el terreno que ocupara antes la casa de María. Esta casa fué uno de los primeros lugares honrados por los cristianos, despues de las persecuciones; la piadosa madre de Constantino encerróla en esa iglesia. En una época en que Syria era asolada por los musulmanes—el 10 de Mayo de 1291—los habitantes de Croacia hallaron en una colina, á orillas del mar, en Tersata (1), cerca de Fiume, en un sitio llamado Raunizza, coronando la ladera de un pequeño valle, donde estaba el jardin de una viuda, una casa de piedras encarnadas—desconocida en el país—y colocada en el suelo sin cimientos; tenia una sola puerta y una ventana; interiormente, las paredes estaban cubiertas de cuadros representando los misterios de Nazareth.

El *ban* (2) Nicolás Frangipane fué, con cuatro personas más—entre ellas el cura Alejandro—á Nazareth: encontráronse con que la casa de la santa Vírgen no existia; habíanla arrancado de sus

---

(1) *Tersaticum*, que se ha querido derivar de *Ter-Sanctum*, santísimo.

(2) Gobernador.



cimientos; que no habia ninguna diferencia en la clase de piedras, entre aquéllas y las encontradas en los de la casa hallada en Tersato, ni en las dimensiones del edificio. Hicieron una Memoria auténtica, que confirmó con un juramento. Muchos personajes, que hicieron el mismo viaje, atestiguaron el hecho.

Tres años y siete meses despues—el 10 de Diciembre de 1294—la casa desapareció otra vez; lleváronla á Italia y la colocaron en un bosque de laureles, cerca de Renati; luégo á una montaña cercana y, en fin, á Loreto, donde hace seiscientos años se venera.

La iglesia—encerrada toda en el convento—no es bien proporcionada: su longitud no corresponde, ni mucho ménos, á sus demás dimensiones; el coro está más alto que la nave; súbese por una escalera de doble rampa. A la izquierda, se baja por otra de mármol, que tiene diez y siete gradas, á la capilla subterránea, donde estaba la casa de la santa Vírgen. En el fondo hay un altar colocado en el sitio en que verificó el misterio de la Encarnacion. Debajo, sobre el blanco mármol del pavimento, se leen estas palabras:

*Verbum Caro Hic Factum Est.*

Aquí es donde el Verbo se hizo carne.

Muchas lámparas arden alrededor.

A algunos pasos de allí hay dos columnas de granito, una de las cuales indica el sitio en que estaba el ángel.

«El ángel Gabriel fué enviado por Dios á una villa de Galilea, llamada Nazareth, á una vírgen que se habia casado con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de esa vírgen era María. Y el ángel viniendo á ella dijo: Yo te saludo, llena de gracia, el Señor está contigo... llevas en tu seno un hijo, á quien llamarás Jesús... El santo que nacerá de tí será llamado el Hijo de Dios »—Luc., 26 y siguientes.

Despues de la misa, visité el santo lugar en que me hallaba. La casa de la santa Vírgen estaba adosada á esa roca. Detrás del altar hay una habitacion tallada en la roca natural, que servia de dependencia á la pequeña habitacion de la Santa Familia.

De las dos columnas antiguas que están á la entrada del santuario, una está partida por medio, separadas enteramente las dos partes; la superior sigue suspendida del techo, al cual la sujetan dos barras de hierro.



La iglesia está bien cuidada; muchos buenos cuadros recuerdan las escenas de la vida de Jesús en Nazareth, que la Escritura pinta en una sola palabra: *les estaba sumiso*. Uno de los cuadros representa la Santa Familia; han puesto esta inscripcion: *Hic erat subditus illis*.

Cerca de la casa de María estaba el taller de San José, donde Jesús ha ganado su vida con sus manos. De una hermosa iglesia edificada antiguamente, sólo queda una parte de la pared.

A corta distancia está la fuente de María; iba, como todas las mujeres del pueblo, á sacar agua para su familia, oscura y pobre.

Fuíme en seguida á la iglesia de los armenios, donde estuvo la sinagoga de Nazareth en tiempos de nuestro Salvador; de aquí, á una capilla, perteneciente á los Franciscanos—donde se enseña un bloc, de piedra, que se llama Mesa del Cristo,—*Mensa Christi*,—porque, segun las tradiciones, Jesús solia comer con sus discipulos, antes y despues de la resurreccion.

Estos son los únicos lugares que están consagrados por algunas tradiciones de la vida del Salvador en una ciudad en que vivió tanto tiempo, santificándolo con su presencia, su trabajo y su virtud.

De aquí á Naplusa,—en el camino se encuentra el monte Thabor,—adonde van en peregrinacion los católicos de Nazareth el dia de la Trasfiguracion, y los padres Franciscanos celebran diciendo misa en tres altares construidos bajo pequeñas bóvedas, y el pozo de la Samaritana, donde la Santa Familia apagó su sed cuando huia á Egipto.

En Naplusa sólo hay que ver la casa de Judith, mujer tan hermosa como amante de su patria, cuya abnegacion llegó al punto que sabemos para tener ocasion de librarla de la tiranía de Holofernes. Esta es la penúltima estacion del camino que conduce á la ciudad santa.

La última es Jifnaly, situada en una colina desde donde se descubre á Jerusalem.

Su aspecto impresiona dolorosamente; es el mismo que presentaba en tiempo de la primera Cruzada, segun dice J. F. Millaud, el célebre historiador de ellas. La misma extension, la misma forma ofrece en nuestros dias... La fisonomía de aquellos lugares era idéntica; entónces, como ahora, su escasa vegetacion la formaban el pálido olivo, la higuera. La naturaleza que rodea á Jerusalem se presentó á los ojos de los compañeros de Godofredo del mismo



modo que á mí, humilde peregrino de esta época. Parece que las maldiciones de la Escritura reciben allí su eterno cumplimiento. Sin embargo, las sombrías imágenes de aquellas montañas le sientan bien; justo es que esté muerta la naturaleza al lado del sepulcro de un Dios.

Jerusalén no se parece á ninguna otra ciudad; no es una plaza fuerte, como se ven en Europa; tampoco es una antigua ruina ennegrecida ó cubierta de hiedras; mucho ménos una ciudad moderna animada y bulliciosa; es un vastísimo lúgubre recinto, rodeado de restos de monumentos fúnebres; ningun ruido sale de sus muros, ningun sér viviente recorre los pedregosos senderos de los valles; callan los pájaros, el torrente de Cedron no tiene agua, están secas las piscinas, rotas las rocas de las cercanías, las colinas son montones de arena, la tierra está como quemada y llena de cenizas, los animales campestres no hallan pasto, la muerte y el dolor viven sólo en esa honda soledad.

Entrando por la puerta de Damasco, no se ve en las afueras de la ciudad ni un jardín, ni una casa; nada la separa del desierto que la rodea.

Después de instalarme en la hospedería de los Franciscanos, hice, como es costumbre, la primera visita á la iglesia del Santo Sepulcro.

Antes de describir la iglesia en que está el Santo Sepulcro, hay que recordar que no siempre ha sido como es. Antiguamente el monte Calvario estaba fuera de la ciudad; era el sitio donde ejecutaban á los reos condenados á muerte; el resto estaba rodeado de jardines,—uno de los cuales pertenecía á José de Arimatea, discípulo secreto de Jesucristo,—donde habia mandado construir un sepulcro para él, bien ajeno de creer que un dia serviria para colocar el cuerpo de su Maestro, Nuestro Señor. Así estuvo hasta que Vespasiano y Tito destruyeron á Jerusalén; algunos años después—cuarenta y seis—Adriano permitió á los cristianos reedificar el templo sobre la tumba de su Dios, y encerrar en la nueva ciudad los demás sitios venerados por ellos. Eusebio y Lactancio elogiaron en esa época la riqueza y la dicha de los fieles, que tenian muchas iglesias y celebraban públicamente su culto. Las persecuciones de Diocleciano cerraron esa corta era de bienandanza.

No habian trascurrido tres siglos cuando Kosroes II, Rey de Persia, arrasó esa iglesia; reconquistada la verdadera cruz por Heraclio, Modesto, obispo de Jerusalén, la reedificó; algun tiempo



despues, el califa Omar se apoderó de Jerusalem; pero dejó á los cristianos ejercer libremente su culto; el año 1009, Hakem, que reinaba en Egipto, llevó la desolacion á la tumba de Jesucristo.

Distintas versiones hay sobre quién hizo levantar aún las paredes de la desdichada iglesia: unos quieren que la madre de ese príncipe, que era cristiana; otros que el hijo del califa de Egipto, á instancias del Emperador Argiropilo, permitió á los fieles encerrarse en los Santos Lugares en un nuevo monumento; pero como entónces los cristianos no eran bastante ricos para hacer el edificio que hoy cubre el Calvario (1), como nada indica que los hayan hecho construir una iglesia del Santo Sepulcro, es probable, casi seguro, que la fundada por Constantino ha desaparecido.

Habiéndose apoderado de Jerusalem los cruzados el 15 de Julio del año 1099, arrancaron la tumba de Jesucristo de manos de los infieles; permaneció en el poder de los sucesores de Godofredo de Bouillon ochenta y ocho años, cayendo nuevamente Jerusalem en el de los musulmanes; salvóse el Santo Sepulcro rescatándolo los sirios á mucha costa; monjes acudieron á defender con sus oraciones lugares inútilmente confiados á los ejércitos de los Reyes; así es como á través de mil revoluciones, la fé de los primeros cristianos nos habia conservado un templo que nuestro siglo ha visto perecer.

ADOLFO DE MENTABERRY.

(Continuará.)

---

(1) Se creyó que María, mujer de Hakem, y madre del nuevo califa, hizo los gastos, y que en tan piadosa empresa le ayudó Constantino Monomaniaco.

---



---

# LA UNION ADUANERA CON PORTUGAL.

## I.

La visita que han hecho nuestros Reyes á los de Portugal, síntoma es favorable para entrambos países; porque es probable que en esta entrevista se hayan cambiado impresiones, y ninguna mayor que la que produce el mal que causan al comercio, á la industria y á la agricultura las dos líneas de aduanas en la frontera que nos separan y en donde no debia haber ninguna. Dios, que hizo de un solo pedazo la Península ibérica, no lo ha hecho en vano; por esto los hombres que la hemos querido dividir en dos no hemos conseguido sino empobrecerla y desmoralizarla, que no otra cosa produce el contrabando, hijo de esa separacion contra *natura*.

La union aduanera se impone por sí misma, así como la adopcion de una misma política exterior que sea comun á ambas naciones, conservando cada cual su libertad é independencia. Plugo al cielo que una misma raza en una misma Península se dividiera en dos reinos, y no en vano ha sucedido. Ni conquista ni absorcion es permitido, ni puede intentarse por ninguna. Esto no es obstáculo para que al finalizar el siglo XIX España y Portugal no hagan estériles los adelantos de la civilizacion. Ciertamente sin la union aduanera y la adopcion de una política exterior comun para ambos países, en vano se abririan un ferro-carril tras otro, ni se establecerian una línea telegráfica tras otra, porque la detencion y el registro de la frontera y dos políticas exteriores que permitan á los extranjeros tener siempre un pie en la Península lo esterilizarian; y si continuase por más tiempo seria hacerse merecedores de que la historia fuese severísima con aquellos que por añejas preocupaciones, que hoy no tienen razon de ser, impidiesen el progreso y el bienestar de estas dos naciones hermanas.



No es para nosotros dudoso que en la entrevista de los dos Soberanos se habrá tratado algo de esto; pero si no fuese así, estamos seguros que temprano ó tarde tendrá que suceder.

No será motivo para que no suceda la actitud y el lenguaje adoptado por algunos órganos de la prensa portuguesa en esta ocasion; pues es bien sabido que ha de tardar algun tiempo para que la suspicacia portuguesa cese de ver peligro en la union con España; pero esto no obsta para que los que conocen á Portugal afirmen que la nacion, en su inmensa mayoría, hace tiempo que ni mira con prevencion á los españoles, ni mucho ménos se opone á que se lleve á cabo la union aduanera y la adopcion de una política exterior, comun á entrambas; en una palabra, lo que constituye algo parecido á una hegemonia ibérica.

Es tiempo ya de que ambas naciones recojan por entero el fruto de los gastos inmensos en ferro-carriles y en telégrafos. Y cualquier Gobierno que tenga la fortuna de intentarla y de llevarla á cabo, adquirirá una gloria inmarcesible. Esta empresa, por sí sola, es de más importancia para la Península de cuantas se han llevado á cabo hasta ahora.

## II.

No hay en Europa, desde que Alemania é Italia viven la vida de las grandes colectividades, razon para que la Península Ibérica deje de seguir su ejemplo. Lo impone el adelanto y la seguridad de los dos ilustres pueblos que la habitan; hermanos que se separaron para igualarse en grandeza; grandeza de genio y de espíritu emprendedor; y en prueba de ello ahí están Cervantes y Camoens, Vasco de Gama y Colon.

Cervantes escribe el más popular libro del mundo; Camoens uno de los más grandes poemas; Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza, encontrando así lo tan ansiadamente buscado y deseado, el camino marítimo de la India; Colon descubre el Nuevo Mundo. Estas glorias patrias imponen la necesidad de no oscurecerlas por la absorcion de un Estado por otro.

No es posible realizar la unidad ibérica á la manera de Italia ni de la Alemania. Las dos naciones ibéricas necesitan vivir la vida independiente que la historia les ha trazado. El único modo de llevarla á cabo es el indicado de la union aduanera y de la política exterior.



Nosotros preguntamos: ¿De qué sirve á Portugal su grandeza pasada, hoy que las grandes potencias europeas se han establecido en árbitras de las demás?

¿De qué sirven á España las suyas?

Las grandes potencias son, en efecto, las que se han abrogado la supremacía: deciden la navegacion de los mares de la paz y de la guerra, de la independendencia y libertad de las demás naciones, y, lo que es más, definen y declaran obligatorias las leyes internacionales sin que á los Congresos europeos, en que se reunen, llamen á las demás y no les piden su consentimiento, y sin tener en cuenta que España y Portugal son, en conjunto, de más importancia que algunas de las que se sientan en el areópago europeo.

A la altura de civilizacion á que ha llegado el siglo XIX, no es permitido por más tiempo el abandono de nuestros múltiples intereses industriales, comerciales, agrícolas y marítimos, políticos y coloniales. Es de grande responsabilidad para entrambos Gobiernos buscar un medio de ponerse de acuerdo.

Unidos con este fin, *ipso facto* formarian en el concierto europeo, lo que nos permitiria el defender mejor los mútuos intereses, hoy huérfanos y abandonados.

¿Qué peligro hay en esto para ninguno de entrambos pueblos? Peligro, ninguno.

Ni Portugal perderia su independendencia, ni España la suya. Ni la historia borraría de su página las ilustres que hablan de ambas naciones, ni la absorcion de una por la otra tendrá lugar: porque la independendencia de Portugal está firmada y sellada con la sangre ilustre de sus hijos.

Pero en cambio Portugal, unida con España, pesaria en la balanza europea tanto como cualquiera otra de las grandes potencias. Esto le daria ocasion de defender sus propios intereses, que son los de la Península; así como de tomar parte en la renovacion del mundo que se está operando.

España á su vez obtendria las mismas ventajas, lo cual contribuiria á fortalecer la paz interior que felizmente ha recobrado, y comunicarle mayor fuerza y eficacia para defender en el Africa el punto por donde nuestra Península fué invadida por los árabes.

Impedir que las costas del Mogreb sean un peligro para la independendencia de la Península, interesa á Portugal por igual que á España, como por igual interesa á ambas naciones cuanto es comun á la Península.



Ahí está la historia para demostrar que cuantas invasiones ha sufrido la Península, por igual las han sufrido España y Portugal, y por igual también nos cabe la gloria que en defensa de nuestra patria común hemos conquistado desde Viriato y Numancia en los tiempos antiguos, hasta Badlen y Torres-Vedra en los modernos.

### III.

La union aduanera se impone por sí misma. Es inmoral para ambos países el consentir el contrabando que en perjuicio de las dos naciones crea, sostiene y protege esa línea de la frontera que nos separa.

Mientras el telégrafo y el ferro-carril no han existido, hemos permanecido más alejados, por decirlo así, que los pueblos que los mares separaban antes del descubrimiento de América.

Así se concibe que antes del ferro-carril se ignorase en Portugal por completo el estado del arte de la literatura y de la ciencia en España, y hasta se desconociese el nombre de nuestros más ilustres repúblicos. Excepcion hecha de los contrabandistas de ambos países, ningun portugués ni español visitaban la otra mitad de la Península en que habian nacido. El estado de extrañamiento fué tal, como lo prueba el elocuente testimonio del proverbio portugués: «*De España ni bon vento ni bon casamento;*» proverbio de cuyo espíritu estaban inspiradas en Portugal mayormente las clases ilustradas, como lo prueba lo que el diputado portugués Costa-Cabral, hermano del famoso conde de Thomar, repetia en la Cámara de Diputados con ocasion de un tratado de extradicion que hace treinta y dos años se hizo entre ambos países.

Afortunadamente hoy han cambiado las cosas merced, como hemos dicho, al ferro-carril, que ha puesto en comunicacion á ambas naciones y hecho desaparecer con el trato las preocupaciones antiguas que pugnaban con la civilizacion del siglo XIX.

En realidad, hoy, no existe en España ni en Portugal prevenicion alguna de las que antes se oponian á que estrechasen relaciones, necesarias para el adelanto comun. Excepcion hecha de algunos políticos en Portugal que creen, erróneamente, que halagan al pueblo portugués haciéndose pasar por celosos de la independencia de la nacion. Pero por fortuna eso pasará, porque cada dia que pasa, viene á enseñar á los portugueses que lo que se hace contra



la ley de lo natural no es posible hacerlo prevalecer por largo tiempo.

La naturaleza ha hecho una la Península que los hombres han intentado romper en dos, y en vano seguirán intentando sustraer al mútuo contacto á dos pueblos hermanos que necesitan, para moverse y trasladarse á otras naciones, pasar y repasar sus respectivas fronteras y cambiar sus mercancías ó hacerlas caminar por el territorio, ora español, ora portugués, si van encaminadas para fuera de la Península. En vano seguirán impidiendo que la frontera desaparezca para ambos países; aunque no sea más que por lo inmoral del contrabando, que es su producto.

El contrabando que se hace en ambos países, los arruina, degrada y envilece, y este estado de cosas no desaparecerá mientras que en la línea extensa que nos separa existan las aduanas, allí donde no debe haber ninguna. Nuestras provincias de Galicia, de Leon, de Extremadura y de Andalucía, que confinan con Portugal, están siendo en la frontera víctimas de la inmoralidad del contrabando, así como de barrera política que se levanta entre ellas y sus confines las portuguesas, víctimas á su vez tambien, y la riqueza y el bienestar no reinará en ellas mientras no se lleve á cabo la union aduanera.

La separacion, violentando todas las leyes económicas que la frontera ha producido entre España y Portugal, causa principal es de la decadencia de ambas naciones.

Si la industria, si la agricultura han decaido, á ella se le debe, á ella se debe tambien la desaparicion de pueblos á lo largo de la frontera que ha mermado su poblacion. El que no sean navegables los rios más caudalosos que atraviesan á entrambas naciones y cuya desembocadura en el Océano posee Portugal, como son, el Duero, el Tajo y el Guadiana, tambien es su consecuencia, privando así á la Península de la riqueza inmensa que sus aguas, ora para riego, ora para conducir las mercancías por la vía más barata, que es la fluvial, hubieran producido.

Nunca perdonará la historia á Felipe II el no haber establecido la capital en Lisboa.

El pudo escoger capital, y Lisboa nos hubiera asegurado nuestra supremacía en los mares, porque no hay que olvidar que como Península requiere que el poder marítimo sea el principal, así como las demás naciones continentales exigen que lo sea el ejército de tierra.

Todo el mundo sabe que los Reyes Católicos, con el fin de ci-



mentar la union de Castilla y Aragon, se impusieron la pena constante de vivir en continuo viaje, para que ninguna ciudad por celos produjera una excision. Sin capital fija, pues, estuvo España durante todo el reinado de estos excelsos Monarcas y durante el de su hija doña Juana la Loca, el de su nieto Carlos V y de su biznieto Felipe II; por lo tanto, él pudo ya establecerla en Lisboa, cuya conquista realizó y asegurar así la grandeza de la Península. La historia, pues, como decimos, lo hará responsable de los males que la separacion de Portugal ha traído á entrambos países.

#### IV.

La decadencia del poder marítimo, colonial y comercial de Portugal es grande, y no volverá á recobrarlo hasta el dia que deje de estar separada de España y aislada y sometida á la influencia extranjera.

Cuando Alfonso VI de Castilla investia á Enrique de Borgoña con el feudo de la Lusitania, probablemente no adivinó la grandeza y la gloria que habia de alcanzar un dia Portugal; grandeza y gloria que eclipsó á la de las demás naciones, excepto á su hermana España.

Su poder marítimo y sus colonias en América, Asia y Africa la hicieron al par de España la más importante nacion. El Brasil en América, el archipiélago de las islas Azores en la mitad del camino de Europa á América, en ésta el Brasil, la isla de la Madera y las de Cabo Verde; muchas factorías en el Congo, la capitanía general de Mozambique, Diun, Daman, Goa, Macao y la isla de Fimon en Asia; tal ha sido y es el número é importancia colonial del reino lusitano, excepto el Brasil, que en 1822 se declaró independiente.

Alfonso I de Avis, hijo de Enrique de Borgoña, se declaró independiente despues de la victoria de Ourique en 1113. Las glorias militares y políticas de esta dinastía de Avis no concluyen sino cuando ella acaba en la persona del infortunado D. Sebastian, que murió en Africa en la memorable batalla de Alcazar-Quevir en 1578. Esta catástrofe, la más trágica de cuantas en los tiempos modernos han sucedido, fué la causa de que Portugal perdiese su independendencia entónces y fuese sometida al poder de España. Catástrofe que, hemos dicho, ha sido la más trágica de cuantas hay memoria, y la más romántica en consecuencias de todo género. Todo el mundo sabe la historia del pastelero del Madrigal, quien quiso



hacerse pasar por D. Sebastian, y todo el mundo sabe que existe aún en Portugal una creencia de cómo algún día debe reaparecer el infortunado príncipe D. Sebastian, que no consideran muerto, y sí vivo, *por la gracia de Dios*, que quiere vuelva la dinastía de Avis á reinar en su persona. Estos sectarios se conocen allí con el nombre de sebastianistas, que pertenecen al pueblo y son pocos en número.

Felipe II, como hemos dicho, cometió la falta de no haber establecido la córte en Lisboa, falta que agravó el mal gobierno de los reinados de Felipe III y Felipe IV, en que lo volvimos á perder en 1640. Falta grande de nuestros Gobiernos, que dieron tan triste resultado; pero falta también de Portugal, que al resucitar á la vida independiente, no tuvo en cuenta que, interrumpidas sus relaciones con el mundo desde la muerte de D. Sebastian, sus colonias ya no podían vivir la vida espléndida de otros tiempos, sino al calor de España. Y así sucedió. La pérdida de su grandeza antigua trajo también la necesidad de buscar aliados que pronto se convirtieron en algo más; así es, que ha vivido bajo la influencia francesa hasta Pedro II y después bajo la inglesa.

El gran Pombal, ministro del Rey José, quiso emanciparla; pero sus esfuerzos patrióticos fueron inútiles, y el mundo contempló más tarde que si Portugal existía era á condición de ser una colonia inglesa, cuando se dió el caso de encargar al embajador inglés Barendson de esta regencia del reino durante la ausencia en el Brasil del Rey de Portugal durante la invasión francesa en la Península.

Portugal, cuya historia heroica nos ha hecho admirar y querer el poeta más elocuente de los tiempos modernos, Camoens, que en un arranque de patriotismo dice á D. Sebastian que vale más ser Rey de Portugal que de todo el mundo entero; Portugal, repetimos, ha preferido, como vemos, sufrir la tutela, ora de Francia, ora de Inglaterra, que verse unida á España, privando así á la Península de su coadyuvación en el bienestar.

Y cuando ha querido arrojarla no ha podido, aún secundada y dirigida por el grande hombre de Estado Pombal. Y no lo emancipará mientras no se alie con España: que es su hermana en sangre, en glorias é infortunios. Alianza que reclama la geografía, la historia, la naturaleza, Dios.

Nosotros que, en nuestra juventud, hemos vivido en Portugal en medio de aquella sociedad distinguida; en medio de aquellos hombres que saben aliar el valor más heroico con las costumbres más



dulces y virtuosas, hemos concluido por admirar y querer este gran pueblo, modelo de virtudes. No es extraño, pues, que hayamos deseado y deseemos ardientemente que se acerquen, se estimen y aunen sus esfuerzos para engrandecimiento de nuestra patria comun, que es la Península. Pero siempre que hemos querido contribuir con nuestra palabra á ello nos han sellado los labios las revueltas de nuestra patria. Estábamos convencidos que sin asegurar la paz y el orden en España era en vano intentarlo; porque Portugal, que hace tiempo logró vivir la vida ordenada de las naciones que se respetan á sí mismas, no aceptaria la alianza hegemónica en condiciones tales.

Mas hoy que afortunadamente goza España de los mismos beneficios y que la visita de los Soberanos ofrece ocasion propicia, hemos creido aprovecharla en bien de nuestra patria comun, que es la Península, pidiendo para ella *una* aduana y una política.

Pero ya que no sea posible por ahora lo último, al ménos la union aduanera se impone por sí misma.

No es posible que las dos naciones vean abrirse cada dia nuevas líneas férreas que las abracen y las estrechen si se interpone entre ellas la aduana fronteriza.

Cuando se echa una ojeada sobre los datos estadísticos recogidos desde hace treinta años, del contrabando que se viene haciendo en la frontera portuguesa y de sus fatales consecuencias, el corazon se nubla de amargura.

El primero que por orden de nuestro Gobierno hizo un trabajo estadístico acerca de este particular, fué el ilustre autor del Diccionario de Sinónimos, con que ha enriquecido nuestras letras, y cónsul nuestro en aquel entónces en Lóndres, el Sr. de Mora.

Por este trabajo, precioso en datos, sabemos que sólo en mercancías inglesas entraban en España cada año por la frontera portuguesa un valor que ascendia a 100 millones de reales próximamente, privando así al Erario español de 25 millones anuales y haciendo irrisorias nuestras leyes fiscales, que hechas entónces principalmente con el objeto de proteger nuestros algodones catalanes en contra de los ingleses, éstos entraban sin pagar un cuarto, burlando nuestra accion fiscal y haciéndolo con toda seguridad é impunidad, porque lo largo y extenso de la línea fronteriza con Portugal hace imposible el evitar que éntre el contrabando.

Añádase á lo extenso de la línea el que como el contrabando lo hacen los que á la vez son ladrones en cuadrilla, han producido el alejamiento de la frontera de la poblacion, que ha concluido por con-



vertirse en un desierto, interrumpido sólo de vez en cuando por algún que otro edificio en donde sólo se albergan los contrabandistas de ambos sexos, y en donde también se almacenan las mercancías que son objeto del fraude.

Baste sólo contemplar los datos estadísticos hechos en tiempo de Augusto que arrojan la suma de más de cinco millones de habitantes que faltan hoy en esa línea extensa que el contrabando ha convertido en una tierra despoblada, empobrecida y desmoralizada.

¿Pero es que Portugal no ha sufrido ni sufre por el contrabando?

Algunos, que no han estudiado bien la cuestión, suponen que antes bien se han aprovechado, puesto que merced al contrabando de algodón que los ingleses hacen por Portugal en España, se han establecido fábricas de estampado en el reino lusitano; es decir, que el algodón en blanco lo compran los portugueses en Inglaterra, y luego lo estampan en Portugal antes de introducirlo de contrabando en España.

Es verdad que algunas fábricas de estampado se han establecido en Portugal á causa del contrabando con España; pero si bien al principio se creyó que el negocio era bueno y prosperaría, después empezó á decrecer y hoy es nulo, mientras que el contrabando que de España entra en Portugal aumenta cada día, gracias á nuestros adelantos fabriles, á nuestras reformas de aranceles y sobre todo porque el ramo principal que lo constituye es el tabaco, y nosotros hoy lo tenemos más barato, de mejor calidad y mejor elaborado. Cálculase en una suma de 45 millones que entrará en Portugal de España, de los cuales el tabaco constituye una gran parte.

Así vemos que hoy Portugal va cada día atrasándose en riqueza y decreciendo su industria, su comercio y su agricultura. Así vemos que la prensa, que las Cámaras y que el Gobierno están hoy más preocupados de la cuestión financiera que de ninguna otra.

Por esta razón creo propicio el momento de iniciar la cuestión de la unión aduanera, porque sólo así se podrá salvar Portugal de una ruina completa de su riqueza pública.

Para concluir, diremos que hay un indicio más claro y elocuente de que no tardará en ser una realidad la unión aduanera con Portugal, y es el párrafo que en el discurso del Trono leído ante las Cámaras portuguesas el 2 del actual se dedica á la importancia de nuestras relaciones, que dice así:

«La construcción del ferrocarril de la Beira, que está para concluirse, y la del ferrocarril del Duero, que progresa con actividad y



»con el plausible desenvolvimiento, exigen por un lado *que no haya*  
»*solucion de continuidad en el país vecino*, y por otro que se *mejore*  
»*el acceso á los puertos* y que se facilite la carga, descarga y repara-  
»cion de las naves que vinieren junto á las estaciones extremas para  
»*sostener el movimiento de estas vías aceleradas.*»

Y como el medio más eficaz de conseguirlo es la supresion de la frontera que contra la naturaleza de las cosas nos separa y perjudica por tanto al bienestar de ambos países, de aquí el esperar nosotros que no tardará en llevarse á cabo la union aduanera, que doblará la poblacion y la riqueza de la Península, haciendo tambien desaparecer lo inmoral del contrabando que se hace por la extensa línea de la frontera portuguesa, suprimiéndola.

## V.

¿Pero estos grandes y levantados pensamientos del Gobierno portugués encontrarán eco en la prensa y en el Parlamento lusitano? Sí lo encontrarán, y no sólo lo encontrarán, sino que la opinion pública lo alentará para desenvolverlos hasta sus últimas consecuencias. Nos anima á hacer esta afirmacion el estudio detenido que hemos hecho de las manifestaciones de la prensa portuguesa con motivo de la régia visita, que, excepcion hecha de un solo periódico, ha convenido en una solucion trascendental y patriótica, á saber: que guardando cada nacion ibérica su independencia, sus respectivos Gobiernos, de comun acuerdo y prontamente, procedan á suprimir *las barreras ficticias*, que están siendo un obstáculo al desenvolvimiento de las relaciones comerciales de entrambos pueblos.

Si nosotros no hubiéramos sido siempre partidarios de la libertad de la prensa, lo hubiéramos llegado á ser hoy, aunque no fuese más que por haber por este medio conocido el estado de la opinion pública en Portugal en este punto, que tan halagüeñas esperanzas despierta en el alma de todo buen español.

¡Qué gran consuelo y qué gran esperanza nos ha proporcionado la prensa de todos los países con motivo de la visita de nuestros Reyes á los Monarcas portugueses!

Los periódicos ingleses se han ocupado mucho de ella, y el *Times* en particular *se ha regocijado de ver cumplidas sus previsiones acerca del particular.*

Los franceses tambien prestan atencion benévola y han dado



cuenta minuciosa de los festejos. Lo propio hace la alemana y la austriaca.

Y por último, la italiana felicita cordialmente á las naciones ibéricas que se buscan y se estrechan y la *Gazzetta d'Italia*, más afectuosa si cabe, añade: «Todas las naciones europeas deben regocijarse y *benedicir* su union.»

Sólo el corresponsal de *Le Temps* ha disentido de la prensa extranjera, no en la expresion de benevolencia, en la que ha igualado á los demás, sino en la apreciacion de la opinion pública en Portugal.

Señalaremos los errores en que el referido corresponsal ha incurrido en su carta, inserta en el número de *Le Temps* correspondiente al día 17 del actual, y fechada en Lisboa el 12. Dice así:

«En la mañana, fuimos sorprendidos con una niebla en el Tajo que ocultaba la orilla opuesta y que daba al muelle, á las lanchas, á los barcos cerca de la playa y á los buques que levantaban el ancla en medio de este rio, en calma como un lago, enteramente el aspecto de una marina flamenca. Se creía uno en Holanda hasta que llegó el medio dia; y ciertamente la animacion en los barrios del comercio, en donde las gentes van y vienen con aire de hombres que tienen que hacer, y en donde los almacenes permanecen abiertos y concurridos aún en los momentos más críticos de las fiestas reales, en una palabra, todo prueba que Lisboa es una ciudad práctica y laboriosa como lo son los más grandes puertos del Norte de Europa.

»El comercio es en Portugal un Estado dentro del Estado; porque los negociantes y la poblacion considerable que el movimiento comercial hace vivir, desde el marinero y el cargador del muelle hasta el comerciante y el corredor, forman una capa poderosa y bastante indiferente á las disputas bizantinas de los partidos políticos, salvo, sin embargo, los momentos de agitacion y de maniobras electorales, en los cuales los periódicos de Oporto y de Lisboa, las diputaciones del comercio y de la clase media hacen llegar hasta Palacio y delante del Rey sus enérgicas protestas contra los políticos de profesion.

»Las ideas liberales dominan en el comercio y en la clase media portuguesa, que se enriquecen cada dia más y tomarán, más tarde ó más temprano, la direccion de los negocios públicos, quitándose los así de las manos á una nobleza cortesana y á los *condottieri* políticos que rodean la mayor parte del tiempo á los príncipes de la casa de Braganza, segun dicen los mismos portugueses. «En estas clases de la sociedad portuguesa se ha visto con bastante indiferencia la visita del Rey y de la Reina de España;» y en la carrera del cor-



tejo real, como en los sitios en donde D. Luis se ha presentado en público con sus huéspedes, he visto que la curiosidad dominaba; ni un grito, ni una cabeza descubierta; y el mundo elegante de los balcones y ventanas, como la multitud en la plaza del Comercio, acogieron con risas y silbidos la tentativa hecha por los oficiales de artillería para decidir á los soldados á dar un viva al pasar la carroza régia.

»Sin embargo, no fué esta frialdad glacial una manifestacion hostil contra España ni contra su Soberano; al contrario, toda la prensa portuguesa, así como las autoridades y particulares, han rivalizado en hacer al Rey y á la Reina, á los altos funcionarios y á los periodistas españoles una acogida especialmente cordial; pero á pesar de todo, en el fondo la indiferencia ha predominado y áun dejado traslucir un poco de desconfianza. Los liberales y las clases acomodadas, en las que predominan las inclinaciones progresistas, temen que el rey no vaya á buscar en la restauracion española y en la amistad del Gobierno de Madrid un apoyo contra la fuerza de las ideas democráticas y liberales en Portugal. Pero al hacer estas reservas, los habitantes de Lisboa han querido tambien dar brillo y ostentacion á los festejos, y yo no concluiría si tuviese que enumerarlos todos, etc.»

Hasta aquí el corresponsal. Y nosotros empezamos rectificando. El primer error en que ha incurrido el corresponsal de *Le Temps*, es sin disputa alguna en atribuir á la clase comerciante de Portugal prevencion contra nuestros Monarcas; y no tenemos más que recordarle el magnífico baile que esta importantísima clase dió á los Reyes, y que superó á cuanto se podia esperar.

Este baile, que por sí sólo bastaria á probar que esa clase rica é ilustrada, que sin disputa alguna es el nervio más fuerte y poderoso que hoy tiene Portugal, no sólo ha visto con placer grande la visita régia, sino que espera sea causa y origen de que desaparezcan las trabas que al comercio pone la aduana fronteriza. Pero cuando á esta manifestacion pública y solemne se agrega el testimonio de los órganos que en la prensa defienden los intereses del comercio portugués, que, como hemos dicho, han convenido en la urgencia de que ambos Gobiernos se pongan de acuerdo para echar abajo *las barreras ficticias* que impiden el desenvolvimiento del comercio de las dos naciones, entónces no cabe duda del error cometido por el citado corresponsal.

Y es claro que el ilustrado comercio de Portugal haya visto con placer, ¿qué decimos con placer? con júbilo, la visita de los Sobera-



nos, puesto que conoce que su riqueza particular, como la del país, se acrecentarán con la union aduanera; porque al desaparecer la aduana de la frontera, el comercio de buena fé triplicará.

Tampoco estamos conformes con la otra apreciacion que hace el corresponsal de *Le Temps*, de la aristocracia y de los hombres políticos de Portugal.

La aristocracia portuguesa es de abolengo. Sus gloriosos nombres son conocidos de Europa, ¿qué decimos de Europa? del mundo entero, que ha ilustrado con sus grandes y heróicos hechos de armas y descubrimientos marítimos.

«As Armas, e os Baroes assinalados,  
Que da Occidental praia Lusitana,  
Por mares nunca d'antes navegados,  
Passáram ainda além da Taprobana:  
Que em perigos e guerras esforçados,  
Mais do que promettia a força humana,  
Entre gente remota edificáram  
Novo Reino, que tanto sublimáram:

E tambem as memorias gloriosas  
Daquelles Reis, que foram dilatando  
A Fé, o Imperio; e as terras viciosas  
De Africa, e de Asia, andáram devastando:  
E aquelles que por obras valerosas  
Se vao da lei da morte libertando;  
Cantando espalharei por toda parte,  
Se a tanto me ajudar o engenho, e arte,»

como dice el inmortal Camoens en *Os Lusíadas*.

Desde su inmortal Vasco de Gama, cuyo descendiente hoy lleva el título de marqués de Niza, hasta los duques de Saldaña y de Terceira, no hay ningun par do regno que no figure entre los nombres ilustres que son conocidos de cuantos se dediquen al estudio de la historia universal. Y en cuanto á sus hombres políticos, seremos pocos, porque ellos se bastan y se sobran para atestiguar á las gentes cuán poco benévolo ha sido con ellos el citado corresponsal.

El ilustre jefe del partido conservador, el Sr. Fontes, es uno de los hombres de Estado que más valen en Europa, y en la actualidad ocupa el poder, y si lleva á cabo la union aduanera, como todo lo



hace presumir, se levantará muchos codos por encima de los que le han precedido en la historia de su país. No es ménos ilustre el Sr. Braancamp, jefe del partido progresista, cuya iniciativa y amor al progreso y adelanto son bien conocidos y lo hacen una prenda segura del bienestar futuro de Portugal. Y por no lastimar á los que quedasen por mencionar, no nombramos á los demás que en los diferentes partidos políticos se distinguen por su patriotismo, abnegacion y desinterés, que es preciso confesar es comun, así en España como en Portugal.

Y el mayor error que ha cometido á nuestros ojos el corresponsal de *Le Temps*, es no mencionar al pueblo, que es quizá, á nuestro juicio, el que le da á Portugal mayor y mejor colorido entre todas las naciones del universo.

Es el pueblo portugués el pueblo más sencillo, más laborioso y más moral de la tierra, como lo prueba el haberse suprimido en Portugal la pena de muerte hace muchos años, por la razon de no haberse, desde tiempo inmemorial, cometido delito alguno que la mereciese.

En este punto no queremos privar á nuestros lectores de las modestas, sencillas y sentidas frases con que así lo pinta el *Jornal do Commercio* del dia 14:

.....  
 .....

«Vae em breve fallar de nós a Europa. A imprensa, que é o cerebro das nações, repercutirá, pelas suas linguas innumeradas, o êcco das impressões dos jornalistas que, n'esta occasiao excepcional, nos visitaram.

»Nao poderao os nossos collegas estrangeiros dizer certamente que, vendo Lisboa, viram a capital de um grande paiz; nao terao por que ser deslumbrados com magnificencias, como as de Londres, com esplendores, como os de Paris, com bellas monumentaes, como as de Roma; mas poderao dizer que viram a capital de um povo culto, onde se ama o progresso e a civilisação, onde se presta homenagem acrisolada á liberdade, onde a educaçao moral tem um nivel levantadissimo, onde nao ha as opulencias deslumbrantes, nem o vergonhoso pauperismo, onde reina a tolerancia e se desconhece o carrasco, onde se nao ha sabios que encham o mundo com a gloria dos seus nomes, ha cultores distinctos da sciencia em todos os ramos, onde o rei é bemquisto, a rainha adorada, e, sobretudo, onde se aboliu a pena de morte por desnecessaria.



»Este titulo, quando outros nao tivessemos á consideração das nações cultas, é já por si de superior gloria e de alta significação moral, porquanto nós nao riscámos a pena ultima do nosso codigo, por mera obediencia a uma theoria; mas depois d'ella ter alli existido por muitos annos, sem ser necessario applical-a, se provou que se podia abolir, sem risco para as garantias da sociedade, como os factos, depois d'ella abolida, vieram ainda confirmar.

»E se os estrangeiros, admirando este doce clima, este céu formoso e limpido, esta suave e clementissima temperatura de janeiro, podem confessar, com justificada inveja, que a natureza foi, para comnosco, prodiga nos seus dons, poderao tambem reconhecer que a belleza do firmamento como que se espalha na alma d'este povo, heroe na lucta, martyr na abnegação, doce e meigo de character, digno da estima e das sympathias do mundo.

»As nossas festas sao modestas, como é proprio d'uma nação pequena e que tem as suas melhores forças empenhadas na sua regeneração financeira, economica e industrial; as nossas festas nao teem o deslumbramento do fausto, conhecido por todos os que teem assistido aos grandes festejos das principaes nações da Europa; mas teem o merito da espontaneidade, um ar de franqueza familiar, de satisfação geral, que nao é commum nas grandes nações, onde os acontecimentos passam desapercibidos ou indifferentes para a enorme maioria do povo.

»E depois, esta boa e honrada indole dos portuguezes nao é excepcional como as festas; é a de todos os dias, é a sua indole habitual, é a sua physionomia constante.

»Se n'esta occasiao se ataviam com as suas galas mais ricas, nao precisam ataviar o espirito, nao precisam compor o animo para apparecerem, porque apparecem taes quaes sao, bons, leaes e honrados.

»Talvez os nossos collegas estrangeiros nao possam tomar nota d'estas feições caracteriscas do nosso povo, e sao ellas seguramente as mais importantes e distinctivas.

»Todavia julgarao de nós pelas suas impressoes, transmittirao a todo o mundo ó reflexo d'essas impressoes; e, se nao podem dizer que somos um grande povo, dirao con certeza que somos un povo digno. Essa justiça hao de fazer-nol-a; e essa justiça nos basta.»

Página elocuente, que rebosa en muestras de virtudes y en expresion de sentimientos, que por sí solos bastarian á ennoblecer á la prensa y al pueblo lusitano, si de antiguo no estuvieran ya tan elevados y ennoblecidos.



No ménos injusto ha sido con el Rey de Portugal, cuando atribuye la frialdad que notó el corresponsal de *Le Temps* en el recibimiento á la creencia de que este Monarca busca en la entrevista régia una alianza con el Rey de España, que lo ponga á cubierto del empuje de la democracia; creencia que, segun él, la tienen principalmente la clase media y los comerciantes.

Basta reflexionar acerca de los antecedentes de la entrevista, para probar su error.

El movimiento de atraccion entre los dos pueblos ha comenzado con la construccion de las líneas férreas, que los unen ya por diferentes partes; así es que cuando se terminó la línea de Cáceres, y en su inauguracion se avistaron en esta ciudad los Soberanos, no podian evitar en esta ocasion el invitarse mutuamente á visitar sus respectivos países.

Al de Portugal le cupo la gloria de ser el primero, y ésta, y no otra, ha sido la causa natural de tan halagüeño y feliz acontecimiento. No hay que buscar, pues, fuera de ésta, razon alguna para explicarlo; pero aunque la hubiera, nunca seria la causa, de la frialdad de la clase media y comerciantes, que dice notó, en el recibimiento de la córte española, la que le atribuye; puesto que está desmentida pública y ostensiblemente con el baile que el comercio de Lisboa dió á SS. MM., baile que dejará memoria por su esplendidez y por las muestras de afecto solícito que los principales comerciantes de Lisboa y Oporto dieron á SS. MM. el Rey y la Reina de España.

Más errado anda en la carta posterior que publica *Le Temps* del dia 21, fechada el 16. En ella habla con insistencia de cómo «los ministros y periodistas españoles se vieron contrariados con la frialdad del recibimiento, porque ellos llevaban la idea de que el Rey de España seria aclamado como corresponde al futuro jefe de la Union ibérica; idea de la cual no desisten, y de la que debieran desistir, porque el pueblo lusitano no quiere correr aventuras políticas con España, sobre todo en la conquista de Marruecos, que nos atribuye. Y además, no quiere con nosotros tampoco estrechar relaciones comerciales, que de ninguna utilidad le serian.»

No. No hay en España hombre alguno político, que de sensato se precie, que abrigue hoy pensamiento alguno de forzar la voluntad del pueblo portugués á nada que sean aventuras. Respetan su independencia, que tan gloriosamente ha consignado la historia y confirmado el tiempo. La córte, los ministros y los periodistas españoles no han llevado más idea que la de dar gracias á Dios, que ha se-



ñalado en el tiempo la hora en que dos pueblos hermanos, que sucesos pasados separaron, se unan y se estrechan, y despues de verse, al contemplarse, empiezan por cambiarse impresiones, y que, como hemos dicho al comenzar este artículo, la que más pronto resalta es la ruina y la inmoralidad que es para las dos naciones la extensa aduana fronteriza, que las ha despoblado y empobrecido; y créalo el corresponsal de *Le Temps*, esa frontera ó *barreira ficticia*, como la llaman los diarios de Lisboa y de Oporto, caerá, para dar lugar á la union aduanera con Portugal, que doblará nuestra poblacion, bienestar y riqueza.

Y si hubiese todavía algo que se opusiese á ello, desaparecerá pronto; desaparecerá cuando en Mayo vengan los Reyes portugueses á devolvernos la visita. Para entónces verán nuestros vecinos que el entusiasmo público estallará con más fuerza que nunca; que aclamarán á los Reyes de Portugal como á los jefes de una nacion hermana, á quien el aura bonancible impele para echar al olvido antiguos agravios, para no acordarse más que de subsanar los males que al comercio y al bienestar comun se les ha causado por un alejamiento punible.

Para concluir, diremos al corresponsal de *Le Temps* que se le ha escapado el efecto que la oratoria, el *savoir faire*, la afabilidad y talento de nuestro Monarca D. Alfonso XII han producido en Lisboa. Todos los periódicos portugueses están conformes y unánimes en confesar que si en algo han podido mortificarles algunas correspondencias que sobre los festejos han publicado los diarios de Madrid, todo se lo ha hecho olvidar el apuesto y donoso Monarca español, que en conversacion particular, en brindis oficiales, y en una palabra, en todos sus actos, ha sabido granjearse el respeto y el cariño de los portugueses.

Estamos seguros de que un dia no muy lejano, España y Portugal estarán unidos por medio de una liga aduanera que trasformará en bienestar los apuros financieros que hoy afligen á nuestros vecinos, hijos principalmente de la aduana fronteriza, é igualmente desenvolverá en nuestra patria los gérmenes de riqueza de que con mano pródiga nos dotó la Providencia.

ENRIQUE TAVIEL DE ANDRADE.



---

## EL MATRIMONIO VIEJO.

---

(NOVELA SIN ARGUMENTO.)

Santos placeres de la familia cristiana, dulcísimos misterios del hogar, ¡cómo vais desapareciendo de entre los hombres, cegados sólo por la avaricia! ¡Cuán frío y desierto se ve hoy el sagrado recinto, antes siempre tibio, con el aliento de la esposa, donde han nacido los hijos, donde se hallan el descanso y la paz del alma, hoy más necesarios que ayer!

Pero esto no es de la historia.

---

Soledad y Martin se amaban, cuando ella contaba apenas quince años y él veinte. Ella era débil y delicada; él, fuerte y vigoroso. Ella era una niña; él, un hombre. Ella era tímida, inocente, ignorante y confiada; él sabia prestar á sus ojos una luz extraña donde resplandecía el valor y la osadía. Los más duros cazadores del término le respetaban por su fortaleza y buen ojo; domaba un potro como guiaba un carruaje, y era infatigable en la carrera. Habia estudiado en Madrid, conocia el mundo, tenia ya su título de abogado, y sabia de quién debia fiarse y de quién no. Además, aquella sonrisa tan franca y tan bondadosa que á todas horas iluminaba su semblante, mostraba bien su corazon honrado. Quería y era querido de todos, y á no ser por la edad, ya le hubieran *sacado diputado* por el pueblo. Hijo de padres ricos y muy amigos de la familia de Soledad, alabábanle por galan y airoso las mujeres, y todas las muchachas le querian para sí. ¿Qué más podia desear la soñadora rubia que en su adolescencia sentia vagamente tornarse el cariño de hermano, nacido en la infancia, en ardiente aunque suave afecto, aún envuelto entre las brumas rosadas de la ignorancia infantil?

Martin sentia de otra manera y, amando más á conciencia, prefe-



ria, sin embargo, una frase viva y pintoresca, una salida inesperada ó picante, á los eternos juramentos y los diálogos soporíficos de las novelas por entregas ó de los dramas que admiran y aplauden los románticos *pornográficos* del día, hartos ménos favorecidos del gusto que aquellos que en 1837 se enamoraban con versos de *El Trovador*. Hombre viril, dotado de constitucion robusta y de inteligencia serena, cabian en su alma todas las ternuras, pero sin ahogar nunca la voz severa de la razon y del deber. Tal cúmulo de dones se fundian en una alegría perpétua, porque en el organismo humano el equilibrio proporcional de las fuerzas es la felicidad.

¿Cómo llegaron á amarse? Niños, jugaron juntos; sus casas hallábanse unidas por una pared comun; las familias de uno y otro, que representaban la única y respetada aristocracia del pueblo, estaban unidas por lazos de antigua y firme amistad, y Dios habia puesto en ambos espíritus la atraccion inexplicada por la que todos nos sentimos arrastrados, una vez cuando ménos en el mundo, hácia otro sér, acaso semejante, acaso antítesis del nuestro; sér que recordamos haber conocido, cuyo acento ha sonado dulcemente en nuestros oídos en otro tiempo, en cuyos ojos hay un fulgor que ya nos tuvo magnetizados; sér cuyas palabras expresan nuestros pensamientos, complemento de nuestra alma, deseo insaciable de toda nuestra vida.

¿Cómo se lo dijeron? Al verse por primera vez despues de tres años de ausencia, cuando Martin volvía honrado con un noble título, habiendo conquistado el derecho de trabajar y de ser útil á sus semejantes. Se lo dijeron con una mirada, bajo el dosel del cielo, alumbrados por el sol de Junio y festejados por los alegres trinos de las aves de los campos.

¡Cuánta felicidad sin mancha! ¡Qué de silenciosos éxtasis ante el espectáculo de la naturaleza, no subordinada al ruin capricho de un hombre, sino libre y espontánea, dueña de sí propia, como germina en las entrañas de la tierra fecundada por el astro del día, como únicamente es bella y grande y admirable, como surge en la extension para despertar en el pensamiento del hombre las santas ideas de la independencia y de la patria!

Martin no era sólo el amante tierno y solícito, sino el sabio consejero, el prudente maestro que poco á poco levantaba el velo que priva á la ignorancia purísima de la juventud de conocer qué ha hecho la malicia de los hombres del mundo hermoso y de la vida dulce y regalada que Dios ha preparado á todos los séres, para enseñar á Soledad esos mil cuidados mezquinos, esas prevenciones des-



confiadas con que es necesario enturbiar las candideces del alma para no caer en los engaños de los que, hijos de otra raza, vienen al mundo como mensajeros del dolor y del mal, contagiando los caracteres honrados y las inteligencias nobles. Ella le escuchaba embebecida y silenciosa, abriendo los grandes ojos azules, puros como el cielo de una mañana de primavera, y apartando con frecuencia de su cándida frente los brillantes hilos del cabello que el viento llevaba á jugar sobre ella.

La naturaleza misma, reanimada por la atmósfera de pureza y amor que la enamorada pareja llevaba consigo, parecía colocar á su paso las flores más olorosas, guardar para ella sus brisas más regaladas y prolongar los crepúsculos para dibujar una vez más su graciosa silueta destacándose sobre el cielo violáceo de la tarde.

¿Qué faltaba á aquella pasión tranquila y honrada para justificarse ante los hombres? El consentimiento paterno. Aun esto no le faltó.

Llegó la Pascua. En los pueblos, el cumplimiento de los deberes cristianos tenía por aquella época importancia excepcional. Era necesario, sobre cumplir, hacer alarde de ello, á fin de no dejar duda del fervor de la fé y del respeto á los preceptos de la Iglesia.

Una mañana de Abril, Soledad salía de su casa acompañando á su madre, ambas vestidas de negro, ambas con el velo sobre la frente, dispuesto á caer sobre el rostro al pisar la casa de Dios, y ambas haciendo sonar en sus manos las cuentas de sendos rosarios, compañeros inseparables del rico libro de oraciones. Una hora después volvían en igual compostura á la casa, donde entraron después de saludar con cierta ceremonia á Martin, que á la puerta de la suya les esperaba, tal vez aguardando más larga plática. Soledad al verle púsose encendida, bajó los ojos, y obedeciendo á una indicación de su madre, desapareció en el ancho portal. Martin entró también en el suyo y esperó resignado á la tarde, en que las dos familias se reunían para pasear juntas. Aquel día fueron inútiles sus centinelas en la ventana que daba al huerto, por donde en las horas de la siesta solía ver y aún hablar á hurtadillas con Soledad, y hubo de mirar con paciencia cómo se marchitaba en un florero la fragante lila cortada para ella en el jardín del señor cura.

La hora, aunque esperada, llegó, entablándose el siguiente diálogo entre la criada de Soledad y la de Martin:

—¡Agapitaaa!...—gritó la primera desde el huerto.

—¿Qué hay?—respondió su compañera, asomando por la ventana



una cabeza envuelta en negros, rizados y desobedientes cabellos que casi cubrían sus ojos.

—Dile á tu señora que dice la mia que si van á salir, que ya va siendo hora.

—Ya, ya. Se está acabando de aviar.

—Pus diquiá luégo.

—Abur.

Poco despues, D. Antonio y doña Josefa, padres de Martin, y don Cayetano y doña Jesusa, que lo eran de Soledad, saludábanse con verdadero afecto y, precedidos por sus hijos, tomaban pausadamente el camino del rio, haciendo parejas, de las que sólo la formada por los jóvenes era de distinto sexo.

---

Aún quedaban en aquella época ejemplares, no raros, del hidalgo de pueblo, orgulloso de su estado noble, cristiano antes que todo, rígido en las costumbres, cuidadoso del acrecentamiento de sus bienes, grave, suspicaz y desconfiado en los tratos, con sus puntas de volterianismo inculto y sus picos de amante con exceso del dinero. Tal era D. Cayetano, cuya mayor contrariedad en la vida fué la temprana muerte del único hijo varon que Dios quiso concederle. Por lo demás, su vida oscura, dedicada en los ratos de ocio á intermitentes aficiones literarias y la administracion provechosa de sus bienes únicamente ocuparon las largas horas de sus cincuenta años, bien cumplidos en la tarde de Mayo que al aparecer en la puerta de su vieja casa empezaba á declinar. Doña Jesusa, su consorte, aunque ménos pretenciosa y más amena en sus exterioridades, reflejaba á su pesar las condiciones del *marido y dueño* que le habia tocado en suerte, y sometida á la indiscutible tiranía de D. Cayetano, habia concluido por carecer de propia voluntad. Su amor tiernísimo á Soledad era el único rayo de luz que en aquel carácter desvanecía la sombra de una indiferencia perdurable.

No ménos orgulloso del escudo de caballero que adornaba la fachada de su casa, ni ménos atento á su hacienda, ni ménos cuidadoso de su fama de cristiano era D. Antonio, padre del enamorado legista; pero murmurábase en el pueblo que mostraba á la caza una aficion sospechosa, y poníanle en lenguas, siempre salvando su honradez, por las ocurrencias y frases de color subido con que á todas horas hallaba medio de hacer sonreír á las mozas y reír á las casadas. De ser así, la concupiscencia de D. Antonio habia sido platónica, y



nadie pudo acusarle de haber oscurecido la honra de viuda, casada ni doncella, sino que era desahogo natural de su carácter afable y comunicativo.

Su esposa, *la señora doña Josefa*, participaba también algo del desenfado y buen humor del consorte, siendo la encarnación tipo de la mujer española, con la imaginación viva y ligera, las ternuras infinitas, los rasgos de valor y audacia increíbles, y el apasionado afecto por todo lo que logra conmover su corazón, que la caracteriza. Intervenía en la gestión de D. Antonio, aconsejándole un día, murmurando otro, ocupándose de todo, y siendo en el hogar el centro, la vida, el único señor. Para ella, Licurgo era niño de teta comparado con Martín; Adonis un esperpento, y el Cid un *gallina*. Tenía dulcísimo trato y corazón compasivo, pero energía y un claro instinto de la vida, de lo bueno y de lo bello, lo que le daba una superioridad indiscutible sobre todo el sexo femenino del pueblo. Era, en fin, el germen del alma de su hijo.

Del genio y condiciones de sus respectivas criadas ocupábanse pocos momentos después de haberse reunido las dos respetables madres, mientras sus cónyuges debatían sobre el probable fin del pleito de testamentaría de un rico mayorazgo del pueblo, muerto en la corte, dando ocasión á que Soledad y Martín entablaran el siguiente diálogo:

—Esta tarde no has bajado al huerto.

—Estaba rezando.

—¿Tan larga ha sido la penitencia?

—Ya sabes que eso no se puede decir.

—Cuando tú lo ocultas... Así sería el costal de pecados que llevabas.

—Mira, tenemos que hablar formalmente.

—¿Formalmente?

—Sí. No debía decírtelo, pero como no sé ocultarte nada, te lo diré.

—Habla pues.

—El señor cura me ha dicho esta mañana que tú no debes quererme bien.

—¿Eso ha dicho? Más sabe que yo y que tú. ¿Y en qué funda don Gaspar esa creencia?

—Dice que como nuestro cariño no es ya secreto para nadie, damos que murmurar en el pueblo, y que sin permiso de mis padres yo no debía quererte.



Martin, que habia empezado á escuchar sonriendo, púsose grave poco á poco, y despues de un breve espacio de reflexion, contestó pausadamente:

—Verdad es que D. Gaspar sabe mucho más que tú y que yo, como dije antes en broma, y no ha de ser quien más te quiere en este mundo, y quien hace mucho que mira tu fama como propia, el que dé lugar á dimes y diretes de esta gente que, como nada tiene en que pensar, todo lo comenta con perversa intencion y abulta cuanto ve y exagera cuanto oye, cuando no asegura lo que ni ha visto ni ha oido. Tiene razon el señor cura, y mañana mismo sabrán tus padres por mí que te quiero y que me quieres.

—¡Qué bueno eres, Martin!

—No, Soledad. Cuando yo te recordaba en Madrid durante mis horas de descanso, en las que me gustaba visitar en sueños todos los rincones de mi casa, todos los valles de esta campiña y todas las personas para quienes guardo sitio en mi alma, te veia como á través de una niebla, sin definirme tu figura ni el afecto que me inspirabas; hoy, que he vivido á tu lado un año, sé bien que mi vida no puede ser feliz sino partiéndola contigo, y esposo ó amante, yo viviré siempre para tí. Si tú no me quisieras...

—¿Qué dices? ¿Te ha ocurrido nunca semejante idea? Despues de conocerte, ¿cómo habria de olvidarte, si tú eres para mí la vida y la felicidad? Mira, yo no le pido á Dios sino que me quieras siempre, porque no se me ha ocurrido esa idea, pero desde mañana le pediré además que no consienta en que deje de quererte nunca.

.....

Y comenzaron ese eterno diálogo, siempre el mismo, y siempre variado y siempre bello como una melodía cantada por distintos artistas, como la inmutable sucesion de los dias y las noches, de los otoños y las primaveras, en cuya armonía todos los séres animados tienen una nota, expresion inmortal del amor.

Al siguiente dia, prévias las necesarias confesiones de los enamorados y las conferencias de sus padres, Martin pudo decir á Soledad, con el alma henchida de gozo:

—¡Ahora ya podemos amarnos delante de todo el mundo!

---

Un año más de felicidad purísima, acordado como término dilatorio por D. Antonio y D. Cayetano en consideracion á la edad temprana de sus hijos para contraer los altos deberes del matrimo-



nio uniéndose en un hogar, fuente y vida de la familia, trascurrió dichoso para los dos séres, que parecía haber puesto Dios uno junto á otro, destinándoles á gozar la más casta y grande de todas las venturas. Pasado este plazo, comenzaron los preparativos de la boda. Los padres de Soledad y Martin se encargaron de hacer la carta dotal y arreglar todo lo que á interés tocaba, y éste salió para Madrid á encargarse de los trajes de la novia y adquirir algunas preciosas alhajas con que adornar la canastilla de boda.

Seguro de ver aprobada su eleccion, volvió Martin al pueblo con el alma henchida de alegría, forjándose mil sueños de felicidad y deseando resarcirse de los dias que habian trascurrido sin ver á su prometida.

Al entrar en la calle, su primer mirada fué para los balcones de D. Cayetano. En uno de ellos esperaba ver á la hermosa Soledad, impaciente por darle la bienvenida con una sonrisa. Esta aparicion deseada no pasó de esperanza. Los balcones se hallaban cerrados como la realidad á los nobles pensamientos. Martin no supo tolerar el desengaño, y sintió algo que heria su amor y su dignidad; pero al apartar los ojos, un sentimiento más poderoso inundó su alma. Doña Josefa, que habia adivinado más bien que reconocido á Martin, le esperaba en el dintel de la puerta tendiéndole los brazos. Obligó á su caballo, saltó rápidamente al suelo y fué á dejarse apriar por aquellos deliciosos lazos, que bien pronto ciñeron su cuello con ternura, formando á la vez oculto santuario de un beso. El hombre fuerte, el animoso Martin, fué vencido, y una lágrima enturbió sus ojos al sentir en el rostro la tibia humedad de las que su madre vertia.

Abrazado á doña Josefa subió la anchurosa escalera que conducia á las habitaciones, sin que ésta, tal vez sofocada por la emocion, como lo pensó su hijo, le dirigiera más que entrecortadas frases de cariño. Notó, sin embargo, en la noble anciana algo como ansiedad ó temor, y ya se disponia á inquirir la causa de aquella extraña turbacion, cuando don Antonio apareció delante de él, exclamando:

—¡Demonio! No me han dicho nada—á tiempo que daba un estrecho abrazo á su hijo.

—Como estabas en tu cuarto y Martin venia casi al galope, no quise que hallara solo el portal.

—Verdad que hubiera sido triste para mí,—replicó el jóven,—y aunque el abrazaros de nuevo todo lo compensa, lo cierto es que algo me ha faltado.



D. Antonio y doña Josefa se miraron con turbacion. Martin continuó:

—¿Hay alguien enfermo en casa de Soledad?

—No,—respondió con fingida indiferencia D. Antonio;—al ménos yo no sé nada.

—Pues qué, ¿no se ven ustedes?

—Sí, hace dias que...

Doña Josefa, afrontando la situacion, intervino en el diálogo, y cogiendo una mano de Martin, la estrechó con cariño y le dijo:

—Hijo mio, no te alteres y oye todo lo ocurrido. No quiero que batalles más con la duda y el temor. Tú eres un hombre que sabrás tolerar esta contrariedad, y hasta hallar remedio á la situacion que nos entristece.

Martin miró á su madre y á su padre como interrogándoles y se preparó á escuchar.

—Antonio,—dijo doña Josefa á su marido,—cuenta el hecho tal como fué, pero sin consideraciones ni historias y en cuantas ménos palabras te sea posible.

Tosió el anciano, porque algo que no dependia de catarro habia secado su garganta, y con voz un tanto ronca dió principio á la relacion.

—Pues bien; como quedó convenido al marchar tú á Madrid, comencé con D. Cayetano á formar la dote de Soledad y á preparar la cesion que de algunos de mis bienes debia hacerte, para que con ambos capitales formáseis uno capaz de evitaros toda preocupacion sobre las necesidades de la vida, no sólo en el pueblo, sino en Madrid, si tú querias ir allí á hacerte una reputacion, aunque esto fuera para nosotros un sentimiento, créemelo.

Mientras su esposo pronunciaba estas palabras, doña Josefa hacia temblar en su barbilla una lágrima; D. Antonio perdió más la voz y Martin miró á uno y á otro con toda la ternura de su alma amante. Hubo una pausa.

—Pues bien,—siguió D. Antonio, yo queria que fuera para tí la viña del Cascajal, no sólo porque es la mejor que tengo, sino porque como linda con la del Pradolargo, que es de D. Cayetano, reunidas las dos, hubiérais tenido la mejor de toda la provincia. A él le pareció muy bien la idea, y conformes en todo, comenzamos á hacer el borrador de la carta dotal y de la cesion. Tú recordarás que hará cosa de diez años la senda que iba á la ermita que se hundió, y que era el lindero entre nuestra viña y la de Pradolargo, varió al



reedificar la iglesia arruinada á consecuencia de un desprendimiento de terreno, por lo que hubo de hacerse de nuevo, algo más abajo del sitio en que estuvo. No me ocurrió, tratándose de una persona á quien estimaba de veras, hacer rectificar las medidas, y hé aquí la causa de lo ocurrido. Un error de D. Cayetano al llegar á describir los lindes de las dos viñas nos llevó á una discusion, amistosa en un principio, pero que tomó luégo el carácter de personal y agresiva, sin que alcanzase mi paciencia á contener la soberbia de ese raro personaje, que se empeñó en que habíamos de seguir pleito, porque ni él queria nada que no fuese suyo, ni consentia en que se le despojara de lo que legítimamente le pertenecía. Al verle en aquella disposicion le dejé, diciéndole:

—Vaya, cuando se le haya pasado á Vd. hablaremos.

Al cuarto de hora me envió con su criada todos mis papeles, y una carta, en la que me decia que en tanto no se aclarase la cuestion pendiente, suspendia todo trabajo y recogia su palabra y la de su hija.

—¡La de su hija!—exclamó Martin.

—¡Sí, hijo mio, sí! Ese hombre es una víbora. Yo le he conocido hace mucho tiempo. La soberbia le ahoga, y la avaricia le ciega—exclamó doña Josefa.

—Siga Vd., siga Vd.

—Yo, sólo por tí, pensando en el disgusto que tendrías, pasé por aquella ofensa, y entrando por última vez en la casa de ese hombre, le busqué. Hablamos. Hice uso de la broma, del cariño, de cuanto me inspiró el corazon. Nada conseguí. Firme en su propósito, se manifestó inflexible, asegurándome, sin embargo, que en cuanto se resolviera legalmente la cuestion, todo volveria á su primer estado. Llegué á rogarle por la felicidad de su hija, y tampoco tuve mejor suerte. Salí haciéndole responsable de cuanto pudiera ocurrir, y desde aquel dia no he vuelto á ver á ninguno de la casa. Los balcones y las ventanas de ella que desde aquí se ven, están cerrados dia y noche.

Martin escuchaba absorto la extraña relacion de su padre, sin darse cuenta de aquella inesperada catástrofe, que destruia en un momento la felicidad de su vida, como la repentina inundacion convierte en estéril arenal la vega frondosa en cuyos verdores se recreaban los ojos del labrador, iluminados por la esperanza. No cabia en su razon clarísima aquel absurdo empeño, que rompía impensadamente lazos de antigua amistad y proyectos de mutuo interés.



Hubo una larga pausa, durante la que Martin buscó en vano la razón de su desventura, mientras D. Antonio y doña Josefa le contemplaban con sincero dolor, comprendiendo el que á su hijo atormentaba. Levantóse por fin éste del asiento, y tomando el sombrero de sobre una silla, exclamó con ademán resuelto:

—Es preciso intentar una reconciliación. Si Dios me ayuda, la alcanzaré. Pronto vuelvo.

Y salió precipitadamente.

Ya más tranquilo, detúvose Martin en el portal, reflexionando pocos momentos, y, afectando calma, penetró en casa de D. Cayetano, cruzó el ancho patio, y dijo á un criado que pelaba una gallina sentado en el poyo del soportal:

—Diga Vd. á D. Cayetano que deseo verle.

—¡Hola, señorito! ¿Ya está Vd. de vuelta? ¿Y qué tal?

—Muy bien.

—Me alegro. Voy en seguida.

Pasó poco tiempo, y el ruido producido por el criado, que bajaba á saltos las escaleras que conducían al piso superior, avisó á Martin que iba á saber la contestación del mensaje.

—D. Cayetano dice que suba Vd. Está en su despacho.

—Gracias.

Con paso más tranquilo que los movimientos de su corazón, subió Martin y entró en el despacho donde le esperaba el que debió ser su padre político. Éste se levantó ceremoniosamente, le tendió la mano, y después de preguntarle cómo le había ido en el viaje, qué tal se hallaba de salud y si estaban bien *en casa*, le invitó á sentarse. Usó del ofrecimiento el joven, y, después de contestar á las cortesías de D. Cayetano con otras semejantes, abordó francamente la cuestión en esta forma:

—Usted no extrañará, D. Cayetano, que, después de una ausencia tan larga, yo tenga vivos deseos de saludar á mi querida Soledad.

—Efectivamente... si... me... me parece justo; pero... en este momento creo que... que se está arreglando y es natural que...

—En ese caso, Vd. me permitirá esperar á que termine sus quehaceres, para poder saludar á ella y á su señora madre, de quienes deseo obtener licencia para entregarles unos pequeños recuerdos que, así como á Vd., les traigo de Madrid y espero sean de su gusto.

—El caso es que yo no recordaba, como tengo esta cabeza, no recordaba que hace pocos momentos se fueron á misa.



El movimiento de una cortina situada frente á los interlocutores estuvo á punto de cortar la palabra á D. Cayetano, y reveló con su silencioso movimiento á Martin que el viejo faltaba descaradamente á la verdad.

—Además,—continuó el último,—debes saber que, francamente, no tienes derecho ninguno á exigir esta entrevista, porque habiendo yo retirado mi palabra y la de mi hija...

—¡Cómo!—exclamó Martin.—¿Vd. ha retirado su palabra y la de su hija?

—Sí; tu padre ha debido decírtelo.

—Creo, D. Cayetano, que está Vd. en un error. Podrá Vd. haber retirado su palabra; la de Soledad, que yo tengo, sólo ella puede retirarla. No debo y no quiero entrar en cuestiones sin importancia y que sólo una mala inteligencia ha podido ocasionar; pero admitir que nadie pueda invalidar la promesa que de la hija de Vd. tengo, eso es imposible. Por esto he solicitado verla, no en tono de rebellion, porque en ella respeto mi felicidad y en Vd. sus años, el cariño que siempre le he tenido y la representacion del padre de la que he elegido por esposa, sino porque antes de todo yo necesito saber si la mujer que me encuentro al volver es la misma que dejé al marcharme.

—Dejémonos de historias y de discursos, porque es predicar en desierto. Es mi hija, y nadie, ni ella misma, puede oponerse á mi voluntad. Mientras que yo no convenza al mentecato de tu padre de que necesita aprender mucho, sobre todo prudencia, y no hablar de lo que no entienda...

—Basta, D. Cayetano,—interrumpió Martin, levantándose dominado por la cólera al oír insultar á su padre.—Mi padre será un mentecato, pero Vd. es un hombre indigno, que miente á ciencia y conciencia, como se lo voy á probar.

—¡Que miento! ¡Indigno!

—Sí,—respondió Martin.—Y dirigiéndose á la cortina denunciadora la alzó violentamente, apareciendo la dolorida figura de Soledad, que sollozaba sin descanso.

—Sal, Soledad, en nombre de nuestro amor,—exclamó Martin.

Soledad apareció delante de la cortina, como impulsada por una fuerza irresistible.

—¡Infame! ¡Villano!—gritaba el viejo, sujeto en el sillón por una cólera tan profunda como impotente.

—Soledad,—gritó Martin con la voz del mandato y de la angustia,—¿me quieres?



—Sí—contestó la pobre niña con un grito del alma.

—Pues bien, delante de Dios te juro que serás mi esposa, pese á quien pese. Que si de aquí hasta entónces eres desgraciada, no soy yo, sino tu padre, el causante de tu desdicha. Adios, pues, ten valor; á mí no me falta.

Y estrechando la mano de Soledad, salió de la habitacion como un loco.

Al entrar en su casa detúvose de nuevo en el mismo lugar donde habíase detenido al salir, meditó tambien como antes y exclamó con pesar:

—Iba buscando una reconciliacion, y he provocado un rompimiento. ¡Insensato de mí!

Los espíritus rectos dominan difícilmente su indignacion cuando ésta es aguijada por las asquerosas bajezas de la malicia.

De aquel cielo de ventura que un año hacia encantaba la existencia de ambas familias, no quedaba ya más que el recuerdo. El odio infame de la avaricia, con una sola gota de su venenoso licor, habia emponzoñado cinco existencias. Donde reinaba el amor, imperaba la enemistad; donde sonreia la esperanza, brillaba con luz siniestra la realidad del desengaño; donde dulces aspiraciones crecian al calor de la ventura, la temible sombra de un porvenir de dolores aparecia temerosa como las tormentas que se forman cuando el sol luce más brillante, y dejan ver á un lado el cielo azul y puro, y al opuesto las cenicientas masas de nubes que encierran en su seno el rayo y el granizo.

Nada hay más consecuente, más implacable, que la desgracia.

Al siguiente dia corrió por el pueblo la noticia de que D. Cayetano se hallaba gravemente enfermo, á consecuencia de un disgusto habido entre él y Martin; súpose que la boda se habia roto, y cada cual, tomando la parte de quien más simpático le era ó del que más favores podia hacerle, comentó el hecho, acusó al contrario, inventando historias y refiriendo antiguas hablillas, sin que la envidia dejara de tomar parte con su triste alegría en la animacion general.

Efectivamente, D. Cayetano cayó gravemente enfermo; pero la convalecencia fué rápida, y la curacion hubiera sido completa á no detenerlo una de las imprudencias á que es tan fácil la vejez que no sabe medir sus fuerzas ni los estragos de los años. No una recaida, una nueva enfermedad terminó en breves horas la vida del hombre que, bajo la apariencia de un sér enteco y débil, ocultaba una de aquellas naturalezas que la pureza de costumbres y la tranquilidad



del espíritu, heredadas de muchas generaciones, hacían tan duraderas hasta mediados del siglo, tipo raro hoy, que todas las pasiones, libres de freno, no contenidas por el fuerte muro de la fé y la dulce esperanza de una vida mejor, atrofan el cuerpo y corrompen el alma.

Martin comprendió que aquella catástrofe le alejaba más de la ventura, pero firme en su amor castísimo, halló en la resignación, en la esperanza y en la calma de su conciencia lenitivo á tanta pesadumbre.

¡Cuán distinta era la situación de espíritu de la infeliz Soledad! Rendida al supremo dolor de haber perdido á su padre, desesperada de lograr la inmaculada aspiración de su alma, no fugaz como las inclinaciones de la carne, sino inmortal como el espíritu donde había nacido, pura como el sér donde había arraigado; triste en la soledad de la enlutada casa, y constantemente mortificada por el odio implacable de su madre contra Martin, á quien culpaba de la muerte de D. Cayetano, y cuyo nombre maldecía en sus momentos de dolor, aquel espíritu tímido, como avecilla que aún no ha dejado el nido, no hallaba más consuelo que el llanto, hermoso don de la naturaleza, enemigo invencible del dolor, en cuyas perlas transparentes y suaves pierde sus filos más punzantes el pesar, ni otra defensa que la oración, dulce refugio de las almas honradas, manantial de suaves consuelos y fuerte valladar contra las tribulaciones. De tarde en tarde resonaba en su mente, como único anuncio de esperanza, el juramento de Martin ante su padre; complacíase en recordar la imagen, para siempre grabada en su memoria, del hombre de quien todo lo esperaba, en quien había condensado toda su vida, dueño absoluto de su voluntad, recordando aquella voz solemne y vigorosa como una promesa del cielo.

Pasados los primeros días del luto, la casa recobró su aspecto ordinario. Las visitas fueron alejándose, y Soledad y su madre empezaron á sentir la tristeza de la pérdida sufrida.

Una tarde, cuando el sol, al ir á iluminar otro hemisferio, llevábase consigo el verdor de los campos, el suave azul del cielo y los múltiples y varios matices de las florecillas silvestres, hija y madre hallábanse una frente á otra sentadas, calladas ambas y ambas sumidas en amargos pensamientos. Soledad pensaba en su amor; doña Jesusa, en que la pasión de su hija debía haber muerto ya, porque era un crimen pensar en ser la esposa del asesino de un padre, según ella pensaba. La cólera en los temperamentos nerviosos, ó cuan-



do el espíritu se halla dominado por idea que le contraría, adquiere tal fuerza que en vano se acude á la reflexion para vencerla.

Media hora llevaba la afligida viuda batallando con el deseo de interrogar á su hija y la misma violencia del deseo hacía desistir por temor de no obtener respuesta á su gusto. Pudo más la impaciencia que la razon, y buscando medio de abordar mañosamente la cuestion, comenzó diciendo:

—Hija mia, ya ves cómo hemos quedado con la muerte de tu pobre padre, que Dios tenga en su gloria. Ni tú ni yo servimos para el arreglo de la casa y direccion de los trabajos del campo, que en manos de los arrendadores no producen y salen perjudicadas las tierras. Un amigo que nos dirija y aconseje no le tenemos ya; pariente ni persona de confianza, tampoco; de modo que es necesario que en casa haya un hombre que nos saque de este ahogo, pues aunque, gracias á Dios y á tu buen padre, que lo aumentó con su trabajo, nada te ha de faltar en este mundo. Perder lo que se tiene, por incuria, es delito y riesgo de más perder. Tú, que vas teniendo edad para pensar, no digo yo para mañana, pero, en fin, para ver entre los muchachos decentes y honrados del pueblo...

—¡Madre!—interrumpió Soledad.

—¿Qué? ¿Qué te ocurre?

—Madre, Vd. sabe que yo no puedo elegir ni pensar en ser la mujer de otro que aquel á quien primero lo he jurado, poniendo á Dios por testigo.

—¡Cómo! ¡Piensas aún en ese infame! ¿Serás capaz de casarte con el que ha matado á tu padre?

—Él no, madre, él no.

—Él y sólo él. ¿Y piensas que yo lo he de consentir? Nunca; primero te arrojaria de mi casa, primero te mataria.

—Pues bien, máteme Vd.

—No te mataré, pero tampoco te casarás con semejante hombre, ni has de volver á verle ni á saber de él, y ya te convencerás cuando sepas que se casa con otra.

—No, eso es imposible. Me mataria.

—¿Qué dices, desgraciada?

—No, no me mataria... ¡Me moriria de dolor!

—¿Es decir, que ni la desgracia de tu padre ha podido convencer-te?... Pues cuenta que desde hoy no te has de separar de mi lado, que no encontrarás papel ni tinta para escribir, y que no habrá medio de que vuelvas á entenderte con él.



Soledad respondió con sus sollozos.

Doña Jesusa se mostró fiel á sus amenazas, y la vida de su hija fué desde el dia siguiente una tiránica reclusion, en la que se agostaba poco á poco la tierna hermosura de la pobre niña.

Martin, en tanto, buscaba inútilmente un medio de llegar á su amada, encontrándose atajado en todas ocasiones por la perseverante vigilancia de la implacable madre. Creia ésta cumplir con su conciencia oponiéndose al matrimonio, como venganza de la muerte de su marido, sin pensar en que acaso la de su hija podria ser resultado de su ciega obstinacion. La lógica de las pasiones ruines tiene olvidos y falsos discernimientos, que llevan tras de sí la ruina de aquello mismo que se quiere defender.

Fuerte en los primeros tiempos de la lucha, Martin comenzaba á cambiar de carácter de un modo que alarmaba á su familia. En vano los padres extremaban el cariño y los cuidados para moderar la incesante agitacion que le dominaba. Sentíase vencido y privado de su única felicidad, y á la amargura de la prohibicion uníase el rubor de la derrota; dos grandes males mortificaban su pensamiento: la tristeza y la tirana ansiedad de una idea fija.

Pasaron dias, pasaron meses, pasaron años, y nada varió. Aquella mujer débil y apocada parecia haber heredado la indomable terquedad del que fué su tirano en esta vida, y siempre halló medio de evitar que las miradas de Martin y Soledad se encontraran una vez siquiera. Elevó un oratorio en su casa, para no verse precisada á salir á la iglesia; convirtió los criados en espías, gracias al más grande de los corruptores, el dinero, y logró que su hija se entregase á una resignacion inactiva, mas no obediente, venciendo así la fuerte voluntad de su enemigo.

Convencido éste de que la firmeza de doña Jesusa era más bien una monomanía, que nunca la razon podria vencer; acobardado por el intolerable sufrimiento, cada dia más hondo, más activo, que le mortificaba, decidió alejarse por algun tiempo del pueblo, idea que sus padres acogieron con satisfaccion no exenta de pena, más cuidadosos de la tranquilidad de su hijo que del natural deseo de tenerle á su lado.

Hechos todos los preparativos del viaje, Martin intentó por última vez una entrevista con Soledad, y desengañado al ver vanos sus esfuerzos, quiso al ménos darle su despedida por escrito y pedirle un recuerdo que le sirviera de dulce memoria en su alejamiento voluntario. Escrita una carta franca y apasionada, fuése á buscar al tío



Julian, arrendador de unas huertas compradas años atrás por don Cayetano, que le profesaba un cariño paternal por haber servido en la casa siendo Martin niño. Admitió gustoso el viejo servidor el encargo, y tal maña se dió, que en respuesta trajo una carta escrita en la cubierta de un libro con la punta de un alfiler, y que decia:

«Martin mio: Haces bien en marcharte; pero no olvides que aquí se queda pensando en tí la que te quiere con toda su alma. Yo te esperaré tranquila, porque me has jurado que seré tu esposa, y sé que no has de engañarme. ¿No querrás á otra, verdad?»

»Tuya en la tierra, ó en el cielo,

»SOLEDADE.

»Te envió el rosario que llevé el dia en que hice mi primera comunión. Reza con él. Está tocado al sepulcro de Cristo, y te guardará. ¡Cuánto daria por verte!»

Martin besó la reliquia, la colgó á su cuello, y despues de una cariñosa despedida de sus padres, partió para Madrid, donde abrió bufete, conquistándose en poco tiempo una reputacion, no hecha con sueltos y bombos en los periódicos, sino conocida y estimada por los que saben apreciar el verdadero mérito, que aunque son pocos, pueden mucho.

Once años más trascurrieron en el triste alejamiento á que estaban sentenciados por la más odiosa de las pasiones los dos jóvenes amantes, que, llenos de dolor, pero tambien de fé, conservaban invariable la esperanza de lograr su ventura, si no en la tierra, en el cielo, como decia Soledad.

Una terrible desgracia hizo que Martin, abandonándolo todo, volviese al pueblo en que nació, para que la suerte ensanchase la profunda llaga de los sufrimientos que le martirizaban con la más atroz de las desventuras. Doña Josefa hallábase gravemente enferma, y don Antonio reclamaba la presencia de su hijo cerca del lecho de la madre moribunda. No necesitaba, en verdad, Martin la advertencia, que aún sentia en su pecho el dulce calor del seno que le habia regalado al principiar su existencia con el jugo suavísimo de la vida; de los brazos amantes donde soñó las puras y sonrientes fantasías del niño, primeras manifestaciones de la imaginacion; de aquel regazo en que halló siempre consuelo y refugio, amor y defensa. ¡Ah, madre mia; así fuiste siempre tú!

Devorado por la impaciencia y el temor, sumido en el infierno de la duda, llegó al pueblo de mañana, y sin avisar á que recogiesen el caballo ni anunciar su presencia, corrió al dormitorio de sus padres



ahogado por el anhelo, y arrojándose sobre la cama donde su madre se hallaba en el sopor de una fiebre intensa, besó su frente arrugada, estrechó sus manos huesosas, y pronunciando la palabra ¡Madre! con ese silencioso acento del cariño cuando se apodera del espíritu, esperó un instante.

¡Cómo no resonar en el alma de una madre, mientras le quede un rastro de vida, la voz del hijo adorado! Doña Josefa abrió los ojos, reconoció á Martin, y abrazándole con fuerza increíble, animada la vista por un rayo de luz que Dios concede á los que por creer en él saben amar y sufrir, exclamó, dando un grito de alegría:

—¡Hijo! ¡Por fin no me moriré sin volver á verte!

Tristes horas vinieron despues, en las que la esperanza, batiendo lentamente sus blancas alas, se encaminaba al cielo, único refugio de las miserias humanas. Al amanecer, la tierna esposa, la madre amantísima moria entre los brazos de su esposo y de su hijo.

La noticia cundió por el pueblo; todos corrieron hácia la casa modelo de puras costumbres y albergue de la alegría en otro tiempo, y todos se unieron sinceramente á la pesadumbre del viudo y del huérfano, que refrenaban con durísimos esfuerzos las punzantes heridas de su pena por no dar muestra de debilidad.

A las once de la noche retiráronse todos los amigos, D. Antonio fué á velar el cadáver de su esposa, y Martin, henchida el alma de lágrimas y deseando un alivio, tomó una luz y fué á buscar en su cuarto la soledad, compañera de los grandes dolores. Ya en él, se arrojó en una silla, y ocultando la cabeza entre las manos, dejó salir el mar de llanto que le ahogaba, sollozando triste y silenciosamente.

Creíase solo y libre de toda mirada humana que pudiera profanar su pena. Se engañaba. Frente á su ventana, en otra de las de la casa de D. Cayetano, una sombra blanca, inmóvil, seguia con anheloso afán sus movimientos y derramaba á la vez que él amargo y triste llanto. El silencio y la majestad de la noche hacian más profundo aquel dolor. De improviso la sombra hundióse en la oscuridad, volviendo á mostrarse poco despues, con nuevo brillo, aumentado por la luz fosfórica de unos ojos en los que resplandecia el fuego de la desesperacion, y una voz llena de lágrimas y quejas, de amor y de ternura, cruzó los aires extendiendo por todas partes su perfume de dolor con estas palabras:

—¡Martin! ¡Yo tambien lloro contigo!

Éste se levantó y, tendiendo los brazos al sitio de donde habia partido la voz, exclamó con acento que era más bien un sollozo:



—¡Soledad!

Las almas de los jóvenes, salvando la distancia, fueron á besarse sobre las copas de los naranjos en flor, símbolo de la pureza y que esparcían en la huerta su virginal aroma.

De pronto, á la suave armonía que aquellos dos lamentos enviaban al trono de Dios, unidos con la tristeza de la noche, una nota disonante vino á mezclarse, cortando el éxtasis de dolor de dos espíritus. La voz de doña Jesusa, ágría y alterada por el furor, y el golpe de la ventana al ser cerrada con violencia, rompieron el encanto, y la áspera realidad volvió á recobrar tiránicamente su dominio.

Tan extraña escena fué un nuevo triunfo para doña Jesusa; pero al propio tiempo, despertando pequeños recuerdos dormidos en la ausencia, y excitando los que habíanse mantenido incólumes, afirmaba para siempre aquel afecto purísimo, ya trasformado en pasión, indomable y tenaz como el destino.

Pasado algun tiempo, comenzó nuevamente la lucha entre el amante y la madre de su amada. Vencido otra vez más, Martin se vió forzado á ceder, como antes, sin que pudiera alcanzar ni siquiera el favor logrado en su primera marcha, llevándose en cambio el terrible recuerdo de la pérdida de su madre y la desesperacion de ver ya perdida su juventud para gozar del amor immaculado, esperanza y objeto de su existencia.

Ocho años, largos, como contados en el dolor, trascurrieron desde que Martin abandonó el pueblo por segunda vez. Su fortuna y su reputacion eran ¡caso extraño! merecidas y tan grandes como su espíritu recto y elevado, todo le sonreía menos aquello que era para él la felicidad, y en medio de su esperanza comenzaba ya á mortificarle la duda de alcanzarla, viéndose próximo al término medio de la vida.

Soledad iba dejando en el camino de dolores y de tristeza, que la desgracia le habia señalado, uno á uno los encantos de su ideal hermosura. Sólo conservaba ya dos rasgos de su rostro bellísimo: la frente fresca y aterciopelada, símbolo de la virginidad del cuerpo; los ojos cándidos y serenos, señal de la virginidad del alma. El tiempo lo alteraba todo menos aquello donde se reflejaba la pureza, don del espíritu.

Una tarde en que Martin volvía á su casa, preocupado por asuntos urgentes, viendo entre el correo una carta de la letra temblona de su padre, la abrió con precipitacion. En ella decíale D. Antonio



que doña Jesusa estaba en peligro de muerte. Inmediatamente hizo sus preparativos de viaje, y á las veinticuatro horas se hallaba en el pueblo. Su padre le dió la noticia de haber muerto ya. Sin reparar el desórden de su traje corrió á casa de Soledad, presentándose en el salon donde ésta recibia á los amigos y vecinos que habian acudido á consolarla.

—¡Tú!—exclamó Soledad al verle.

—Yo, sí. Vengo á consolarte. ¿Dónde está tu madre? Quiero verla.

—Ven—le dijo Soledad.

Y los dos se dirigieron al cuarto donde se hallaba el cadáver sobre un fastuoso catafalco, cerca del que se elevaba un altar, todo alumbrado por numerosos hachones de cera.

Martin llegó hasta el féretro, cogió una mano de la muerta y la besó respetuosamente.

—¡Qué bueno eres, Martin!—exclamó Soledad.

—¿Pues no lloraste tú por la mia?...—respondió Martin.

---

La felicidad es difícil de conquistar; mas ¡cuán dulce cuando se logra despues de la lucha!

JOSÉ CAMPO-ARANA.

---



---

## CRÓNICA POLÍTICA.

---

*30 Enero.*

Se iba cayendo del lado de la libertad el Sr. Sagasta en la oposicion, aunque nunca acababa de caerse, sin duda, como algunos sospechaban, porque, á pesar de todo, no le parecia el lecho de rosas. Llega por fin el inmortal Febrero, y el Sr. Sagasta, en vez de caerse, se sienta sin condiciones en su presidencia del Consejo. Pasa escasamente un año, y hoy es el dia en que los mirones del mundo entero tienen que rendirse á la evidencia de lo que ven, y confesar que el Sr. Sagasta ha cambiado de para-caidas. Ó mejor dicho, como la hipótesis del caer se ha hundido ya en la sombra de los malos recuerdos de la desgracia, como ya no se trata, ni puede tratarse de la contingencia de ninguna resolucion extrema y desesperada, de ninguna alta determinacion de cesantía indefinida; como lo que el interés patriótico y personal aconsejan de consuno es, por el contrario, mantenerse enhiesto y firme en la conquistada cumbre, y envejecer, si es posible y preciso, en la grata perpendicular de la fortuna, el antiguo para-caidas del Sr. Sagasta, relegado ya entre los muebles viejos de los dias de prueba, no ha necesitado sustitucion. Lo que el Sr. Sagasta hace, dice y resuelve en su puesto actual; las artes de habilidad, las inclinaciones, las soluciones á que en su actual puesto propende; el cambio radical de procedimientos á que se le ve entregado en su presente gestion difícil de asuntos y hombres,



no son otra cosa que el resultado lógico, ni en él ni en nadie extrañable, del nuevo instinto de conservación de su vida nueva. No es el *no empujar* del otro del cuento; no es el recurso vulgar de dar con el pié al andamio que ayudó á subir, lo que hace el Sr. Sagasta inclinándose á la derecha de la agrupación cuya jefatura nominal ostenta aún, y permitiendo las derrotas de la izquierda, cada día más ostensibles y trascendentales: es que los elementos y las influencias de la derecha son, hoy por hoy, lo más eficaz y positivo de la fuerza de su vida ministerial, y el Sr. Sagasta quiere vivir, y hace bien, ministerialmente, con quien mejor le sirva para ello. Y esto es, á los serenos ojos de nuestra imparcialidad, el fondo de la última batalla que á espaldas del Parlamento acaban de reñir la izquierda y la derecha del fusionismo en la cuestión de la capitánía general de Castilla la Nueva.

Desengáñese el serranismo: ni el discurso del ilustre duque en Linares, ni la declaración elocuente del general Lopez Dominguez en el Congreso, taxativamente dirigida á lo más alto del edificio social, ni el ministerialismo ejercido con un desinterés que, salvo el círculo natural de las exigencias de parientes y amigos, no puede desconocerse; con ser, como son, actos, demostraciones y méritos de gran valor fusionista, no son, sin embargo, bastantes á decidir en su obsequio la marcha y la dirección del nuevo orden de cosas. ¿Qué culpa tiene el Sr. Sagasta de que la historia, la imborrable historia exista, de que los antecedentes históricos de las personas necesiten cierto espacio de tiempo para solidificar su nuevo aspecto, de que el mismo interés personal tenga su lógica inflexible, y no pueda inspirar respectivamente cada año plena y absoluta confianza á lo que el año anterior le era antagónico y contrario en la esencia? El día del serranismo, el día de la izquierda, no puede llegar hasta que llegue el día de la homogeneidad, el día de Romero Ortiz y de Balaguer; pero hasta ese día, un deber de conveniencia y de astucia impone á la izquierda una situación pasiva, de desinterés absoluto, de conformidad generosa, de resignación, de abnegación constante. Hay que desvanecer sombras que nadie ha inventado, sombras que vienen de la realidad de la tradición; hay que disipar recelos que nadie ha fingido caprichosamente, recelos que tienen toda la positividad del efecto que sobrevive á la causa. ¿Qué culpa tiene el Sr. Sagasta de que en vez de hacer esto, y de prepararse así á su lado el camino del porvenir, los miembros ó socios más caracterizados de la izquierda de su gran comandita política, no perdonen ocasión de



pedir lo posible y lo imposible, de interponerse entre él y su elemento conservador, de perturbar, como suele decirse, el cotarro, trascendentalmente? La izquierda puede tener el propósito de anular y vencer á la derecha; pero hasta ahora sus procedimientos adolecen del defecto de una insigne torpeza. Formular y presentar, por ejemplo, para la vacante de un alto puesto una candidatura que arranca desde el primer instante el aplauso unánime de la democracia, si no es dar fuerza y razon á su vigilante antagonista, venga Dios y véalo. Nada: la conducta de la izquierda tiene que ser otra, tiene que consistir en ser solicitada y no solicitante, en dejarse querer en vez de constituirse en pretendiente sistemático, en mantenerse con cierta artística austeridad en su tienda, no precisamente picada como Aquiles, pero, en fin, con el aire altivo de quien tiene conciencia de su valer, y de quien espera que se le pida en buenos términos su curso.

La sutileza centralista ha sido á este respecto, y con relacion al procedimiento, mucho más perspicaz y práctica que su disfrazado enemigo. Recuérdese cómo empezó la falange baladí convirtiéndose de simple fraccion en protectora del constitucionalismo, que creía recibir en el grupo del reloj un nuevo peloton auxiliar. A nosotros nos han contado que cuando el Sr. Sagasta formó el Ministerio, ofreció al Sr. Alonso Martinez una embajada, suponiendo, y diciéndoselo, que no le convendría ser ministro. A lo cual contestó el eminente aplazador del Jurado, que, en efecto, la cartera no le convenia desde el punto de vista del bufete; pero que la tomaba porque los hombres, áun los abogados, se deben á su país, y él queria compartir ante su país la responsabilidad de la gran victoria y sus consecuencias. ¡Ah! Si nosotros fuéramos amigos íntimos de cierto general simpático, le diriamos en confianza que se mirase en ese espejo, que así es como se llega al ministerio, y no dando á entender á un ministro rival, en la votacion de un Círculo, por importante que sea, que se tienen más partidarios y más autoridad que él. Recuérdese asimismo el grado de influencia y de peso que el centralismo supo dar á su participacion en el éxito febreril, y la seriedad cómica, aunque productiva, con que desde entónces se da aires y tono paternales ante la situacion. Hacer creer al Sr. Sagasta que despues de Dios y del Rey, á nadie tanto como á él ha debido lo que hoy tiene, y saber que seria omnipotente en el ánimo del Sr. Sagasta para las futuras contingencias, fueron para el centralismo dos ideas simultáneas y gemelas. Y una vez echada la base de su preponderancia, su conduc-



ta habilidosa se ha limitado á sostenerla y robustecerla, halagando dia por dia, y conflicto por conflicto, esa mal disimulada tendencia reaccionaria y resistente, que se determina siempre en la naturaleza de D. Práxedes cuando llega al poder, y que ha engendrado en muchos de sus correligionarios susceptibles la sospecha de que el señor Sagasta es un mal progresista, ó un progresista incompleto, por lo ménos, llegando algunos hasta á aventurar la afirmacion de que en el Gabinete no existen en realidad más que dos progresistas dignos de este nombre: los ministros de Fomento y de Ultramar. Y todo eso ha sido, en el fondo, y sigue siendo, ni más ni ménos que la obra de la travesura egoista, aunque disculpable, del centralismo ex-conservador, edificada sobre la base propicia y dúctil de la conveniencia individual del Jefe. Le ha presentado resueltas todas ó casi todas las cuestiones con el criterio más ministerial, es decir, más tranquilizador, posible; le ha convencido de que para durar algunos años ministerialmente, lo más seguro es alarmar lo ménos posible las delicadezas alarmables por necesidad; se ha insinuado, se ha infiltrado, ha penetrado en su ánimo como el raton en el queso, decidido á no dejarle más que la corteza, más que lo que se ve, más que el barniz de un radicalismo huero; ha cloroformizado, por decirlo así, todas y cada una de las fibras milicianas, ardorosas é irreflexivas del antiguo tribuno y reformador teórico, y en vez de presentarle batallas diarias y rudas, en vez de producirle alarmas y sobresaltos á cada paso, en vez de amenazarle con quitar el hombro de la mampostería colectiva, y de abandonarle entre sus ruinas prematuras, le pinta, por el contrario, con tintas de rosa el porvenir, con celajes de ópalo y púrpura el horizonte, un horizonte sin término visible. ¡Qué habia de resultar! Naturalezas más dueñas de sí mismas se han entregado á seducciones ménos poderosas, y entregado está el Sr. Sagasta á sus expertos seductores de la derecha, mientras los de la izquierda no le convengan de que le conviene dejar á aquéllos, y seguirlos. Pero en tanto que esto sucede, en tanto que la izquierda no aprenda á seducir ni á darse importancia, no se dará entre ambas huestes una batalla que el Sr. Sagasta no decida en favor de los que hoy representan para él una tranquilidad y una superioridad de medios, incontestables. Llegó la batalla de la capitania general, y dijo Albareda, es decir, dijo la izquierda: á mí, esto es, á Lopez Dominguez. Pero ya habia dicho Martinez Campos al oido de su nuevo Jefe y protegido dos palabras decisivas, y resultó que la izquierda presentaba el combate cuando ya estaba adjudicada la victoria á su ad-



versario. ¿Puede dudar todavía el serranismo de lo mucho que tiene que estudiar y que esperar para habérselas con el marqués de la Vega de Armijo?

Como esa batalla ha sido el hecho culminante y único de la alta política en esta quincena, nuestros lectores nos perdonarán que casi no les hablemos hoy de otra cosa, que tendríamos que inventar. Lo mismo ha hecho la prensa en masa, lo mismo han hecho los círculos oficiosos, los críticos y los desocupados de oficio. Trescientos y tantos artículos se han escrito, según la cuenta de un colega aritmético, sobre el nombramiento del digno general Castillo. ¡Y qué artículos, y qué diluvio de exageraciones! No parece, ha llegado á decir el sesudo *Imparcial*, recordando la honrosa conducta del defensor de Bilbao, sino que el general Castillo está destinado á defender plazas sitiadas. Por su parte el terrible *Liberal* ha clamado tremendamente contra los aduladores en general, y los de la corte en particular. Y hasta un periódico de provincias, *El Mercantil Valenciano*, queriendo á su vez dar su golpecito de efecto, ha supuesto la resurrección de los célebres obstáculos tradicionales. Los órganos fusionistas han tenido en su virtud que pasarse días y días dedicados á protestar y perjurar que no hay tales obstáculos, ni tales zarandajas, y que el Sr. Sagasta ha tenido, como todo el mundo cree y debe creer, libre, libérrima la elección entre el general Castillo y el preste Juan. Fuera de la prensa, los comentarios y las expansiones han revestido esa viveza y hasta esa acerbidad, que tanto facilita la posibilidad de emplearla impunemente. Un coro de voces de la izquierda ha cantado una especie de himno á la traición, ha formulado una especie de endecha, entre colérica y triste, sobre el abandono de la libertad por su primer empleado de hoy en día. ¡Nos ha vendido, nos ha entregado al enemigo! se ha dicho en cien rincones más ó menos concurridos; y ha faltado poco para que el conjunto de estos rumores recordase á las gentes sobrecogidas el antiguo son callejero del toque de generala. Y esta generala moral ha resonado en muchas y distintas regiones. Los periodistas, por obligación, los opositores ociosos, y los cesantes con poca esperanza, han rodeado en el salón de conferencias al verdadero héroe de la batalla, al general Lopez Dominguez, el cual ha tenido que hacer uso con ellos de su habitual prudencia, aún dentro del desden profundo que le merecen los autores de su derrota. El mismo Sr. Sagasta ha tenido que ir á casa del señor duque para desvanecer la seriedad que ese rumor había esparcido en su semblante, tan risueño hasta ayer. El



mismo señor ministro de Fomento ha tenido que hacer comprender, en pleno convite, su insensatez á los que se figuraban, ó fingian figurarse que el nombramiento de un militar más ó ménos podía ni debia ser motivo bastante para una crisis, por parcial que fuese. De modo que no ha habido ojos, ni oídos, ni bocas, ni plumas, ni chismes más que para ese suceso por excelencia. Algunas otras cosas de relativa importancia, que han tenido el mal gusto y la importunidad de acaecer simultáneamente, han sido fáciles víctimas de la absorcion ejercida por la cuestion magna, consiguiendo, la que más, que se hable de ella una tarde, ó un dia á lo sumo. Por ejemplo: el arreglo del Sr. Camacho, ó sea del Estado, con los tenedores peninsulares de los treses, el regateo, primero, la fijacion despues del tipo de la conversion, y el señalamiento del año de gracia y déficit de 1883 para empezar á pagar, si se puede. Este suceso casi inmenso, que en un país sin recursos hubiera puesto en todos los ánimos el miedo saludable del porvenir, ha entrado y pasado aquí como Pedro por su casa, creyendo todo el mundo que ya parecerá el dinero futuro, si es de ley, y confiando todo el mundo en los pingües productos de la sal y otros excesos de tributacion. Lo importante es vivir y llegar allá, con el mejor capitan general de Madrid, posible.—*La Correspondencia* ha dado la noticia de haber confiado el Gobierno al Sr. Moret el estudio y la redaccion de un proyecto de ley sobre empleados públicos; y esta noticia, no ménos inmensa por mil y un conceptos; esta noticia, que puede haber picado y resentido á más de una de las lumbreras administrativas adictas; esta noticia, que deja entrever todo un porvenir igualitario y regenerador á las víctimas del pupitre; esta noticia, segun la cual, la democracia monárquica puede dar un gran paso en su camino, porque sabido es que el partido que en España se prepara por sí mismo sus funcionarios, sus apoyos de 5.000 rs. de sueldo en adelante, tiene adelantada las dos terceras partes de su grandiosidad; esta noticia ha pasado tambien casi desapercibida, como si no prometiese nada, como si no afectase á nada, como si nadie tuviese el menor temor de que llegue á realizarse, como si fuera, verbigracia, otro tratado de comercio encomendado á otro genio diplomático y financiero de otro Sr. Albacete.—Un importante diario republicano, *El Progreso*, despues de declarar que en la democracia española hay vacante un puesto supremo, y de hacer un llamamiento indirecto á los candidatos idóneos, se ha encarado con el comedido órgano del constitucionalismo insatisfecho, con la balaguerista *Mañana*,



asegurándola que no cree imposible verla á su lado cuando llegue la hora, que espera lleno de fé, de volverlo todo de arriba abajo. Y esta profecía de tantos bemoles morales, ha pasado tambien como una gracia inocente, de esas que se dan por contentas con la sonrisa fugitiva del primer instante de su audicion. Se han estrenado, además, algunos de los nuevos uniformes de los generales, algunos cascos, algunos llorones, algunas de las marciales chaquetas, graduadas de levita, que representan el primer paso dado en la ansiada senda de nuestro engrandecimiento y perfeccionamiento militar, el primer signo de la presencia de nuestros latentes Moltkes; y nada. Al dia siguiente se ha seguido hablando de la debilidad reaccionaria del Presidente. Se ha publicado, en fin, con la pretension de autenticidad, la copia de una circular del Nuncio de Su Santidad á los obispos de España, en que se permite apoyar el pensamiento expedicionario y profundo del Sr. Nocedal; y nada. Veinticuatro horas despues, el tema del mando militar de la Nueva Castilla ha vuelto á dominarlo, eclipsarlo y empequeñecerlo todo.

¿Y por qué así? ¿Por qué, en este país clásico de las cuestiones, donde el olvido es no sólo un bien providencial, sino hasta higiénico, puesto que, saliendo cada español á cuestion pública por dia, amén de las privadas, el no olvidar la de ayer por la de hoy seria exponerse á reventar diariamente; por qué ese suceso ha venido á monopolizar la general atencion, y se ha arrogado el privilegio del interés de todo el vecindario central del reino? ¡Ah! El cronista neutral, despues de llegar cansado á este amargo punto de su fiel narracion, se encuentra con que todavía le queda que pasar y que hacer pasar á sus lectores el trance peor. Con efecto: ese porqué se encierra, explica y condensa en una mala noticia, que no tenemos más remedio que consignar. Sépalo el lector, y deplórelo como nosotros, últimos españoles en jerarquía, autoridad y saber, pero no en patriotismo, lo hemos sabido, leído, escuchado y deplorado; sépalo el lector amable, y, si es preciso, sépalo España entera: la Fusion, la propia, la trabajosa, lapreciada, la que se llamaba á sí misma férrea, diamantina, eterna Fusion, está mala, muy mala, enferma, muy enferma, hasta el punto de que seria difícilísimo encontrar un usurero que diera por ella, en el actual momento histórico, cinco céntimos de peseta, un cuarto de nuestros dias. Y cuenta que en vez de dar por nuestra parte la noticia con la exagerada mala intencion que es costumbre, todavía nos pasamos de tímidos, prudentes y optimistas en la forma; porque, así Dios nos conceda el vivir hasta



presenciar la retirada espontánea del ministro de Marina, como es cierto que para la generalidad de los observadores la Fusion no está mala ni enferma, sino muerta, deshecha y rota, como el más simple de los cadáveres políticos del gran panteón de la política española. Ese último rozamiento de la derecha y la izquierda ha tenido la fuerza lastimosa y las consecuencias demoledoras del choque de dos trenes á gran velocidad. Después de ese encuentro, todos los filósofos convienen en que ya no hay síntesis posible para personajes tan antitéticos. Miedo dicen que da lo que del centralismo se dice en voz alta por los elementos alcoleistas. Terror dicen que infunde lo que se oye á los centralistas sobre el alcoleismo. La popularidad del Sr. Camacho entre las nueve décimas partes de los gremios industriales de la Península, que por fin han comprendido que van á pagar ménos con el aumento de sus tarifas; esa popularidad monumental, comparable sólo á sí misma, á la que no ha llegado en tan poco tiempo ninguna otra en la Historia, y que, sin embargo, aspira todavía á ser mayor cuando se conozca el resultado del vertiginoso presupuesto inmediato; esa popularidad, esa cosa tan grande, tan inconmensurable, es, sin embargo, un grano de anís, ¿qué decimos de anís?, de mostaza, ¿qué es decir mostaza?, es un infusorio, un átomo homeopático, la menor de las pequeñeces, al lado del odio gigantesco, piramidal, homérico, épico, babilónico, que se profesan, ya abiertamente, la derecha y la izquierda. Un ruido de espuelas impacientes, de sables que tiemblan en las vainas, de venablos, apóstrofes, amenazas y maldiciones enciclopédicas, se cruza incesantemente entre el palacio de Buenavista y el barrio de Salamanca. Preguntad á cualquier transeunte qué es eso, y os dirá sin vacilar que eso es el anuncio de que el mejor día va á estallar una colisión de entorchados, en cuya comparación serán tortas y pan pintado las más célebres, incluso aquella de los gatos enemigos, que no dejaron sobre el campo del combate más que sus colas recíprocas. Y como la Fusion, la pobre Fusion, si era algo, era la inteligencia de esos dos combatientes, hoy ávidos de devorarse, resulta que la Fusion está, por lo ménos, en gravísimo y mortal estado; estado cuya significación desesperante viene á aumentar el cruel sarcasmo del órgano de la derecha, del implacable *Siglo*, diciendo todos los días con una frescura digna del Mont-blanc, que no pasa nada, y que, si algo pasa, todo lo que pase se arreglará con un ancho espíritu de concordia. Y por último, y para que nada falte al triste diagnóstico que la enferma inspira, ha empezado



á sonar tambien en estos dias otro ruido siniestro de cucharillas y tazas. Son los thés de los lunes del Sr. Navarro y Rodrigo, que dan origen á un nuevo ruido fatídico. No es la izquierda, ni la derecha; es el centro fusionista, el elemento más justamente quejoso, más injustamente olvidado y pospuesto en la gran fiesta ministerial de actualidad; es la inteligencia generosísima, que ha contestado á la ingratitud de la familia inventando una explicacion científica y filosófica, un credo, un pensamiento, una razon de ser, lo que nadie esperaba, ni sospechaba, en pró de la asociacion. De manera que si la pobre Fusion debia componerse de tres factores, de tres núcleos, de tres grandes miembros, y cada uno de ellos vive divorciado de los otros dos, y dedicado á procurarles un exterminio ejemplar, la cirugia universal no ha presenciado nunca un descoyuntamiento por el estilo, y esto, en rigor, no es una situacion de gobierno, sino un gran hospital, donde cada número exhala sus bramidos dolorosos. Y cuando se considera que las Córtes han de volver á reunirse, y que la pobre enferma ha de aparecer en la mesa de la clínica parlamentaria en toda su vergonzosa y pútrida desnudez; cuando se sabe que el tratado de comercio en Francia puede milagrosamente estar arreglado el mes que viene, y que, si no lo está, como es probable, de todos modos en Marzo á lo sumo volverá á deliberar la mayoría amiga hasta cierto punto de D. Venancio; cuando todo esto se piensa, el primer movimiento irreflexivo del ánimo acongojado es dar el pésame á las instituciones. Mas por fortuna, y como Dios aprieta y no ahoga, á ese primer impulso de la tribulacion patriótica, suceden la calma y la esperanza con el recuerdo del gran elemento político, social y gubernativo que las instituciones tienen ya á su lado, para cuando la Fusion acabe su obra suicida y tosca. El porvenir es de la democracia monárquica. No hay que afligirse. Un semblante simpático, sonriente y todavía casi juvenil, se asoma y domina ya sobre la confusion fusionista, sobre los estragos de este liberalismo ignorante, que no ha sabido siquiera repartirse en paz el presupuesto: y ese astro naciente es D. Segismundo, el político, el hacendista, el minero, el conferenciador, el comisionista, el políglo-ta, que ha bajado desde la altura de su filosofía indiferente al principio secundario de las formas de Gobierno, para hacer con la Monarquía la mejor aplicacion de la democracia, siendo, de paso, ministro y salvador de su país. Para entónces puede que ya tambien el Consejo de Instruccion pública haya completado su obra, y dado á la mujer participacion ámplia en las esferas oficiales. ¡Quién sabe



el plantel de soberbias *ministras* que nos espera! Esperemos.

Los progresistas franceses son los que, por lo visto, no han querido esperar la realizacion de las altas promesas del gambettismo, y han dado con él en tierra en pocas horas. Aquella Cámara llamada, elegida y formada á su conjuro, que parecia haber ido á París con el mandato imperativo de la eleccion por lista, con la aprobacion prévia de la idea culminante del grande hombre; aquella misma Cámara que lo eligió presidente interino casi unánimemente, le ha derrotado en un santiamen, rechazando su propio pensamiento generador. Esto es al ménos lo que cree á estas horas la preocupada Europa, que se da inútilmente de calabazadas para hallar un poco, nada más que un poco, de sentido comun entre los vencedores ó los vencidos. ¿Pues no fué la union republicana á los comicios, y no salió triunfante de ellos con el programa íntegro de Gambetta? ¿No habia sido el principal núcleo de la mayoría de la Cámara anterior, que habia aprobado el pensamiento electoral de su Presidente, vencido luégo en el Senado? ¿No estaba ya discutida por ella la eleccion por lista? ¿No habian contestado, mal que bien, sus defensores, á los que se habian declarado contrarios al proyecto en nombre de un liberalismo sensato? ¿No se debia la union republicana á su historia, á sus antecedentes, á sus compromisos? ¿No tenia Mr. Gambetta el derecho de esperar que su proyecto volviese á salir triunfante de una Cámara donde habia logrado ver en considerable aumento sus amigos? De la coalicion en el Congreso, en la Cámara soberana de diputados y senadores reunidos, podia el Ministerio de Noviembre temerlo todo, la derrota inclusive, á pesar del contingente adicto de la última eleccion senatorial; pero de Cámara de diputados, obra suya, hechura suya, origen y representacion suyos á la vez: ¿podia ni debia temer Mr. Gambetta el verdadero fenómeno de inconsecuencia que el mundo entero comenta á estas horas? ¿No parece, Dios nos perdone la comparacion, que eso pasa entre progresistas ó fusionistas de la region pirenaica del Mediodía? Pues no tiene motivo para ser menor el general asombro, si de la coleccion pasa al individuo, si examina imparcialmente la conducta del sublime estadista que, como él mismo ha vuelto á afirmar en su discurso póstumo, se proponia acometer nada ménos que la regeneracion ó enaltecimiento (*élévement*) de su patria. ¿No sabia Mr. Gambetta, como sabia el continente, bastante antes de reanudar la Cámara sus sesiones, que la mayoría estaba, por decirlo así, moralmente revotada, y que de una parte los antiguos y los recientes



enemigos del Jefe del gran-ministerio-pequeño, y por otra el temor de la disolución, habían labrado en los ánimos de una manera irrevocablemente peligrosa para la proyectada reforma electoral? ¿No ha dicho el pensador ilustre de Cahors, aunque lo haya dicho á última hora y sin resultado, que los cuatro años de vida de esta Cámara estaban asegurados? Pues si la realidad de su reforma estaba legal y racionalmente aplazada por cuatro años, ¿por qué no aguardó siquiera al tercero para pedirla? ¿Qué prisa le corría el obtener lo que no podía en tanto tiempo plantear, ni utilizar? ¿No tenía por ventura otros extremos su programa de gobierno, con que ocupar la actividad legislativa? ¿No iba á crear el impuesto sobre la renta, á acabar con la senaduría vitalicia, con la propiedad de las corporaciones religiosas, con el Concordato, y con otras pequeñeces? ¿Qué hombre de Estado es ese, que aventura en un día, sin necesidad, y con precipitación verdaderamente cándida, el premio de toda su vida política, su prestigio, su autoridad, su porvenir, y acaso, acaso el de las instituciones de su país? ¿Será verdad la sospecha vulgar de que toda esa batalla no ha tenido en el fondo otra explicación ni otro móvil que su personal soberbia? ¿Será verdad que Mr. Gambetta se creía de buena fé intacto y no gastado, después de seis años de ser el autor y el responsable único de la política francesa, sólo porque lo había hecho todo quiméricamente escudado en cierta relativa sombra? ¿Pues ha dejado alguien de verle en primer término en ella, y precisamente á causa de ella? ¿Podía caber en cabeza humana, por radical ó progresista que fuese, que Mr. Gambetta llegaba al poder como un hombre nuevo, como una idea y una solución nuevas, en aptitud de intentar y de acometer victoriosamente cuanto quisiera? La historia de los fiascos políticos no registra uno mayor. Preparar durante seis años el día del poder; llegar á él llamado por la opinión y por la necesidad; tener suyo desde el Jefe del Estado hasta el último prefecto; lograr una mayoría propiamente suya; dignarse aceptar, por fin, el sumo encargo, estremeciendo la Europa, y haciendo aplicar el oído en su dirección á todos los Bismarcks; formar un ministerio de oscuridades para resaltar en él suficientemente, para que á nadie cupiese duda de que era él, y sólo él, el hombre esperado, el gran tribuno, la gran personalidad republicana, quien iba á gobernar bajo su absoluta responsabilidad; y caer á los tres meses abandonado por esa mayoría como un ministro de tres al cuarto, y de sustitución facilísima, dando á Francia y á Europa el chasco solemne de no haber venido el fin del mundo, de no



pasar nada grave ni irreparable, en rigor, con su caída: pocos libretos más cómicos que el de esta aventura ha explotado el vaudeville.— Dios ponga ahora tiento en las manos de su sucesor, Mr. Freycinet, y le inspire y le decida á acentuar sábia y enérgicamente la tendencia más conservadora que representa dentro de la república. La profecía de Thiers se está cumpliendo á través de todo ese febril consumo de hombres y de reputaciones, que, como Saturno, devora el radicalismo de todos los matices: la república será conservadora, ó no será en Francia. Media docena de medianías anárquicas, pasando turbulentamente por la cada día más incierta dirección de sus destinos, han hecho que á estas horas se eche de ménos, como un ideal de seriedad y de gobierno, la república de Mac-Mahon. ¿Quién será el mariscal del porvenir?

G.

---



---

# MOVIMIENTO LITERARIO

EN EL EXTRANJERO.

---

FILOLOGÍA, BIBLIOGRAFÍA Y ARTES.

ALEMANIA.

Un profesor de la Universidad de Cristiania, el Dr. J. Storm ha publicado en Alemania el primero de los dos volúmenes de que ha de constar una obra sobre la lengua inglesa. Sin exponer los principios de la filología inglesa, ofrece en su trabajo guía seguro y de toda confianza para el que quiera emprender ciertos estudios y pasar revista crítica á las mejores obras escritas sobre la materia. El autor no se limita á estudiar el origen etimológico de la palabra, sino la misma lengua inglesa en sus diversas relaciones, en su gramática, en su literatura, en su pasado, en su presente y en todos aquellos pormenores que se relacionan con ella. Dejando para el segundo volumen el origen y desenvolvimiento de la lengua, ó sea su parte histórica, trata en éste de la lengua viva, en cuyo estudio considera que está el primer elemento de la ciencia. Comienza por la fonética y abarca la materia con una minuciosidad y una observación tan cuidadosa, que sorprende y admira su trabajo, tanto más cuanto que para dar un estado de los sonidos como él lo hace, ha sido preciso un estudio continuado y paciente que apenas se concibe. Pasa despues J. Storm revista á las obras que tratan de la pronunciación, y examina los diccionarios ingleses, ingleses-alemanes, ingleses-franceses, los de sinónimos, los enciclopédicos y los mejores vocabularios, los métodos mnemotécnicos, la lengua de la conversación en las diversas clases sociales, y, por último, los americanismos. Concluye el sabio profesor su trabajo con un estudio de los clásicos ingleses del siglo XVIII, del XVII, y por último, de Shakespeare, sobre cuyas obras se extiende con gran amplitud. Todo su estudio se distingue por la seguridad de apreciación y aguda crítica del profundo



observador, que, siendo noruego, ha escrito en claro y correcto alemán, uno de los mejores trabajos sobre filología inglesa. Esto y los elogios que le han prodigado los primeros lingüistas ingleses y alemanes, son la mejor recomendación que se puede hacer (1).

Eugenio Prym y Alberto Socin acaban de prestar un servicio á las ciencias filológicas dando á conocer el siríaco moderno de los Jacobitas, casi desconocido hasta el día. Su obra, que consta de dos volúmenes, contiene las relaciones que les hizo verbalmente un emigrado de Midhjat, muy versado en las tradiciones de su país. Compónese la primera parte de la obra de una colección de leyendas populares y narraciones de aventuras maravillosas, en que los principales actores son héroes ó seres sobrenaturales: la segunda contiene fábulas y novelas cuyos personajes son animales: una colección de enigmas forma el primer apéndice, y el segundo nos ofrece varias poesías. Además del interés histórico que representan estas tradiciones, tienen el principal en la lengua que nos hacen conocer, por más que esto no pase de los límites del pueblo de Midhjat. El mayor mérito de la obra consiste en su traducción, sin la cual hubiera sido un verdadero enigma, y en las dificultades que sus autores han tenido que vencer para llevar á término feliz trabajo tan importante. Para facilitar el estudio de estos textos, los autores se proponen publicar una gramática y un lexicon que será, respecto del neo siríaco jacobita, lo que la gramática de Stoddard ha sido respecto del neo siríaco nestoriano (2).

#### ITALIA.

En un folleto sobre la exposición de un nuevo sistema de escritura musical, ofreció tiempos atrás Bartolomé Grassi-Landi la manera de reducir á principios científicos las leyes de la armonía. Su folleto, como cosa nueva y sobre materia tan interesante, llamó la atención del público, y á pesar de las observaciones y argumentos que contra el nuevo sistema se hicieron, muchos maestros insignes se declararon partidarios de él. Para ampliar su opinión acaba de publicar un libro en el cual aspira á probar que, sin destruir las bases de la

---

(1) *Englische Philologie. I Die lebende Sprache*, por J. Sthorm.—Heilbronn, Henninger, 1881.—1 vol.

(2) *Der neu-aramäische dialect des Tur'Abdin* von Eugen Prym und Albert Socin.—Goettingen, Vandenhoek und Ruprecht, 1881.



armonía, puede subordinarse á leyes más amplias y científicas. El trabajo merece tomarse en cuenta y es digno de que los maestros y los inteligentes en música lo estudien con detenimiento y vean si en efecto es útil para ampliar y consolidar los conocimientos musicales (1).

Sobre el origen de la escritura en los pueblos antiguos ha escrito el P. Giacomo Bottau un libro en que confirma su ya envidiable reputacion de sabio. El trabajo, además de revelar conocimientos filológicos no comunes, tiene el doble interés de demostrar, con su erudicion arqueológica, la verdad de la sagrada escritura, ofreciendo para ello una argumentacion luminosísima que le facilita la historia de los pueblos despues de la confusion de las lenguas. El libro está compuesto con orden y claridad, y aunque no siempre es igualmente puro su lenguaje, el estilo, en general, es vigoroso y vivaz (2).

#### FRANCIA.

Un volúmen de música, compuesto de trozos inéditos de varias épocas y sin que conste en él el nombre del colector, se ha publicado no hace mucho tiempo. Sábese, sin embargo, que el R. P. Ligonnet es el coleccionista que ha puesto por título á su precioso libro *Les Harmonies du Saint Lieu*. Los trozos que contiene, en número de 45, están dirigidos á diferentes asuntos, pero todos religiosos. Hay una parte de motetes compuestos para diferentes festividades del año litúrgico, como Año nuevo, Pascuas, Ascension, Pentecostés, Todos Santos y otros: el mayor número se refiere á las fiestas del Señor en la Eucaristía, á la primera comunión, á la confirmacion, á la Santísima Virgen, á los Angeles y á los Bienaventurados, concluyendo la obra por una misa breve, agradable y fácil de cantar; porque su melodía hace perder el carácter de gravedad que debe acompañar siempre á la música religiosa. Todo lo contenido en la obra del P. Ligonnet es sencillo, armonioso y lleno de buen gusto, por lo cual merece aplauso sin reserva.

No ha sido sólo en España donde los papeles y libros de nuestros archivos y bibliotecas han sido mirados con abandono que ha oca-

(1) *L'armonia considerata come vera scienza, ossia dimostrazione delle leggi fisiche dell'armonia*. Del Sac. Bartolomeo Grassi-Landi.—Milano, 1881.—Un vol. 8.

(2) *Lo scribere dei popoli antichi e moderni disaminato nella sua origine, natura, progressione e affinitá*, del P. Giacomo Bottau.



sionado la pérdida de muchos. Mr. Julio Delpit en su introducción al catálogo de manuscritos de la biblioteca municipal de Burdeos que se ha publicado recientemente, hace la historia de aquel establecimiento, resultando de ella que ha sido objeto de muchas dilapidaciones y pérdidas. Ventas de libros en montón y al peso se han repetido allí, sobre todo durante la revolución, cuyos fautores mandaron quemar todos los pergaminos por sospechosos de aristocracia. De los que hoy quedan, Mr. Delpit ha hecho un catálogo, en el cual cada manuscrito aparece descrito con cuidado, mencionando al por menor su contenido y llamando la atención sobre lo más interesante. Los manuscritos que se describen son 842, de los cuales 350 de Teología, 63 de Jurisprudencia, 206 de Ciencias, 91 de Bellas letras y 128 de Historia. En suma, el primer tomo de esta obra es interesantísimo y merece alabanza por el esmero y cariño con que está hecho, y porque sirve para poner en conocimiento del público algunos documentos de sumo interés, casi desconocidos hasta el día (1).

La Bretaña se ha enriquecido con una obra bibliográfica de suma importancia que ha escrito Mr. Federico Sacher. Es un catálogo de todo lo que se ha publicado por franceses y no franceses acerca de la Bretaña: cada artículo contiene, además del nombre del autor, que es el epígrafe, el precio aproximado de cada libro, el que costó cuando fué publicado, el número de páginas y de grabados que contiene cada volumen. La obra, como se ve, es utilísima, y los bretones deben gratitud sin reserva á Mr. Sacher; pero carece del método científico que hoy se emplea en esta clase de trabajos por los bibliógrafos; y las noticias que da, siendo muy preciosas, no son tan utilizables como lo serian en otro caso. Con los materiales que allí hay es de esperar que al hacer nueva edición varíe la forma su autor y la complete con algunas cosas que se le han escapado, rectificando otras, aunque pocas, que ha dado equivocadas. El trabajo de Mr. Sacher merece figurar en todas las colecciones de obras bibliográficas (2).

En la Biblioteca de las Maravillas, y con el propósito de vulgarizar ciertos conocimientos, se ha publicado por Mr. Stanno un libro

---

(1) *Bibliothèques municipales de Bordeaux*. Catalogue de manuscrits. Tome premier.—Bordeaux. Delmas, 1881.

(2) *Bibliographie de la Bretagne*, ou catalogue general des ouvrages historiques, litteraires et scientifiques parus sur la Bretagne, par Federic Sacher.—Rennes, Plihon, 1881.—Un volumen, 10 francos.



titulado *Les villes retrouvées*, que contiene datos y noticias muy curiosas, no sólo sobre las colonizaciones fenicias y las ciudades egipcias, sino también sobre las antiguas Tebas, Ninive, Babilonia, Troya, Cartago, Pompeya y Herculano. Los estudios arqueológicos que contiene este libro están presentados con buena crítica y erudición bastante sólida, y el trabajo todo resulta muy instructivo, muy agradable y muy útil para los aficionados á la arqueología (1).

Las *Cartas de un solitario*, de Mr. Cartier, sobre el *Arte Cristiano*, se han publicado en dos volúmenes. Prescindiendo de que el autor trata la cuestión del Renacimiento del arte con alguna dureza, mirándolo bajo un punto de vista puramente místico, la obra está hecha á conciencia y contiene apreciaciones y estudios que merecen ser leídos por todos los amantes de las bellas artes. El primer tomo trata todo él de los pintores del Renacimiento, y principalmente de Rafael, á quien juzga con demasiada dureza; pero en el segundo abarca todo el arte cristiano. La literatura, la arquitectura, la escultura y la pintura, los trata con detenimiento, deshaciendo errores, restituyendo á las órdenes religiosas la parte que han tomado en el progreso del arte, analizando en su origen el ojival, investigando en las catacumbas, en los mosaicos, en los manuscritos, en las pinturas en barro, en los grabados, en las escuelas española, italiana, flamenca y francesa, y por último, haciendo una reseña de los historiadores del arte. Es, pues, un trabajo sincero y de verdadero amante de las artes, que puede leerse con fruto y con interés (2).

Lleva el nombre del inmortal Rafael un libro que Eugenio Muntz publicó en París hace algunos meses; pero en realidad su trabajo alcanza algo más que la biografía del célebre pintor, y es digno de que lo posean todos los que se interesan por la historia del arte. Recogidos sus datos de las mejores fuentes, estudiados los archivos, vistas las obras que sobre Rafael se escribieron, y las de arte que éste produjo, el libro de Muntz es el trabajo de un historiador y de un artista y á la vez la historia de un pintor y la del arte italiano de su época, no existiendo otra tan completa, tan clara y tan amena entre las que se han publicado anteriormente (3).

(1) *Les villes retrouvées*, par Georges Stanno.—París, Hachette, 1881.—Un volumen con 75 grabados, 2,50 francos.

(2) *L'Art chrétien. Lettres d'un solitaire*, par Mr. E. Cartier.—París, Ponsielgue, 1881.—Dos volúmenes, 15 francos.

(3) *Raphael, sa vie, son oeuvre et son temps*, par Eugène Muntz.—París, Hachette, 1881.



Quince láminas, con sus correspondientes noticias, comprende cada uno de los dos cuadernos que se han publicado en París de los *Monumentos del arte antiguo*, bajo la dirección de Mr. Olivier Rayet. La reproducción de obras del arte clásico antiguo es el objeto de esta publicación, y en ella se emplea con singular esmero el procedimiento del heliograbado, confiado al reputado Mr. Dujardin. Son las noticias que lleva cada lámina de diferentes autores; pero en las 30 que comprenden los dos primeros cuadernos, algunas pertenecen á Mr. Maspero, tres á Máximo Collignon y todas las demás de Mr. Rayet, director de la publicación. La obra es notable bajo el doble punto de vista de la ejecución de las láminas y de la redacción del texto explicativo, hallando en ella grato solaz, no solamente los artistas, sino aquellos que, sin serlo de profesión, gustan de poseer reproducciones exactas de las más célebres obras maestras. Toda la publicación constará de seis cuadernos de quince láminas cada uno, ó sea de 90 láminas, que costarán 150 francos. Las 30 primeras, ya puestas á la venta, contienen reproducciones del Parthenon y de otros monumentos griegos, copias de obras célebres del arte egipcio y representaciones de los objetos de tierra cocida que han alcanzado mayor celebridad (1).

Un libro sobre las artes olvidadas ó desconocidas ha escrito el estimable escultor Emilio Soldi, y aunque entre ellas comprende algunas que nunca han dejado de ser cultivadas y alentadas, no por eso su trabajo deja de merecer aplauso. Los camafeos, el grabado en piedra, el arte egipcio, el *Kmer*, el americano, el persa y el de la Edad Media son los que con preferencia trata en su obra con buen espíritu crítico y abundancia de investigación, cualidades que unidas al noble empeño de rehabilitar ciertas artes industriales, hoy desdeñadas, dan al trabajo bastante interés y le hacen digno de ser leído (2).

El autor de la *Historia de la caricatura*, conservador del Museo de Sevres, ha publicado una bibliografía cerámica curiosa é interesante por extremo. Explica en la introducción Champfleury su propósito y las dificultades que ha tenido que vencer para llevarlo á cabo: viene después una bibliografía general de todas las obras de cerámica, concluyendo el libro por la clasificación detallada y me-

---

(1) *Monuments de l'art antique*, publiés sous la direction de Mr. Olivier Rayet.—París, Quantin, 1880-81.

(2) *Las arts meconnus*.—París, Leroux, 1881.



tódica de ellas. El trabajo de Champfleury es muy estimable, no sólo por la paciencia de investigación que supone, sino también porque ha venido á llenar un vacío en esta rama del arte (1).

Con el título de *Caractères de la escuela francesa moderna de pintura* ha publicado en Bruselas Emilio Lecberq un libro que se lee con interés, por la imparcialidad y buen deseo que en él resultan. Juzga de los pintores franceses de la escuela moderna en los primeros capítulos de la obra, y viene despues á tratar de la enseñanza, de la tradición y de las exposiciones, puntos en que, apartándose por completo del clasicismo, va más allá de lo justo en aconsejar el abandono del arte griego, que es la verdad eterna, para entregarse al naturalismo moderno, sin alegar más razones que la de que cada época tiene sus exigencias. Así y todo, el libro parece escrito con sinceridad y merece ser leído por los aficionados, siquier no sea más que por la primera parte, libre de los escollos y juicios aventurados de la segunda.

C.

---

(1) *Bibliographie ceramique.*—París, Quantin, 1881.